

LA NACION

MAGAZINE

BUENOS AIRES, DOMINGO 15 DE SEPTIEMBRE DE 1929

NÚM 11





**mañana lunes
aparecerá la edición especial de**

femenil
dedicada a las

MODAS DE PRIMAVERA

200 páginas y 100 figurines en 4 colores

Precio de costumbre 20 cts. capital y 30 cts. interior

tiraje de la edición de mañana 200.000 ejemplares

MEDICINA Mágica



ANGUIDECIA la bella Easo. (La bella Easo, ya se sabe, es San Sebastián, capital de Guipúzcoa. También se le conoce por el nombre de Donostia). La dictadura vigente suprimió los juegos de azar en toda España — salvo en la lotería oficial y en los frontones de pelota, que en la mayoría de los casos son peores que los juegos de azar — y con esa medida hirió, si no de muerte, muy gravemente a ciudades que, como Santander y San Sebastián, se habían creado una economía veraniega de lujo a la sombra de la ruleta y del naípe.

La abolición del juego fué eficaz en un aspecto, pero inútil en otro. Hoy los pobres no pueden jugar en las innumerables chirlatas que brotaban, como los hongos, por todas las ciudades, villas y villorrios del país y en las esquinas de cada calle, y eso se ha salido ganando. A los pobres no les queda otra esperanza de hacer fortuna, aparte el problemático tío rico de América, que la lotería, con la cual el Estado ingresa en sus arcas unos cien millones de pesetas anuales. Pero los ricos, si quieren jugar, cruzan la frontera y dejan sus dineros en los hospitalarios casinos de Francia. Esto explica por qué todos los balnearios y playas de moda franceses sienten tan gran entusiasmo por la dictadura española.

Pero San Sebastián ha encontrado un formidable recurso de atracción de forasteros, después que el Ayuntamiento y las comisiones locales de turismo se habían secado el magín discurriendo en vano fiestas y diversiones para los elusivos veraneantes ricos de otras provincias. El nuevo hechizo, mucho más poderoso que las invenciones de los municipales donostiarras y tanto por lo menos como las emociones del tapete verde, son las curas mágicas del doctor Asuero. Este galeno vivía obscuramente, ni envidioso ni envidiado, hasta que un periodista local, sin duda contristado por la decadencia del turismo de lujo en la pulcra ciudad cantábrica, lanzó a la prensa madrileña la sorprendente nueva de que el doctor Asuero, sólo con hurgar con un estilete en la nariz, daba movimiento a los paráliticos, vista a los ciegos, esbeltez a los gordos y alivio por lo menos a otras muchas y dolorosas enfermedades.

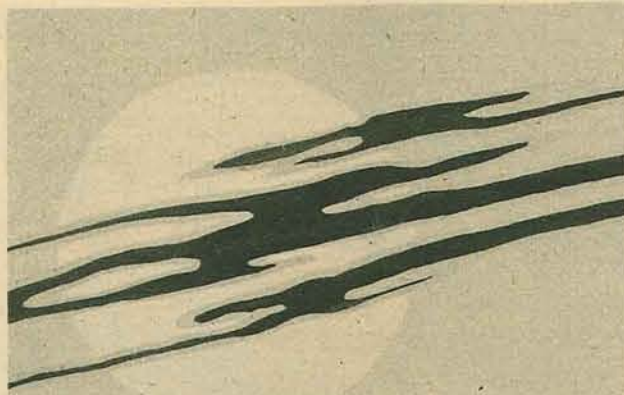
Allí fué Troya. La noticia, divulgada a los cuatro vientos, comenzó a atraer a San Sebastián enfermos de toda España. Se llenaron los hoteles donostiarras de humanidad doliente y aun de médicos de otras regiones que acudían a descubrir el secreto del nuevo mago. Pronto tuvo imitadores en todo el país y hasta fuera de España, y toda la prensa publicaba diariamente planas enteras con informaciones y artículos en pro y en contra sobre las curas y el método del afortunado doctor, que de la noche a la mañana pasó a ser el español más discutido y el de renombre más universal, más aun que el del propio Uzcudun.

España entera se ha dividido en dos bandos: el uno a favor de Asuero; el otro adverso. Terrible guerra civil, especie de nueva Batracomiomaquia, que ha venido a aumentar el número, ya copioso, de nuestras discordias tradicionales. Los médicos, sobre todo, emulando a las ranas y ratones del supuesto poema homérico, amenazan con destruirse los unos a los otros, ya se entiende que científicamente. Unos, llevados de su credulidad o del explicable deseo de aumentar la clientela, han adoptado la causa de Asuero, en quien ven un renovador posible o efectivo de la ciencia médica. Otros, al contrario, proclamando que la medicina no debe confundirse con la magia o callando el temor de que su opulenta clientela deserte de sus consultorios en busca del fascinante taumaturgo, como ya ha ocurrido en muchos casos, arremeten contra él y sus defensores con mal velada ira.

El espectáculo, entretenido para unos, poco edificante para el buen nombre de España, según otros, sugiere algunas reflexiones generales que acaso no estén fuera de lugar, aunque las haga un profano. Si una casa se hunde, supongo que no se negará a los vecinos supervivientes el derecho de opinar sobre arquitectura. También los enfermos — y todo el mundo está actual o potencialmente enfermo — tienen derecho a opinar sobre medicina y muy especialmente sobre los médicos y su ética profesional, que es, en última instancia, lo que se discute en el caso Asuero.

¿Es un curandero, un charlatán de mala fe, como creen unos? ¿Un genio que viene a revolucionar la medicina, como piensan otros? ¿Un paranoico, como aseguran algunos que pretenden conocerle?

Probablemente nada de eso, sino un médico común, de inteligencia media, de no mucha preparación científica y de buena fe, que hace algunas curas de tipo sugestivo o mágico, que acaso cree poder hacer otras inasequibles a su método, pero que, cuando está convencido de su imposibilidad, lo declara paladinamente. No hay que hacerle responsable de la fe supersticiosa con que afluyen a San Sebastián, ahora en competencia con Lourdes, millares de enfermos — hasta fines de junio se calculaban en unos 30.000 —, algunos pudientes y curables, pero la



LA LUNA ROJA

*En la noche de la gran tragedia,
Sobre el cielo — ceniza negra —
Era la luna del color
De las pasiones, la violencia y el fervor.*

*Roja del más rojo fuego,
Iba, sobre la vida en duelo.*

*Como sello de lacre,
Como gota de sangre,
La luna roja, muerta, desolada y fatal.
Ella también desgracia;
Tragedia errante:
La luna, tierra de nadie.*

ROSA GARCIA COSTA

mayoría desahuciados y sin más recursos que los necesarios para el viaje de ida, que la caridad pública ha de atender y devolver a los lugares de su procedencia. Me han referido el caso de un hombre con una pierna amputada, que fué a San Sebastián a probar si el doctor Asuero podía hacérsela crecer de nuevo. No tiene él la culpa de estos desvaríos de la ignorancia, sino la prensa que, por afán de novedad y sensacionalismo, ha exagerado hasta lo sobrenatural el valor de sus operaciones.

Lo positivo es que Asuero ha realizado algunas curas en ciertas enfermedades relacionadas al parecer con los nervios nasales. El método no es nuevo. Como antecedente se señala al francés Bonnier, y tengo entendido que también lo practica actualmente el alemán Froese, de quien pronto aparecerá en español una serie de estudios sobre la materia. La mayor parte de los médicos se niega a dar ninguna validez científica a este método, llamado generalmente centroterapia o reflejoterapia, y a lo más que llega es a explicar las curas de Asuero por un proceso de sugestión, por el poder mágico que el nombre del ya famoso médico ejerce sobre la conciencia de los enfermos de esta clase. Dejemos a los especialistas y al tiempo dilucidar si este procedimiento curativo tiene alguna base objetiva o científica, es decir si lo puede aplicar cualquier médico o si, al contrario, es puramente subjetivo, al alcance sólo de la fascinación mágica del operador.

Pero aun admitiendo que se trate de un arte de magia más que de un método científico, ¿desde cuándo el elemento mágico ha dejado de ser un factor importantísimo de la medicina? Se comprende que un médico como Cajal, que no la ejerce, recuse desdeñosamente ese arte como anticientífico. ¿Pero cómo no sorprenderse de que muchos médicos en ejercicio, que

deben su gran éxito profesional tanto como a su ciencia, que es de dominio común, a la sugestión mágica de su personalidad, se indignen contra Asuero y lo menosprecien como si fuese, no un médico con título académico tan legítimo como el de ellos, sino un curandero vulgar? Lo que hace Asuero con estruendo, gracias a las trompetas de la prensa, ¿no lo vienen haciendo menos indiscretamente infinidad de médicos con otros métodos y otras panaceas de tipo mágico? ¿Quién puede arrojar la primera piedra?

Nadie negará los progresos de la medicina, sobre todo desde que el análisis químico de los humores, cada vez más en uso, permite fijar con mayor certeza el carácter de las enfermedades o avisar en estado de relativa salud sobre los peligros en germen que pueden amenazarla el día de mañana. El lema de la medicina futura será el viejo dicho español de "curarse en salud". Entretanto, la mayor parte de los médicos y medicamentos, sean artificiales o naturales, como los baños de agua, de sol o de lodo, ¿por qué nos alivian, aunque no nos curen, sino por el poder mágico con que actúan sobre nuestro ánimo, despertando ilusiones y esperanzas?

En sus orígenes la medicina fué puramente un arte de magia y la ejercían los reyes, los héroes, los poetas y, sobre todo, los sacerdotes. También hoy existe — en los Estados Unidos — una "ciencia cristiana" y en todo el mundo hay santos y santas con fama de hacer curas milagrosas. No será edificante para un pueblo la fe mágica que ha suscitado el doctor Asuero; ¿pero nos olvidamos de Lourdes, que no está en España, ni son españoles, sino franceses, la inmensa mayoría de los cientos de miles que acuden anualmente al milagroso santuario de la vertiente septentrional del Pirineo? Y quien lo haya olvidado, que lea o relea la novela de Zola, "Lourdes", de realismo inferior a la realidad y de actualidad permanente.

Hoy generalmente se exige que el mago tenga título de doctor; pero son muchos los doctores en medicina en quienes la muchedumbre doliente ve, más que hombres de ciencia, magos prodigiosos. Sólo que el prestigio mágico no lo da ya la eminencia social y política en otras actividades, como antaño, sino la sugestión de la propia personalidad y muchas veces la colaboración ditirámica de la prensa profana. ¿Qué hubiera sido de muchos médicos insignes sin el desinteresado concurso periodístico que ellos han sabido mimar hábilmente? Ninguna otra profesión goza de tanto prestigio mágico como la medicina, por lo menos en España y supongo que en una buena parte de la América de lengua española. ¿Cómo explicarse, si no, que en La Habana una pobre madre pidiese al doctor Maraón que pusiera sus manos mágicas sobre el pecho de un hijo enfermo, para curarle? Maraón contestó, muy discretamente, que él no hacía milagros; pero el milagro lo espera siempre la mayoría de los enfermos, ya del contacto con la mano del médico, ya de su firma en una receta o para un específico que modifique, por ejemplo, la actividad glandular.

Lo malo no es que en la mayoría de los casos la medicina siga siendo casi tan mágica como hace cuarenta siglos en Egipto, sino que se abuse lucrativamente de ella. ¿Es justo que en una nación haya miles de médicos de pueblo, muchos de ellos preparados como el que más, que apenas ganan para vivir, mientras los grandes prestigios mágicos, más que científicos — las diferencias científicas no pueden ser muy grandes en una profesión que en general lee mucho y en varios idiomas —, ganan sumas que giran alrededor de medio millón de pesetas anuales? ¿Dónde están los límites del abuso en el ejercicio mágico de la medicina?

En el caso Asuero se ha pedido insistentemente la intervención de las academias y colegios de médicos para restringir posibles abusos. ¿Pero no sería más razonable la intervención del Estado o, para decirlo francamente, no sería más lógica la estantización de la medicina? Si en muchos pueblos españoles está ya municipalizada o socializada, por cuanto los ayuntamientos o los vecinos pagan al médico una cuota anual fija, ¿por qué no nacionalizarla de una vez, como se hace con el ejército, con la enseñanza, con correos y otros servicios públicos? ¿No importa que la salud de una nación esté lo mejor atendida y sea lo más barata posible, tanto como su seguridad, su ilustración y sus comunicaciones postales? Sólo así la magia médica dejaría de ser lo que es con harta frecuencia: una explotación escandalosa que muchas veces linda en el fraude y otros delitos penales.

LUIS ARAQUISTAIN

(Para LA NACION)
MADRID, agosto de 1929



JUVENTUD hubo en la capital de la República Argentina varios actos de homenaje a la memoria de Miguel Cané, actos que seguramente han de repetirse andando el tiempo, ya que la figura de aquel conductor social, de aquel cultor del progreso y constructor de valores morales y sentimentales así lo exigirá.

Entre lo que con tal motivo se dijo y yo leí, no encontré nada referente a la actuación de tan ilustre hombre aquí en España, mientras en ella fué ministro plenipotenciario de su país, o sea, del año 1886 al 1890. No tenía entonces esa representación diplomática la alcurnia de embajada, pero el diplomático que la ejercía reunía en su persona todas las dotes de un gran embajador.

Llegó a España con los prejuicios que entonces tenían los argentinos respecto a la misma, pero pronto le salieron al encuentro las características del pueblo español y rápidamente, con su inteligencia singular, advirtió, al igual que Macaulay, que las virtudes raciales en España eran: altivez, valor, honor, inteligencia y una historia tan extraordinaria, que pudiera muy bien servir como símbolo para conocer profundamente la anatomía patológica de todos los gobiernos y las causas que producen la decadencia y postración en que a veces caen los grandes Estados.

Un juicioso parangón hecho por aquel gran polígrafo inglés entre los siglos XVI y XVII así lo proclama y establece.

El acercamiento espiritual, claro y emocionante que hoy existe entre la Argentina y España, tiene un proceso de cuarenta años que empieza en Miguel Cané y culmina en Sevilla con el hermoso discurso de Enrique Larreta en el acto de la inauguración del Pabellón Argentino, en la magna exposición de aquella poética ciudad.

Demos al pasado un rapidísimo vistazo.

Con el obligado embarque para España del virrey Cisneros, empezó la lucha contra la misma en la Argentina, siguiendo después la independencia de ésta. Entonces se creó entre ambas naciones la natural separación de afectos, los odios fácilmente incubables y los prejuicios permanentes.

Fué un tránsito largo de antipatías, rencores y resquebraaduras. En ese tránsito lamentable, el carbón que alimentaba la hoguera de las malas pasiones lo movía el vulgo de ambas partes, porque los intelectuales, los mejores, los dirigentes, estaban ocupados y abstraídos por asuntos graves de vida o muerte para sus naciones respectivas.

Avanzando la Nación Argentina en el camino que la ha llevado a una gran civilidad y a un adelantado progreso material y moral, creó una Constitución que fué revisada y resultó definitiva el año 1859, Constitución que España reconoció en todas sus partes, menos en la que se refiere a los hijos españoles nacidos en territorio argentino, que España los quería para sí, de acuerdo con su Constitución, y la Argentina no podía desprenderse de tales hijos, ya que ese criterio, aplicado en general, la dejaba sin nacionales.

Todos los esfuerzos hechos por el ilustre hombre de Estado Juan Bautista Alberdi para hallar una solución al respecto fueron ineficaces, y el artículo a que aludo quedó en suspenso, creando en la práctica gran número de conflictos y de rencillas que contribuían a agrandar la separación moral, ya muy latente entre España y la que hoy es su hija predilecta.

Así las cosas, llega a Madrid Miguel Cané y encuentra en el Ministerio de Estado del Gobierno español a un hombre de sus mismas condiciones, de su misma alcurnia moral, de su mismo saber, culto, fácil, artista y gran internacionalista, D. Segismundo Moret, portero el uno, de Cádiz, portero el otro, de Buenos Aires, y estos dos grandes hombres se estrechan la mano y se entienden, subscribiendo un compromiso privado que aun existe y puso término a todas las polémicas y lamentables cuestiones que atizaban el odio entre los dos pueblos hermanos; odio felizmente extirpado en la actualidad.

Adviértase que hablo del pueblo de ambos países y no de la plebe, que es donde únicamente y por ignorancia puede quedar aún algún sentimiento bastardo.

Cané pudo advertir además con toda claridad, que España y la Argentina eran dos naciones hermanas que estaban unidas por fuerzas indestructibles e imperiosas, como son las de raza y de idioma, fuerzas que propenden a

CANÉ EN ESPAÑA

una civilización común y a que en ambos países vayan por carriles parecidos, si no iguales, estudiantes, profesores, moralistas, poetas, filósofos, pensadores y periodistas; todo lo que en definitiva forma el alma de una nación, nutriendo la inteligencia de sus mejores agrupaciones.

El feliz acercamiento de la Argentina a España y viceversa, débese a la transformación que imprime el progreso en ambos países, débese a la permanencia moral que deriva de la raza con toda la fuerza de su historia y el vigor de sus dos grandes alas, la religión y el idioma; débese a la transformación mental que está siendo la obra de la aviación, de la radiotelefonía, del cine, del gramófono, del periodismo moderno y de una especie de achicamiento del pla-

ciáronse unos conciertos dirigidos por el gran Bretón; y Cané, con todos los diplomáticos, aristócratas e intelectuales, se abonó en seguida con el propósito de no perder ni uno solo; pero ocurrió que el primero de esos conciertos, coincidió con la primera corrida de toros primaveral, y la sala de Bretón se vió vacía y casi todos los abonados, entre ellos Cané, se encontraron en las barreras y los tendidos de la plaza de toros.

Tal episodio lo refirió una vez en el Senado argentino, siendo senador, con motivo de un proyecto de ley para derogar la que en la Argentina prohíbe las corridas de toros; pues decía, que si ese espectáculo resultaba tan perturbador entre los más superiores, ¿qué no sería entre las clases populares? Por



Una curiosa fotografía inédita: el autor de "Juvenilia" en su despacho de nueva legación en Madrid (1891)

nete, y débese también a los conductores sociales, como Miguel Cané. Este gran cultor presentía que el progreso con sus lentos pero seguros vasos comunicantes, uniría los pueblos diversos y los humanos, más aun que las religiones.

Para aludir de un modo prontamente comprensible, a la actuación de Cané en España, nada mejor para empezar que la cita de alguna anécdota suya.

En el Palacio Real de Madrid, la entonces Reina Regente lo apreciaba mucho. El rey Alfonso XIII que era un niño, vivía totalmente desconocido para el pueblo, porque la madre, en el deseo de sacar adelante aquella vida que parecía estar amenazada de grandes peligros, lo tenía todo el día entre árboles, en la Casa de Campo, tanto que, el pueblo de Madrid, enteramente chusco, llamábase "el rey conejo".

Llegó un momento en que la Reina Regente creyó necesario iniciar a su hijo en la vida palatina, y empezó una tarde por tenerlo a su lado en el momento en que la visitaba el representante del Imperio Chino.—Mira, Alfonso—le dijo—. Este señor es diplomático, representa cerca de nosotros a su país, la China.

El niño le miró con cierta curiosidad, fijándose especialmente en la trenza de pelo que el diplomático llevaba. Al día siguiente, visitó a Da. Cristina el Dr. Cané.

—Mira, Alfonso, este señor es otro diplomático que yo estimo mucho, Miguel Cané, representante de la República Argentina. El niño lo miró, dió una vuelta a su alrededor y dijo en seguida:—Mamá, éste no tiene trenza.

La particular amistad de la egregia y virtuosa dama con el distinguido diplomático argentino, contribuyó a que su persona fuese solicitada en todas las tertulias madrileñas de la más alta aristocracia, y de ahí la íntima amistad que tuvo con la Duquesa de Alba y con los Duques de Rivas, cuya casa estaba abierta toda la noche y era entonces el último refugio de los madrileños trasnochadores.

Incorporado a esta vida un tanto desquiciada, pero simpática, que ya no existe, retirábase Cané un poco menos de cuando el alba apunta. Las noches eran frías, había nieve, fuertes heladas, o vientos terribles de la sierra. El sereno le abría la puerta, el diplomático hacía entrar consigo a ese típico servidor, dábale una copa de buen cognac, y cuando ya estaba en cama dejábase arropar por él. Era el abrazo cuidadoso que el pueblo madrileño daba las noches crudas al distinguido americano del Sur.

Un año, terminado el invierno, anun-

eso había que combatirlo y seguir aferrados a la firme prohibición de la ley que estaba vigente.

Esta anécdota tuvo más fuerza que un discurso y el tal proyecto derogatorio fracasó.

En el ambiente madrileño, lleno de grandes defectos y de grandes virtudes, hay cierto fetichismo que aprisiona al extranjero, máxime si éste es tan sólo de nombre, como ocurre con los americanos no yanquis. Ese fetichismo actuó sobre el Dr. Cané, ganándolo totalmente, a pesar de tratarse de un hombre definido en su alta independencia de criterio y en su magnífica alcurnia de moderno constructor de valores morales.

Pasa en Madrid lo que en todas las grandes capitales que arrastran consigo la vida vieja de siglos impresionantes. Una rápida visita, ni enlaza ni aprisiona, pero una permanencia larga, traza surcos en el alma, donde fructifican simpatías cautivadoras. Así en París y en Roma, así principalmente en la capital de España.

Amante del arte español, tuvo Cané gran devoción por Goya, el dibujante audaz, el colorista justo y magnífico, magnífico por haber logrado la unión difícilísima del esplendor y la sencillez, original y variado como nadie y con sello tan español, que mientras Dureno, el Tiziano o Reynolds podrían ser tanto de sus países como de otros cualesquiera, Goya no podía ser otra cosa que español. De ahí la predilección que por él tuvo Cané, debido a la cual llevó a su patria magníficos lienzos de tan gran maestro. Este y el Greco, son los que aun resisten en París la avalancha demoledora de las dislocaciones modernistas. Ante ellos se inclina todavía la implacable vanguardia. Pues bien, Cané fué un precursor de esta elocuente consagración moderna.

Comulgó en Madrid con la aristocracia de la sangre, desde el Palacio Real hasta el palacio moralmente regio de los Duques de Rivas; desde las tertulias más selectas, hasta las cacerías más caras e impresionantes; comulgó con la aristocracia del talento, desde el poeta Núñez de Arce hasta el periodista más popular; comulgó con la gente del pueblo madrileño, en la que chisporrotea el ingenio andaluz que tan festivo resulta a los argentinos, y como resultante de esa comunión democrática, era su graciosa amistad con el sereno del barrio en que vivía. Comulgó con nuestros duros defectos y de ahí su pasión por las corridas de toros; comulgó entusiastamente con nuestro arte vigoroso y por eso su devoción por Goya.

¿Cabe algo más español?

Como consecuencia de todo esto,

cuando el año 1890 regresó a su amada tierra, no pronunció discursos, ni dió conferencias, ni escribió artículos ni libros tendientes al acercamiento hispano-argentino, sino que hizo algo más; "causeur" inimitable, habló constantemente en favor de España, cautivando y convenciendo, en el Jockey Club, en el Circulo de Armas, en los estudios de sus camaradas, en las redacciones de los grandes diarios, en los pasillos de las Cámaras y en la rambla de Mar del Plata. Fueron los suyos, los primeros comentarios de tertulia de marcada autoridad e influencia notoria, para torcer el equivocado rumbo que habitualmente tomaban entre los argentinos los juicios sobre España. Por esto dije, que los sentimientos hispano-argentinos que nacieron en el alma de aquel hombre ilustre, culminaron en el discurso dicho por Larreta en Sevilla, con el pensamiento puesto en España y oyéndolo el Rey, aquel rey que un día le buscó la trenza al Dr. Miguel Cané.

Los juicios intelectuales argentinos de ahora, luchan contra el cosmopolitismo que tiende a anular la personalidad de la Nación, luchan contra el imperialismo yanqui avasallador y quieren crear un americanismo que esté cerca de la progenie hispana, que es lo que también pensaban Roque Sáenz Peña y Miguel Cané, prototipos de los hombres cultos y combativos en el campo espiritual.

Miguel Cané, sin dejar de reconocer el gran valor que en la vida moderna tenían la máquina, el dinero y otras cosas materiales, amaba principalmente la vitalidad del espíritu, creía en la misión histórica de su joven nación y comprendía que para realizarla no podía alejarse del hispanismo, "aunque tomase de cada pueblo la esencia de lo mejor".

Esto decía el inimitable "causeur" en sus conversaciones cautivantes, después de haber vivido cuatro años en España.

Entre sus obras literarias está la espiritual "Juvenilia", flor delicada que guarda en sus hojas el rocío incomparable de la mocedad y en el que palpita la vida estudiantil de su autor y la de sus camaradas predilectos.

La palabra "Juvenilia" es de una sonoridad verdaderamente poética, y por todo esto escribí hace poco al gran poeta Manuel de Sandoval, miembro de la Real Academia Española, diciéndole que, en mi humilde opinión, creía que sería un acierto elegir esa palabra para nuestro idioma, como definición de lo que es la juventud en la hermosa etapa de la vida estudiantil, con lo cual la Real Academia no tan sólo llevaría a su acervo un bello aporte, sino que, a la vez, haría un pequeño homenaje al ilustre escritor argentino, máxime si se establecía en la etimología respectiva la parte relativa a la obra literaria que bautiza.

El ilustre académico me contestó diciéndome:

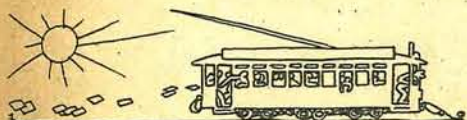
"En mi deseo de complacer a usted e interesado yo mismo por la suerte de la palabra "Juvenilia", redacté la papeleta y la llevé el jueves a la Academia, donde pensaba haberla leído sin aguardar a que le llegase el turno, cosa que hubiera podido hacer fácilmente, pero como ese día se celebró la última junta del curso y hubo necesidad de dejar resueltos varios asuntos, se pasó la hora sin que la Academia pudiese dedicarse "al examen de cédulas para el Diccionario". En cuanto se reanuden las tareas, el 3 de octubre próximo, tendré ocasión de llevar nuevamente la papeleta y de defenderla, pues la palabra, que es un latinismo, semejante a otros muchos de los que se introdujeron en nuestra lengua en los siglos XVI y XVII, es, en mi humilde opinión, digna de ser admitida".

Si el Cané de aquel entonces viviese y ahora se encontrase aquí en España, invitado a emitir un juicio terminante sobre la situación de este país, su perplejidad sería muy grande. Aman-te de la evolución permanente hacia la mejor libertad, lamentaría el retroceso moral de España en estos momentos, si bien admiraría su progreso material y aun, dentro de ese retroceso, advertiría que sólo era en lo referente a la vida interior, pues en cuanto a la exterior, la única tendencia española es la de pacifismo y solidaridad. Sería también casi seguro que pensando en la actual dictadura española, especie de "panne" en el avance del país hacia el arquetipo definitivo que sueñan sus hijas americanas, recordase aquellas palabras del célebre Gambetta dichas para Francia en el último tercio del siglo pasado: "Le clericalisme, voilà l'ennemi".

LEOPOLDO BASA

(Para LA NACION) MADRID, agosto de 1929

VIAJE AL ZOOLOGICO EN CINCUENTA PARRAFO.



♦ ♦ ♦ Domingo. Sol en el cielo y pasteles en la tierra. El almanaque nos ha llenado de amor el corazón. Por rendir homenaje a la Creación, henos aquí, en tranvía eléctrico, rumbo al Zoológico.



♦ ♦ ♦ Henos aquí, con estos buenos hombres que han sacado afuera el bastón y la alegría del domingo.



♦ ♦ ♦ Las chicas pobres adornan sus trajes con sus cuerpos, después de haber querido adornar sus cuerpos con sus trajes.



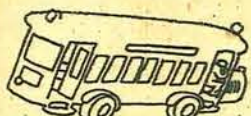
♦ ♦ ♦ Llevan todas sus vestidos nuevos y en el sombrero de moda un último desnudo: el desnudo de la frente.



♦ ♦ ♦ ¿Quién entiende la lógica del adorno? Medias de seda falsa, sobre piernas auténticas de mujer.



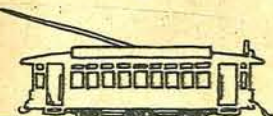
♦ ♦ ♦ Cada sexo tiene su coquetería. Las mujeres se pintan la cara; los hombres, los botines.



♦ ♦ ♦ Sobre la rueda que marcha—ómnibus, automóvil o tranvía—, los pobres dejan de servir. Esta pobreza de 1929 tiene la dignidad de la rueda.



♦ ♦ ♦ Francisco de Asís y Henry Ford son los santos de la humildad. San Francisco condenó el lujo; mister Ford lo hizo posible para todos. Por caminos distintos, los dos santos dignificaron la pobreza.



♦ ♦ ♦ Con su camino rígido y repetido, el tranvía es un vehículo sin imaginación.



♦ ♦ ♦ Tranvías al uso criollo. Por diez centavos, el tranvía y sus mujeres.



♦ ♦ ♦ De la vieja feminidad, ya perdida para siempre, sólo queda la timidez de las mujeres que chistan al guardar para bajar del tranvía.



♦ ♦ ♦ Hay algo peor que robarle el reloj al vecino, y es leerle su diario.



♦ ♦ ♦ Sube un inspector, como un profesor de buenas maneras. La misericordia está siempre en el fondo de la autoridad.



♦ ♦ ♦ Los hombres que para descender suenan por sí mismos el timbre, son los anarquistas del tranvía.



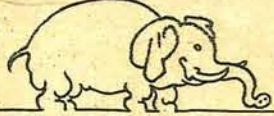
♦ ♦ ♦ Hemos llegado. Saquemos nuestra entrada y pongámonos alegres, conde Keyserling, con estos diez centavos de alegría municipal.



♦ ♦ ♦ Este mendigo, a la entrada, pertenece sin duda al Servicio Municipal de Mendicidad. Es un invento útil: no puede pedirse un servidor más barato de nuestra conciencia.



♦ ♦ ♦ Todo el jardín rodeado de rejas. O sea las fieras defendidas de los hombres.



♦ ♦ ♦ ¿Es éste, así limitado y mezquino, aquel maravilloso Zoológico de 1900? He aquí que sobre el mismo sitio, viajando años en lugar de leguas, he pasado, como Gulliver, del País de los Gigantes al País de los Enanos.



♦ ♦ ♦ Hace treinta años que faltó a este lugar. Las víboras se arrastran como entonces y los canguros siguen cojeando. La Naturaleza no ha progresado.



♦ ♦ ♦ ¡Fieras del Mercado de Hamburgo! Antes de entrar para siempre en estas jaulas, perdieron su libertad en un catálogo.



♦ ♦ ♦ Es la Creación enjaulada, una Creación sin grandeza ni misterio. Los leones, escrupulosamente, rugen de acuerdo con los catálogos de la casa vendedora.



♦ ♦ ♦ Las fieras, como los hombres, pierden su porvenir en los empleos públicos.



♦ ♦ ♦ No dimos esta jaula altísima a las águilas para cuidar su ilusión, sino la nuestra.



♦ ♦ ♦ No nos riamos de las fieras enjauladas. Ellas, a su vez, nos ven entre rejas.



♦ ♦ ♦ Nunca comprendí el proyectil de saliva del guanaco. La Naturaleza se olvida a veces de ser grande.



♦ ♦ ♦ Entre tigres y leones, salvadas para siempre del mercado, las perdices, asombradas, encuentran demasiado grande su destino.



♦ ♦ ♦ Frente al oso, que sigue bailando detrás de sus rejas, advierto que el baile es también un gesto de desesperación.



♦ ♦ ♦ Olvidando quinientos mil años de historia, un mono y un bebé se hacen señas a través de la reja.



♦ ♦ ♦ Es triste advertirlo, pero el más humano de todos es el gesto del mono que se rasca.



♦ ♦ ♦ ¿Por qué no se le hace al león su pequeño desierto, como se le hizo al águila su pequeño infinito.



♦ ♦ ♦ Hay favores que humillan, como la libertad del conejo.



♦ ♦ ♦ Exageraciones de la ciencia: "Zebus Azarae o Monito de los Organistas". O sea el arte malogrado por la ciencia.



♦ ♦ ♦ Dice el caballo: "Ahora que se acabaron los tranvías a sangre y los combates de caballería, ya no queda en el mundo sitio para mi heroísmo".



♦ ♦ ♦ Dice el gallo: "Es curioso: nunca he logrado hacer salir el sol antes de la madrugada".



♦ ♦ ♦ Dice el loro: "Hablar, cualquiera lo hace. Lo que cuesta es acertar con el momento".



♦ ♦ ♦ Dice la marmota: "Dormir: he ahí la libertad".



♦ ♦ ♦ Dice la tortuga: "¿Qué pretende el apuro de los hombres? Para volver siempre al mismo sitio, más vale no moverse de él".



♦ ♦ ♦ Dice el león: "La importancia tiene también sus desventajas. Dentro de la gota de agua, la libertad del microbio es absoluta".



♦ ♦ ♦ Inflexible jerarquía de la muerte: matamos los leones con bala y los mosquitos con zapatilla.



♦ ♦ ♦ Ante el camello cargado de niños, las fieras enjauladas sienten la gloria de su inutilidad.



♦ ♦ ♦ La peor de las servidumbres: servir al placer de los demás.



♦ ♦ ♦ Horror de la vida sin iniciativa: las bestias entre rejas y los hombres entre avisos.



♦ ♦ ♦ Cuando el tigre abre las fauces, se le lee un aviso de dentífrico en el paladar.



♦ ♦ ♦ En medio de la selva, el olor del león es un anuncio trágico y grandioso. En el Jardín Zoológico es, simplemente, un mal olor.



♦ ♦ ♦ Con su marcha obstinada junto a la reja, el león recorre su desierto.



♦ ♦ ♦ Ante los ojos de todos, la comida, el sueño y hasta el amor de las bestias. Hay algo peor que perder la libertad, y es perder la intimidad.



♦ ♦ ♦ El "Homo Sapiens" no necesita jaula: lleva consigo sus rejas.



♦ ♦ ♦ ¡Fotógrafos modestos del Jardín Zoológico! Vuestros retratos no saben ni siquiera mentir.



♦ ♦ ♦ Caerá la noche sobre este mundo, y será una selva poblada de rejas.



♦ ♦ ♦ ¡Noches del domingo, siempre llenas de desilusión!



ROBERTO GACHE

ILUSTRACIONES
DE ALEJANDRO
SIRIO



"Mancha" y "Gato" en los arenales de la costa del Perú



UERON diversas las opiniones que escuché respecto a la posibilidad de poder llegar por tierra y a caballo a Piura, en el extremo norte del Perú. No existen mapas fidedignos del país; aun hoy, el mejor es el de Raimondi, un geógrafo italiano que actuó dos generaciones atrás. El ministro de Guerra, convencido del fracaso de nuestra empresa, —máxime considerando la época desfavorable del año, cuando los ríos están más crecidos—, mandó gentilmente que se preparara un croquis especial de la ruta por la costa, que luego resultó de bastante utilidad.

Cambiado el equipaje y todo adaptado a las condiciones tropicales en que nos tocaría actuar de allí en adelante, partimos de Lima. Ambos caballos estaban en excelentes condiciones.

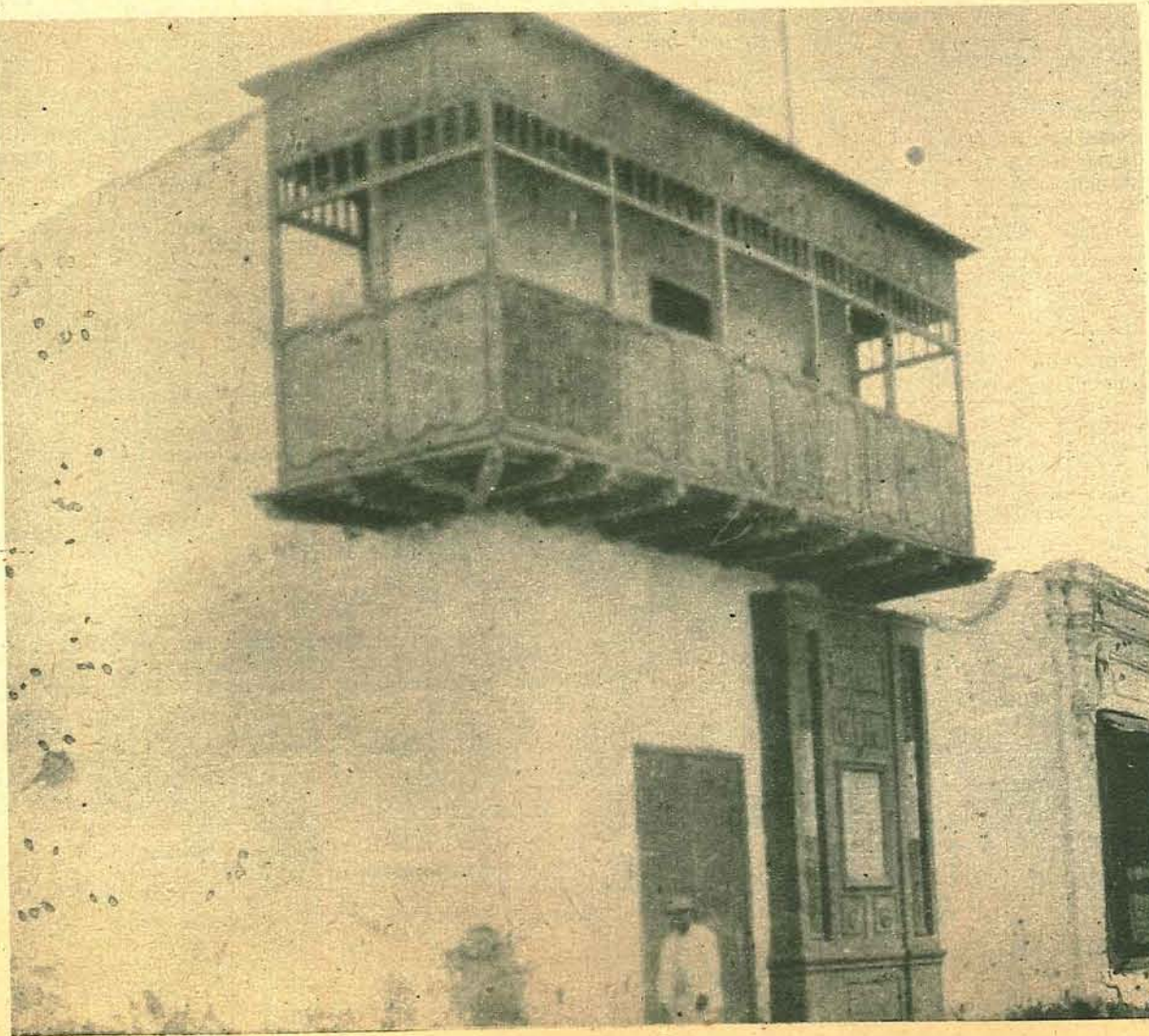
La primera jornada nos llevó hasta Ancón, pequeño balneario distante siete leguas de la capital. A mitad de camino, un gendarme pidió ver mi permiso para llevar armas. No habiendo pensado antes en este requisito, tuvimos que ir a la comisaría para arreglar el asunto. Fue una desgracia con suerte, pues el capitán me advirtió que cerca no más tendríamos que cruzar un río bastante peligroso. Me facilitó dos gendarmes baqueanos y buscamos un lugar apropiado para pasar a nado. Cerca había un puente de ferrocarril (la línea va hasta Ancón) y por él pasé aperos y bagajes.

Poco antes de llegar a Ancón, donde se vende—dicho sea de paso, el agua potable a razón de diez centavos la lata—, comienza el desierto. Fue en esta región donde se libró la última batalla de la guerra del Pacífico. Los muertos fueron enterrados allí donde cayeron. Andando el tiempo, el viento levantó la arena, dejando al descubierto montones de huesos y calaveras. ¡Qué triste lugar de eterno reposo para centenares de hombres que dieron su vida en defensa de la patria!

Las penurias comenzaron después de Ancón. Teníamos mil doscientos kilómetros de desierto por delante, cortado por una veintena de ríos en medio

NOTAS DE UN RAID POR LAS DOS AMERICAS HACIA LOS DESIERTOS DEL PERU

Por AIME F. TSCHIFFELY



Casa histórica cerca de Huaura desde la cual el general San Martín declaró la independencia del Perú

de valles angostos. No llevé nunca agua. Pensé, y la experiencia me dio razón, que lo que se economizaría así en peso se ganaría en velocidad. Además, el agua es la carga más incómoda que es dable imaginarse. Para mi uso tenía un frasco de aguardiente y otro con una mezcla de ajo molido, zumo de limón y sal. Esta mezcla es muy buena y de sabor tan horrible que nunca tuve la tentación de tomar dos tragos seguidos. Mancha y Gato llevaban crines y colas crecidas, para poder defenderse mejor de los mosquitos y otras sabandijas.

Sólo en contadas ocasiones mis compañeros parecieron sufrir de sed. A veces marchábamos horas enteras entre médanos. Los cascos se hundían en la arena candente y olas de calor hacían difícil la respiración.

El Infierno de Dante es una obra de estupenda imaginación, pero los desiertos del Perú son algo real, muy real.

A veces podíamos seguir por la playa marítima. Miles de aves, pelicanos blancos y negros, guanicos y gaviotas formaban verdaderas nubes. Los cangrejos buscaban apresuradamente un lugar de refugio al vernos llegar, y de cuando en cuando aparecía sobre el agua la cabeza de una foca, curioseando hacia nosotros. El intenso reflejo de los rayos solares sobre la arena blanca, sobre las crestas de las olas y sobre las blancas gaviotas que silenciosamente trazaban sus círculos en derredor nuestro, me hacían doler la vista y tuve que usar los mismos anteojos ahumados que me habían servido en la cordillera.

Al norte de Paramonga está el desierto Matocaballo. Su solo nombre me dió que pensar. Ciento sesenta kilómetros por arenales, sin aguadas, ni plantas, ni refugios. Tuve que esperar el plenilunio para intentar la travesía, pues es materialmente imposible llevarla a cabo de día debido al calor reinante. Como si el pueblo donde nos tocó en suerte parar no fuera ya bastante miserable, la peste bubónica hacía estragos allí, y por más que yo desinfectaba diariamente el cuarto donde dormía, no logré nunca vencer los temores de un contagio.

Hago notar que en los pueblos chicos generalmente no



Murallas de existencias fondas adobe de las ni hoteles. De ruinas de consiguiente, iba Chan Chan casi siempre a las comisarias.

Ahi limpiaba el piso del calabozo y tendia las pilchas. Los caballos quedaban en la cuadra, cercada de una pared de adobes. Luego buscaba forraje y conseguido este—cosa bastante más fácil de escribir que de hacer—salía en busca de algo para mí. No había que ser muy exigente: arroz cocido, porotos, bananas fritas, huevos y café, era cuando—suerte mediante—podía hallar.

Llegó, por fin, la hora en que pudimos emprender la marcha por el desierto Matabalbo. El sol se perdía en el ocaso cuando partimos. Cruzamos un riacho y nos internamos en los médanos. La arena era muy blanda y aun caliente, pero pronto una fresca brisa marina se levantó y proseguimos con buen ánimo, sorteando en continuo zigzag médano tras médano. Cuando era posible hacerlo, íbamos por la playa del mar, donde los caballos podían galopar a ratos.

Poco a poco fui sintiendo el cansancio. De vez en cuando paraba un rato para cinchar y dejar resollar un poco a los caballos. A eso de las dos de la mañana desapareció la luna y fué entonces la única vez, en todo nuestro viaje, que recurrí a la brújula. Entonces ya tenía desarrollado el sentido de la dirección en alto grado.

Los primeros rayos solares fueron como brasas y parecían penetrar en el cutis como alfileres. Hacia mediodía el calor se hizo irresistible. Marchábamos en un horno. Los caballos aguantaban de una manera notable. A la una de la tarde noté que apuraban el paso. Varias veces levantaron la cabeza y jeros por el aspiraron fuertemente. Creo

Cable para cruzar pasala cabeza y jeros por el aspiraron fuertemente. Creo

que, de haberles soltado las riendas, habrían seguido al galope, pese al horrible calor que nos envolvía. La razón de tan raro comportamiento la comprendí más tarde: nos acercábamos a un río y evidentemente los caballos habían podido oler el agua.

Sería difícil describir mi estado de ánimo cuando pasamos de la arena a verdes pastizales, y si bien ya me había formado una alta opinión del valor de Mancha y Gato, no pude menos que admirar la manera maravillosa con que habían resistido una etapa que sería muerte casi segura para cualquier caballo no acostumbrado a tal ambiente. Los llevé al río, los lavé bien y los solté. Se revolcaron a gusto y comenzaron a pastar como si nada, absolutamente, hubiese sucedido. Llegué a un rancho, y mientras una viejecita me preparaba un poco de café, me senté en un banco y quedé dormido casi instantáneamente, para despertar recién al día siguiente. Habíamos tardado justamente veinte horas en cruzar el desierto Matabalbo.

EL CRUCE DEL SANTA

Aparte del calor, de la arena, de hambre y sed y de la falta de las más elementales comodidades, los ríos fueron un obstáculo considerable y a veces terrible.

El peor fué el río Santa, poco antes de llegar a Trujillo. Cuando lo alcanzamos estaba muy crecido, de un ancho de doscientos cincuenta metros, aproximadamente. Era opinión general que, debido a la gran corriente, un caballo no podría cruzarlo a nado. Con todo, yo estaba convencido de que mis fletes eran capaces de salir airoso de la prueba. Las autoridades del pueblo donde paraba se opusieron a mis designios, alegando que el río era muy traidor y que si erraba cierto lugar de la orilla opuesta, ya no podría salvar los caballos, los que serían llevados al mar por la corriente.

Tantas cosas espeluznantes oí contar del Santa, que resolví al punto echarle personalmente un vistazo. Pedí prestada una mula y, acompañado de amigos ocasionales y curiosos, nos pusimos en marcha. Después de cabalgar media hora entre un fachinal, medio sumido entre el agua, alcanzamos la meta.

Admito que no me gustó nada el asunto. La orilla opuesta, muy escarpada, quedaba lejos y de las aguas cubiertas de espuma se levantaba un ruido como de trueno lejano. Ramas y troncos de árboles pasaban en rápida carrera. Varias rocas hundidas en el lecho del río aumentaban el peligro, dando lugar a la formación de remansos y remolinos. En tiempos normales los expertos del lugar, que se llaman chimbadores, se ganan la vida pasando haciendas por el río, pero cuando hay creciente, nadie intenta la travesía.

Comprendiendo que solamente un buen conocedor de los secretos del río podía dar una opinión fundada, solicité la presencia del mejor chimbador de la región. Después de mucho esperar llegó el hombre, y al cabo de un minucioso estudio, declaró que las probabilidades de éxito eran remotas, más considerando que mis animales no eran especializados en esta clase de trabajos. Finalmente, convinimos en probar fortuna al día siguiente.

De vuelta al pueblo, la noticia corrió de boca en boca y cuando, a la hora convenida, partimos nuevamente hacia el río, una caravana de gente, a caballo, con mulas y burros y a pie, nos siguió. En ambas orillas del Santa se habían reunido, desde temprano, muchos curiosos. Apostaban a favor y en contra de mis caballos. Desensillé y pasé recado y carga mediante un pequeño alambre carril. Cuando todo estuvo listo, y yo a punto de internarme en el río, vino a retenerme el alcalde—hombre que se me había mostrado muy amable y servicial—, declarando sin ambages

que impediría, aunque fuera a la fuerza, la consumación de mi intento, por tratarse de un suicidio y nada más.

Ya me sentía vencido y condenado a esperar quién sabe cuántas semanas hasta poder llegar a la orilla opuesta, cuando noté la presencia del chimbador de la vispera. Le ofrecí una paga suculenta y, finalmente, después de mucho parlamentar y habiendo convenido en que quedaba autorizado a abandonar a su suerte a los animales en caso que no alcanzaran el único punto de arribada posible, cerramos trato. A esto nadie hizo objeción, porque estos chimbadores son nadadores maravillosos y conocen los secretos del río como la palma de su mano.

Volvió a inspeccionar el baqueano el río con el mayor cuidado, mandó a varios hombres aguas arriba para que, mediante señales, le avisaran de la llegada de cualquier árbol grande, y finalmente, se largó al agua, montando a Mancha. Gato seguía suelto atrás. La gente gritaba y gesticulaba de uno y otro lado del río, pero yo pasé minutos de ansiedad que parecieron horas. Por fin se levantó un clamoreo: Mancha y Gato habían alcanzado la meta, unos ochocientos metros aguas abajo. El Santa fué conquistado en plena creciente.

OTRO INCIDENTE

Las aventuras del día no habían llegado a su fin, pues al llegar a la "hacienda", donde pensé pernoctar, hallé a la peonada completamente alborotada. Indios y mestizos gesticulaban en grupos, y se me dijo que uno había pretendido asesinar a un compañero. No habiendo médico, me pidieron que ayudara al herido. Lo hallé tendido en su ranchito, malamente cortado y cubierto de sangre. Evidentemente había sido lesionado en un pulmón. Lo lavé y le hice beber una solución de láudano.

El heridor estaba en otro ranchito, que hacía las veces de prisión, colocado en el cepo. Era

un indio de pelo largo, con cara de pocos amigos. Justamente cuando me disponía a acostarme volvieron a llamarme, diciendo que el prisionero se hallaba suelto. Salí con la linterna eléctrica y al aproximarme a la puerta de la "prisión", una piedra me alcanzó en el pecho.

Desenfundé el revólver y albrandando hacia el interior de la "prisión", vi al indio con una daga en su diestra. Gritaba como una fiera y por un momento estuve tentado de pegarle un tiro, pero pensando en las consecuencias — investigación, con pérdida de tiempo y la enemistad de amigos que pudiera tener el criminal—decidí desarmarlo. Alcé una tabla, teniéndola delante del pecho, a modo de escudo, y salté sobre el individuo, volteándolo de un fuerte puntapié. En la caída fui cortado en la muñeca de la mano derecha, pero, no obstante, logré dominarlo y quitarle finalmente el arma. En cuanto lo vieron caído, hombres y mujeres se abalanzaron sobre él y lo hubieran muerto a golpes y patadas, a no mediar mi enérgica interposición.

Durante toda la noche sentí los gemidos del infeliz, y cuando por la mañana fui a verlo, lo hallé tendido en el suelo, tal cual lo había dejado la vispera. Primero creí que era cadáver. Sólo a largos intervalos levantaba el pecho. Ordené que le sacaran las ligaduras, cosa que se había hecho horas antes. Daba lástima. Las sogas le habían causado profundas heridas y los ojos estaban inyectados de sangre.

Pronto partí. Muchas veces me he acordado de ese indio y de su víctima y pensado si habrán muerto o no. Del hachazo que recibí conservo un recuerdo indeleble. Huacas consbtruidas por los antiguos indios



LA TECNICA LITERARIA DE PAYRO



L publicista Manuel Gálvez ha escrito un interesante artículo, donde afirma que la aplicación de la técnica literaria a los temas argentinos es reciente. Añade: "La ignorancia de la técnica literaria explica la ausencia de novelas. En este género no cabe la improvisación... Cambaceres, Miró, Lucio López, Siccardi, Podestá y Payró escribieron novelas a lo que saliere, con un perfecto desconocimiento del "metier". Enrique Larreta, con "La gloria de don Ramiro", de excelente hechura flaubertiana, nos enseñó cómo se construía una novela..."

La inclusión de Roberto J. Payró en un grupo de novelistas tachados de impericia me induce a apostillar las breves líneas de Gálvez con el conocimiento real e inmediato de la producción de Payró desde hace veinte años, allá por el de 1908, antes de que escribiera las "Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira". Conozco, pues, las ideas que su autor tenía a la sazón sobre el arte de novelar, y he asistido de muy cerca a la tarea concienzuda de preparar y escribir esa y las siguientes obras, realizadas ya en su casa de Lomas de Zamora. De su trabajo anterior sólo puedo opinar por la impresión de la lectura, de varias relecturas. Y lo mismo digo de los autores englobados en la cita. Conviene, sin embargo, dejar aquí sentada una divergencia seria entre el parecer de Gálvez y otros escritores de responsabilidad, juicios que se impone refrescar antes de que tome visos de certeza lo que todavía se halla en proceso de discusión.

Por de pronto, al estudiar una novela de 1891, "La Bolsa", críticos de penetración hacen ya referencia a la habilidad técnica de su autor, Julián Martel (José Miró). Pasemos por la posibilidad de que Julio Piquet dijese en 1898 que "La Bolsa" era toda una novela, desde luego "la mejor novela argentina". Pero es que también Ricardo Rojas, en 1922, opina que "trátase de una verdadera novela, y una de las novelas mejor compuestas que poseemos; la madurez del género empieza con ella dentro de nuestra literatura, y transcurrirán veinte años hasta llegar a "La gloria de don Ramiro". Dos años después, en 1924, Jorge Max Rohde acentúa el mismo concepto con este aserto terminante: "La composición" de su obra ("La Bolsa") es admirable".

Mas, vengamos ya a la producción novelística de Roberto J. Payró, que se supone realizada a la buena de Dios, sin conocimiento ninguno de la técnica.

Conviene, ante todo, consignar que la crítica argentina reciente nunca ha incluido a Payró en el grupo precursor del 90. Su primer conato de novela histórica, "El falso inca", está fechada en 1905; "El casamiento de Laucha" es de 1906; "Pago Chico" apareció al año siguiente. Ignoro las lecturas y meditaciones del autor sobre la teoría del arte. Me conformo con los juicios de Roberto F. Giusti y de Alberto Gerchunoff. El primero califica "El casamiento de Laucha" de joya de la novela picaresca argentina. ("No se leen con mayor placer las aventuras de Lázaro ni las de Rincón y Cortado, que las de Laucha"). De ese precioso relato dice el segundo: "Es una narración sobre una base central, sin desviaciones episódicas, y que produce en nosotros la impresión de una obra maestra... Está hecha con ese arte de ensambladura sin la cual la obra imaginativa pierde su eficacia y se anula en lo caótico, de



Capítulo de Buenos Aires y Cortado de la obra

cuyo abismo sólo la salva el genio".

Lo que a mí personalmente me consta es que antes de ser escritas las "Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira", su autor discurría conmigo de arte y literatura como el intelectual mejor informado en la historia de tales disciplinas. Por lo visto, el autor de "El espíritu de aristocracia" se asombraría si le afirmase que todos los temas que en 1924 toca en sus ensayos eran ya objeto de nuestras conversaciones. Como siempre ha sido viva la actualidad estética, la diversidad de temperamentos, también entonces se hablaba de "jóvenes" y "viejos"; de literatura académica y renovadora; de idealismo, realismo y naturalismo; de novela psicológica, novelesca y trascendental; de los problemas literarios en Europa y América. Más aun: nos entusiasmábamos con la poesía de Rubén Darío—todavía verdaderamente combatida—, lamentábamos la fatal aparición de los imitadores y preveíamos el antirubendarismo, cuya fórmula surgía en cuanto el ansia de lo nuevo germinase en los espíritus selectos, que por definición sienten la fatiga de lo vulgarizado.

¿Qué era poesía, qué era novela, qué era teatro, artes plásticas, música? Lo que el genio quería y valoraba. Bastaba recorrer con la memoria los anales de la creación artística. Había ejemplos de toda índole dentro de las líneas fundamentales. De ahí los módulos, las expresiones tan diferentes. Es que creíamos en la personalidad, en el artista. Decía bien

ROBERTO J. PAYRO

DIBUJO DE V. E. BRAVO

el autor de "Prosas profanas": nada de manifestos. "Yo no tengo literatura "mía" para marcar el rumbo de los demás; mi literatura es "mía" en mí..." Consecuentemente, cada uno que se revele a su modo. Lo esencial consiste en que el artifice lo sea, es decir, que sepa llegar al espíritu ajeno con la más adecuada "instrumentación". Payró concretaba su pensar en la materia afirmando que el escritor discreto hallará siempre su manera de cristalizar artísticamente el blando fondo de sus emociones. La posteridad sentenciará después. Ahora, verbigracia, ya sabemos cuando acertó, a nuestro gusto, Miguel de Cervantes Saavedra, si en las "Novelas ejemplares" o en el "Don Quijote de la Mancha".

¿Y en cuanto al sistema de trabajo? ¿A la materialidad de escribir? No acabábamos nunca acumulando nuestras noticias eruditas y personales. (Balzac, por ejemplo, escribía la mejor obra cuando alargaba su "Eugenia Grandet", publicada en folletín, para cobrar más; Anatole France enviaba a la imprenta las primeras cuartillas, casi escuetas de estilo, que vigorizaba después en repetidas galeradas). A pesar de tantísimas genialidades, Payró mantenía su costumbre de no desprenderse del manus-

crito hasta dejarlo definitivamente terminado. Y esto no acontecía hasta haberlo copiado nitidamente de punta a punta y leído varias veces a sus íntimos, cuya impresión gustaba conocer.

Mas esta última revisión se realizaba tras una labor de estructuración escrupulosa. Su peculiar modo consistía en escribir la obra febrilmente y de un tirón. Luego insistía en la tarea, capítulo por capítulo, escena por escena, en sucesivas ampliaciones, durante las cuales no sólo obtenía la proporcionalidad de las figuras, los cuadros y el paisaje, sino que iba afinando la expresión hasta dar con la justeza de la frase y del léxico. Porque Payró era exigente consigo mismo; sentía la desazón del vocablo aproximado; requería la precisión y la huroneaba insistentemente.

Es más: aun la primera "escritura" no la ejecutaba sin haber pensado largamente el asunto, cuando era corto; sin haber tomado muchas notas y trazado abundantes esbozos, si el argumento era vasto. No digamos cuando se trató de emprender su sueño dorado, o sea novelar la conquista hispana del Nuevo Mundo. Sería, muy seria y copiosa fué la investigación. Reproduzco palabras de Gerchunoff: "Cuando le visité en Bruselas, poco antes de la guerra, en su delicioso hotelito de la Avenida Brugmann, donde pasé algunos días de tranquila alegría, Payró ya planeaba el desarrollo del "Capitán Vergara". En su espaciosa biblioteca, sobre la mesa atestada, se alineaban los vo-

lúmenes de los cronistas, se amontonaban los documentos y las monografías. Al hablarme de ese largo período de la acción española en América, se entusiasmaba, se enardecía, y me diseñaba, con su palabra precisa, con su ademán nervioso, cómo sería la obra". Una vez trasladado a su casa de Lomas, durante años, he estado hojeando los manuscritos entonces aprontados, repasando las listas abundantes de los personajes; las sendas biografías, hasta de los imaginados; los proyectos de las principales escenas.

Es fácil, pues, asegurar que sus dos últimas novelas: "El capitán Vergara" y "El mar dulce", no han sido fruto apresurado de la lectura de historias y crónicas; más de diez años consagró el autor a su designio, que fué substantivando paulatina y tesoneramente, en todas formas, con abundante información y amplios bosquejos. Lo he husmeado todo y puedo afirmar que esa labor previa reclamó mucho tiempo, muchas preocupaciones. A veces sólo sirvió para entresacar un dato, un rasgo, un matiz. Pero éstos, bien ubicados, han impreso a la obra seriedad, solidez, valor indiscutibles. El novelista se había preparado bien para dar la requerida vivacidad al panorama histórico.

Parecido empeño observó el escritor para sus "Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira", libro minuciosamente estudiado en Barcelona y escrito detenidamente en Bruselas, de donde lo recibí en pruebas, cuya lectura dábame motivo para sintetizar impresiones de lector anticipado en cartas que años después mostré un día en su sección de correspondencia tan cuidadosamente clasificada. Algún parecer mío era recordado placenteramente por mi amigo, que lamentaba la miopía de muchos, empeñados en descubrir malos hábitos periodísticos en su estilo celosamente vigilado. Entonces hacía memoria de la sorpresa con que los compañeros de LA NACION se referían a las crónicas diarias de 1906, tan bellamente escritas en un santiamén.

No había tal improvisación, puesto que eran pensadas y construidas "in mente" mientras iba charlando y bromeando de mesa en mesa durante varias horas de la noche. Tal el trabajo oculto que no siempre sabe descubrir el crítico.

Como habrá observado el lector, yo no he tomado la pluma con la intención de juzgar la producción literaria de Roberto J. Payró. No he deslizado el menor juicio sobre su técnica novelística, ni siquiera sobre el modo de realizarla en el papel. No era ese mi propósito. Descaba sólo esclarecer un punto de simple objetividad. Y me he decidido a ello con el fin de borrar, si es posible, la leyenda infundada de la impericia de Payró como novelista, según algunos, maltrecho por el periodismo. Periodista era cuando escribió "El casamiento de Laucha", de impercedera memoria; periodista aun al escribir las "Divertidas aventuras", que el más exigente no podrá tildar de novela improvisada; periodista siempre, mientras forjaba "El capitán Vergara" y "El mar dulce", crónicas noveladas que probablemente quedarán insuperadas por mucho tiempo. Ninguna de esas obras, que yo he visto crear, como tampoco las comedias "Vivir quiero conmigo", "Fuego en el rastrojo" y "Alegría", permiten confundir a su autor con los iniciadores, a quienes se les supone escribiendo a lo que saliere. Payró supo siempre lo que se hacía en la composición de sus libros. Aparte de que sobre la inconciencia de los poetas, de su intuición y cultura, muchas y diversas son las opiniones solventes.

JUAN

TORRENDELL



SIENDO un pueblo de pescadores y navegantes todo Cascaes, no se sabía por qué se llamaba de los Navegantes aquella callecita fina, estrecha y morisca, que curaba en enjabelgadas blancuras lo que en el fondo debía tener de antiguos ateizamientos.

En la calle de los Navegantes todos los portales se ocultaban detrás de una cortina y ninguna casa revelaba su interior en el menor gesto. Parecía que todos los navegantes estaban descansando del último viaje y se les envolvía en mosquiteros de silencio y de discreción para que su sueño fuese más reparador.

Sólo en un portal, ya a la salida de la calle de los Navegantes, junto al cruce de otras calles que igual podían llamarse de los Inválidos que de los Expósitos, aparecía colgando de un clavo una jaula de cañas en que rebullía un pájaro.

Muchas miradas buscaban una perdiz reclamera y otras un mirlo, pero lo sorprendente era encontrar lo que aquello era y adivinar, cuando ya se había llegado a creer que era una tórtola, que era una gaviota.

El alma del pasajero se detenía perpleja al ver una gaviota enjaulada, por más que la jaula fuese una jaula de flautas, con más de cabaña que de prisión por ser de cañas.

En el silencio no vigilado de la calle pobre de los Navegantes, era espaciosa la pausa del transeúnte preocupado por la gaviota, mirándola con mirada que si de frente veía la avecilla, le abría por el reverso hacia la playa del pueblo, siempre llena de la espera de los barcos, pescadora como ninguna, la favorita de esas costas del Atlántico, bienquista con el dios del mar como ninguna.

“Y cómo teniendo esa playa optimista, que es regazo de pescadores—se preguntaba el suspenso transeúnte—, se mantiene ahorrada una gaviota del mar?”

Algunos sospechaban si aquel sería un rito de pescadores o un rasgo de amor paternal ante una cría caída en cubierta desde los nidos del cielo.

La gaviota bullía allí dentro con inusitado coraje, con más ahinco de libertarse que una perdiz que se descalabraba por salir de su jaula. La picuda gaviota metía su pico entre los barrotes con indicación orientadora, como persiguiendo los vientos con su pico conocedor de las direcciones, como el pico imantado de la brújula.

En la calle de los Navegantes, era como un navegante en pena aquel pájaro flaco, nervioso, con gestos de goma, con aguzamientos de avión ansioso de volar.

Todo estaba en sueños de descanso en aquel rincón y, sin embargo, aquella jaula ardía en fiebre de tesón volandero, queriendo flechar las distancias prohibidas el pobre pájaro cautivo.

II

Boaventura le llamaban, con nombre de una pieza, al veterano de la gaviota enjaulada.

El hombre nicotinizado de mares había cobrado una silueta original gracias a aquel acto sencillo de apresamiento del ave que a nadie se le había ocurrido enjaular.

Solterón y ya con la piel dura y agrietada, les parecía a todos que en aquella dedicación a la gaviota encontraba un enloquecido camino la ternura sin salida del hombre solo.

Por la bondad que caracterizaba a Boaventura, no se atrevieron a pensar que aquella prisión supusiese ningún vejamen para la religión del mar que a todos les enfervoraba, ni ningún menoscabo de libertades que debían vivir incólumes.

De todos modos, lo de la gaviota enjaulada no se borraba de la imaginación de todos, y les tenía preocupados, volviendo a su memoria muchas veces aquella puerta casera con una jaula al lado, como suspenso de la orca yata de sus sienes.

Los niños miraban a Boaventura con cierto rencor, como al hombre al que consienten los otros hombres, por cobardía, la mayor diablura que consentirían a un niño: una barbaridad mayor que la que se le pudiese ocurrir al rapacero más vil.

La experiencia era bonita para el alma cruel de los niños, y se asomaban a ver indócil y furiosa la gaviota ansiosa de altozanear en las olas.

Nadie encontraba justificación para decir nada a Boaventura sobre su gaviota encanastada en jaula de cañas, pero todos pensaban en ella al ver el telón movedizo de sus hermanas, que

LA GAVIOTA PRISIONERA

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1929

cubrían a veces el cielo de la tarde como si en la alta artesa hubiesen echado una carga de palo de jabón para limpiar mejor su azulesidad.

“Y la gaviota de Boaventura en el callejón de los Navegantes!”, pensaban los que se acordaban de ella al ver destrizarse las bandadas como velas destrizadas en la proximidad del puerto, encarnando sus pedazos en retazos de vida.

El viejo bañero Rogelio Ferreria, “antiguo bañero e hija”, como ponía en sus tarjetas, fué el único que se atrevió a decir algo al hombrón misterioso de Boaventura:

—¿No ves que son las únicas aves siempre fieles al mar?... Se puede

retener junto a una ventana cualquiera de esos pájaros que entran en la ciudad y sus jardines... Merecen ese castigo por tener alas y volar junto a los hombres... ¡Pero las gaviotas! Ahí las tienes en Lisboa, junto a la Plaza del Comercio... Las palomas pasean orgullosas por la plaza, pero ellas no pasan de la escalinata en que la tierra acaba en el mar. ¡Y eso que tienen el magnífico arco de triunfo en que anidan las palomas y que parece ser el ideal de más aves!

—Yo sé por qué guardo mi gaviota—se contentaba con responder Boaventura.

III

La cabeza de la gaviota nunca encontraba el resquicio anchuroso que buscaba entre los barrotes huecos, que sonaban con un sonido seco de irse a quebrar al fin.

Burlona en su modestia de calle arrabalera para tan pomposo título de los Navegantes, la callecita decía sumisa: “de los marineros, apenas”.

No tenía la gaviota nombre alguno. Se la llamaba sólo “la gaviota”, porque hubiera sido ridículo ponerle un nombre de tierra adentro al animal más desembarazado de nombres y de cargantes y mezquinas llamadas. Era sólo “la gaviota”, o a lo más, la gaviota de Boaventura.

No le cabía al pobre pájaro ni el consuelo que les queda a los otros enjaulados, sobre los que alguna vez pasan por lo alto del cielo de su calle una bandada de hermanos, pues las gaviotas sólo vuelan entre dos mares—mar y cielo—, no entre pueblos y cielo.

Entre las tragedias que sufría en su jaula la gaviota, una era la de sólo ser gris, pues no tenía medio de lucir su pecho blanco, ese retal de blancura del que sacan hasta cabrillos deslumbrantes en el vuelo de su libertad. Allí en la jaula sólo era una cosa sucia como alpargata vieja.

Las golondrinas de la calle clamaban por su libertad y silbaban la tiranía de Boaventura rozando las ventanas de su siesta. Sentían las negras golondrinas de la tierra la hermandad con aquellas golondrinas blancas del mar, mayores y más optimistas, porque también su misión es mayor, que es nada menos que la de contentar el mar.

“¿Qué importará que falte una?” Parece que no, e importa mucho. Es como si en el cielo faltase un án-

gel. Pues habiendo innumerables, todo se trastornaría.

Hay la conciencia recóndita e improbable de que el mar no es más duro porque se respetan las gaviotas, que son sus caricias, lo único que le amansa, los únicos pájaros que le quieren.

Hasta parece que desvían muchas veces la posibilidad de que se pique el mar, porque fluctuando sobre él, bañando sus patas para volar después y caer de nuevo apachugadas sobre la ola, parecen hacerle creer que está picado engañándole así y evitando que se pique de verdad al lograr que vuelen su mala intención.

Jeroglíficos del mar no se sabe lo que quieren, ni lo que quieren decir,

aunque a veces su escritura tumbada hacia la derecha parece ser rasgueo de una pluma latina.

¡Y encima, hembra la gaviota de Boaventura! O sea que hay un viudo que no vió muerta a su pareja y que a todas horas se abaja a los valles del mar, buscando sin descanso a su gaviota.

Y las bandadas innumerables, probablemente presas por el mismo secreto, caen sobre huellas en que creen entrever a la gaviota desaparecida y vuelven a levantar el vuelo para inspeccionar nuevos abismos.

IV

La pérdida de aquella barca pintada de negro con un triángulo verde a cada lado, como agalla de su afanosa, consternó la dulce playa, pues con la barca habían desaparecido cinco de los pescadores más queridos en el poblacho.

A propósito de aquel naufragio surgió ya sin somormujo la saturación de lo insostenible, el no poder soportar por más tiempo aquel cautiverio de mal augurio que era la gaviota suspendida.

Se reunieron en la playa todos los pescadores, como cuando llegaba el pescado y hacían el reparto con caballos de lotería, sin cesar de recitar números en un largo rato.

Las barretinas verdes y las barretinas pardo negruzcas eran en el grupo como campaniles flojos, como remates en la cabecera de gorras y pelambres.

Un grupo de gaviotas lanzaba su grito a chirrido de ventanitas que se abriesen en el azul, agudo chirrido de gozne mal engrasado.

La borla negra de alguna barretina cayendo sobre la frente de un pescador de barba blanca, era como campanilla de pensamientos de luto.

Nadie se atrevía a acercarse al grupo de consejo, el más serio de los consistorios, puesto que lo celebraba gente del mar, que sabía lo que pasaba en los caminos intrazados, y se celebraba sobre el papel de lutos y alegrías de la playa: tan pronto con una u otra orla.

—¿Algún lote de “peíge”?—preguntó el curioso.

—No debe ser... No ves que no hay ninguna mujer.

En efecto, las mujeres, sentadas en un rincón de la playa como en el crucero de una iglesia, rezaban sus oraciones de futuro, las oraciones para de

allá a dos días, que es cuando estaba preparada la nueva batida al escondido pez.

En el confesionario de pronósticos que formaban todos los pescadores agrupados como en una barca estrecha, se trataba el asunto grave.

El anciano Texeira decía:

—No hay más remedio que pedirle la libertad de la gaviota... Iremos una comisión de los de más edad.

—Para que no lo achaque a miedo de vejez, convendría que fuese alguno como yo—dijo Rogelio, “antigo Banheiro e filha”.

—No eres tan joven como para presumir, pero ven—le repuso Anthero, el de la barba blanca con la borla en la frente.

Se formó la comisión y los cinco que la formaron salieron de la playa con solemnidad de visita de pésame, haciendo que las mujerucas sentadas en un cuévano de la playa, se cifesen y arrebujasen en sus mantones, como si las hubiese atravesado la espina un escalofrío malagorero.

Por calles empinadas de calvario de deber la comisión se dirigió a la Rua dos Navegantes, donde la gaviota les acogió, como a todo el que pasaba, con esperanza de salvamento.

—Boaventura! Boaventura!—gritó Joao, el que al arriar velas y al capitanear la voz de todos al lanzar al mar las grandes barcas, llevaba la voz cantante y era como altavoz de los espacios siempre sordos que colindan con plazas y rocas.

Boaventura dormía su siesta de haber acabado de volver siempre, pues él resumía los navegantes, ya que, estudiado el censo de la calle, todos eran hombres de regoría y algún empleado del Aa en diente.

—Boaventura!—gritó ya sin miedo a asustarle el estentóreo Joao.

Boaventura salió de un salto a la puerta de su casilla y se quedó sorprendido al ver toda una comisión y con expresión casi compungida.

—Pero si yo no soy casado! ¿A qué diablo de viuda venís a consolar?... Como no sea que traigáis la limosna de la orfandad a mi única huérfana, a la gaviotiña.

—Por ella venimos...—repuso Rogelio—. Todos nuestros cofrades te piden por boca nuestra que la sueltes... Hemos tenido ya tres desgracias este invierno. Las frazadas de jerga de luto que se despachan en la tienda de las facendas son tantas, como si fuesen de lona para surtir de velas a tres grandes bergantines... —¿Y todo se lo achacáis a la pobre gaviota, que cuidó como a una niña?

—No es eso... Pero puede ser...—dijo Anthero—. El mar no nos quiere bien y hay que buscar todas las causas de su rencilla... Ya sabes que todos nos confesamos después de la segunda desgracia, y de nada ha servido aquel descargo de los peces podridos que llevábamos dentro.

Ante aquella voz de muy anciano, Boaventura vió sentenciada su gaviota, se dió cuenta del murmullo contra el prendido en las arenas, y con decisión abrió la jaula de cañas y dejó volar su gaviota, como quien lanza al cielo el mayor voto de sus sacrificios.

Sin mirar las alturas, para no despedirse de quien tan pronto estaba ya tan lejos, dijo con voz lacrimosa:

—¡Ya está! Id a decírselo a los cofrades.

Después se entró en la casa, dando una puñada a la cortina.

Todos miraron al cielo como con una súbita ansiedad de deshacer lo hecho y volver a restituírle su gaviota, pero vieron lo irreparable de aquel vuelo blando en las alturas, a diferencia del del águila, que vuela sobre alas aviesas y desflecadas, con un aire de navajeo.

Rogelio, que era el más compadre del desposeído, entró a consolarle. Los demás se fueron hacia la playa.

Boaventura lloraba como un niño, con la cabeza echada sobre el hule refrescante de la mesa.

—Pero, por Dios, Boaventura, no merece tanto un pájaro!

—No era un pájaro, no era sólo un pájaro, Rogelio!—dijo con palabras de pan mojado el pobre Boaventura.

—Entonces?—preguntó con ansiedad el bañero.

—Te acuerdas—habló el dolido, sorbiéndose las lágrimas para que no enturbiasen la confidencia—de Ana Maria?... Pues ella me dijo un domingo, estando sentados en el malecón de Lisboa: “Si muero seré gaviota...” En recuerdo de ella tenía la gaviota... Pero esta historia te la digo a ti solo, ahora, pero que no la sepa nadie, que ni el vino la arranque de tu memoria.



ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

LA MUERTE DEL CAUDILLO RAMIREZ



ON ocasión del nuevo aniversario de la muerte trágica y romanesca del caudillo Ramírez — ocurrida el 10 de julio de 1821 en Río Seco, cerca de San Francisco de Córdoba — por salvar a Da. Delfina, una hermosa criolla — porteña o portuguesa — que le acompañaba en su cruzada postrera, en defensa del régimen federal pactado un año antes en el tratado del Pilar entre Estanislao López por Santa Fe, Francisco Ramírez a nombre de Entre Ríos y Manuel de Sarratea en representación de Buenos Aires, se ha publicado una nueva noticia del sangriento episodio con la ufanía de destruir para siempre los relatos más autorizados, según lo indica su título: "La verdad sobre la muerte del caudillo Ramírez", y el cual remata con esta rotunda afirmación:

"Después de este testimonio concluyente es de esperar que no se persistirá en mantener una versión históricamente falsa, por más aceptación que haya tenido en los que trataron aquellos sucesos y por más grata que resulte al sentimiento popular. Lo exigen el buen sentido y la seriedad de la historia".

La briosa enmienda va endilgada a nuestros historiadores máximos, el general Mitre y D. Vicente Fidel López, que narraron el episodio, "asa de ro en la "Historia de Argentina", t. III, p. 563, y en la "Historia de la República Argentina", t. VIII, p. 559, el segundo, cuyas versiones, más o menos completas, especialmente la del primero, coincide con la que publiqué años después en estas columnas, añadiéndole nuevas referencias, como puede verse en "Hombres y cosas que pasaron". (El caudillo Ramírez. Buenos Aires. J. Lajouane y Cia. 1926).

Hace un cuarto de siglo, en una de las inolvidables tertulias del núcleo fundador de la Junta de Historia y Numismática Americana, en casa de Alejandro Rosa, presididas por el general Mitre, en donde se esclarecieron muchos asuntos del pasado con las noticias aportadas por nuestro presidente, Angel Justiniano Carranza, Enrique Peña, Manuel F. Mantilla, Samuel Lafone Quevedo, José Marcó del Pont y Juan Ambrossetti, recuerdo que el general Mitre me interrogó un día amablemente:

—¿De dónde ha sacado los datos para describir en "Montaraz" la lucha entre Artigas y Ramírez?

—De un testimonio insuspechable, señor. El general Miguel Jerónimo Galarza, que había servido desde asistente al lado de Ramírez, y era oficial de su escolta el día en que el caudillo sucumbió por salvar a la Delfina. Cuando Ramírez cayó del caballo con el pecho atravesado por un pistoletazo, fué Galarza quien logró salvarla, y con unos cuantos soldados se incorporó al comandante Anacleto Medina, que se batía en retirada a unas cuantas cuadras más lejos, y el que la condujo, atravesando el Chaco, hasta la Concepción del Uruguay, donde la Delfina falleció.

Escuché estas referencias al propio Galarza, compañero de armas y vecino de mi padre, en una interesante tertulia de viejos guerreros, entre los que figuraba el coronel Cristóbal Warlet, soldado de Ramírez, a quien oí ratificar la relación del general Galarza. Ignoro si Warlet dejó escritas sus memorias, pero recuerdo que había puesto interesantes notas al margen de las "Memorias póstumas del general Paz", en el ejemplar existente en la biblioteca del Colegio Nacional del Uruguay, donde me educué.

El general, que me escuchaba, asintió:

—Conoció a Galarza, el Tuerto Galarza, como le decían, porque tenía un ojo hundido por algún puntazo; recuerdo que en la campaña de Caseros traía una compañía de boleadores para hacer prisioneros; era uno de los buenos jefes del ejército de Urquiza.

Menciono estos antecedentes que pueden servir de guía al lector para examinar el nuevo relato con el que se pretende

destruir los ya conocidos, especialmente el consignado en la "Historia de Belgrano", donde dice el autor: "Para escribir el episodio de la muerte de Ramírez me he servido de las referencias verbales del coronel Ramón Cáceres y del general Anacleto Medina, testigo presencial". (Capítulo XLVI, nota 54, loc. cit.).

Examinemos el nuevo relato. Afirma Antonino Díaz, al enviar a la revista "El Porvenir Militar", en 1895, unos apuntes atribuidos al general Medina: "que no sabía leer ni firmar y bajo su dictado los escribió su secretario Machado"—y agrega:—"fueron proporcionados a mi padre, el brigadier de armas en la misma época de la independencia, general Antonio Díaz, por su compañero don Anacleto Medina".

Son, pues, de fecha anterior a la conversación de Medina con Mitre, que se documentó con su prolífica característica para describir el episodio, y es, sin duda, raro que Medina, al ser interrogado, no hiciera mención a lo que ya había hecho escribir. ¿Cuándo fueron escritos dichos apuntes? ¿Está comprobada debidamente su autenticidad?

Enseña Taine: "Sous tout document laisse par le passé cherchons l'homme au tour de document".

Veamos quién era el hombre. Tuve la fortuna de conocerlo un año antes de su muerte en la batalla de Manantiales, y así lo referí en "La visión de los viejos lanceros", que forma parte de mi libro "La cinta colorada" (Buenos Aires, 1916), cuyas páginas considero oportuno reproducir porque reflejan una impresión veraz del tipo físico y moral del famoso guerrillero, cuyo testimonio ha sido traído al debate.

"Fué al promediar el mes de abril de 1870, en mi tierra natal. Cerca del campamento histórico de Calá, donde se formó el ejército de López Jordán, después del asesinato del general Urquiza, existía la estancia de los míos. Mi padre había caído prisionero en una emboscada y fué traído preso al campamento revolucionario. Una mañana vinieron a buscarme porque quería tenerme a su lado mientras permaneciera en aquel lugar. Era la primera vez que veía tantos soldados vivaqueando a lo largo de un arroyo. El espectáculo de aquellas divisiones de caballería que se perdían a lo lejos en las cuchillas me llenaba de asombro; el ir y venir de los jinetes de caras desconocidas que llevaban sables o lanzas con banderolas blancas; el rumor confuso de las voces de mando, los gritos de alerta de los centinelas, los relinchos estridentes de los caballos y las risotadas hombrunas en los fogones me causaban temor y, sobre todo, al ponerse el sol, las notas largas como lamentos de los clarines tocando a oración, dejaron en mi alma de niño una impresión imborrable.

"A cincuenta pasos de nuestra carpa acampaba un grupo de paisanos melenudos que capitaneaba un anciano de rostro aindiado, de ojos pequeños y astutos, semivelados por la pulpa caída de los gruesos párpados que sujetaba con una vincha blanca. Era de escasas palabras y lento en el andar; casi siempre permanecía sentado junto al fogón, mateando, a la sombra de un algarrobo, en cuyo tronco se veía apoyada una aguda lanza de ástil negro con virolas de plata. Pero su extraña figura se transformaba y erguía cuando, a la madrugada, saltaba en

pelos a un brioso tordillo y lo hacía correr un largo trecho, sentándolo de golpe en los corvejones o lo tendía en la rienda a ambos lados con rápidos y bruscos movimientos, cual si estuviera frente a un peligro imaginario. Después llegaba al paso hasta la costa del arroyo y buscaba el ramblón más hondo para echarse a nadar.

"El indio no olvida sus mañas—sentí comentar ponderativamente a los soldados de nuestra guardia.

"Al despertar una mañana noté que los fogones de su campamento estaban apagados y que el viejo militar de la lanza de virolas de plata y su gente habían desaparecido. Aquel extraño guerrero de la vincha blanca que con tanto cuidado adiestraba diariamente su caballo de pelear, era el general Anacleto Medina—el indio Medina, como le nombraban cordialmen-

cretario del Sr. General Dn. Anacleto Medina".

El documento está escrito en papel de carta, grande, timbrado con el escudo argentino, consta de 12 páginas, escritas de ambos lados y se intitula así: "Apuntes ligeros sobre la muerte del General Ramírez, llevados a la guerra con setecientos hombres a tres provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba".

He aquí la referencia de las circunstancias en que halló la muerte el caudillo Ramírez. Dice el manuscrito: "El día que marchamos del Arroyo Seco tomamos la dirección del parage que llaman Sn. Francisco, donde de campamos y allí amanecimos. Era este un valle entre un palmar y una cañada. Cuando el día aclaraba, salió de entre el palmar una fuerte guerrilla con un escuadrón de protección, a inmediaciones de donde yo

estaba; inmediatamente mandé el parte al Gral., que estaba como a veinte cuadras de distancia con la poca fuerza que tenía. Estas guerrillas cuando salieron del palmar se vinieron sobre la fuerza de vanguardia que yo mandaba, que sería poco menos de un escuadrón.

Los cargué, derrotando dichas guerrillas y su protección. En esos momentos salieron de entre los palmares dos fuertes divisiones, las cuales se interpusieron o me cortaron, de modo que me privaron la incorporación con el Gral., y estas fuerzas se fueron sobre él, persiguiéndome a mí otra como de tres escuadrones.

Después de los palmares, seguía un monte de algarrobales, por el cual me perseguían, pero siempre sosteniéndome en retirada, sin que pudiesen deshacerme, sin embargo de ser mi fuer-

za de cincuenta y tantos hombres.

"En esta retirada que yo hacía por el monte o palmar, no podía saber cuál era el resultado del Gral.; en circunstancia que venía un soldado de la escolta del Gral., y acercándose a mí me dijo estas palabras:—"Comandante, póngase a la cabeza de la fuerza, que a nuestro general lo han muerto". Cuando yo me internaba en el monte, se pararon los enemigos y me dejaron de la persecución que me hacían. En este momento se aparecieron cuatro soldados de las fuerzas del Gral., que traían a la mujer que lo acompañaba, que la habían salvado de entre los enemigos...

"Entonces busqué yo la salida de aquellos montes en dirección al Chaco y vine a salir a un pueblito que llaman el Chañar. Allí llamé a los cuatro oficiales que iban conmigo y les hice saber que mi intención era hacer la travesía por el Chaco y les dije que el que no quisiera acompañarme le daría un par de hombres para que los acompañasen, si querían, a cualquier parte de las provincias, bien fuese a Córdoba, Buenos Ayres o Santa Fe: que yo, como Gefé que habíamos llevado la guerra, no me era posible hacerlo, porque tenía otra responsabilidad: y me contestaron todos a la vez que estaban conformes en acompañarme, pero en la marcha me fallaron dos de los oficiales, Ramires, el que fué Gral. después en Corrientes, y un tal Meriles, Cordobés. En fin, para abreviar estos apuntes, concluiré por decir que hice la travesía por el Chaco con cincuenta y ocho hombres, sin más vaquiano que yo, que buscaba rumbo al naciente, con el deseo de salir a San Javier, pueblo de indios mansos que estaban con Lopes, Gobernador de Sta. Fé..." Y

agrega:—"A los diez y nueve días de la muerte del General Ramires vine a pisar el territorio Entre-Riano".

"Respecto a que la muerte del Gral. Ramires — agregan los apuntes — fué a causa de salvar a una mujer que lo acompañaba, es incierto porque después de desecho, cuando se retiraba con seis u ocho hombres que lo acompañaban, buscando la incorporación a las fuerzas que yo mandaba en la persecución que me hacían, lo persiguió una mitad de tiradores al mando del oficial Portenque que hacía de su Ayudante y que este lo había traicionado pasándose al enemigo; conociéndolo les dijo a los pocos hombres que lo acompañaban, volvámoslos caras y carguemos a ese pícaro traidor que nos viene persiguiendo, en cuya carga que dió le hicieron una descarga, donde fué él solo herido, y como a dos cuadras de distancia cayó del caballo. Esta es la declaración de los soldados del piquete que lo acompañaba y que realmente fué lo positivo".

De la relación atribuida a Medina, que he reproducido textualmente, resulta: 1.º Que el comandante Anacleto Medina se encontraba separado de Ramírez por fuerzas enemigas, baténdose en retirada, como a veinte cuadras de distancia del lugar en que estaba aquél. 2.º Que en ningún momento tuvo contacto con él, porque dos fuertes divisiones se interpusieron o cortaron, de modo que le privaron la incorporación con su general. 3.º Que en su retirada por un monte de palmares no podía saber cuál era la suerte de su general, y que entonces un soldado se le acercó para avisarle que habían muerto a Ramírez. 4.º Que cuando se internaba en el monte y los enemigos habían dejado de perseguirlo, se le aparecieron cuatro soldados de las fuerzas del general que traían a la mujer que lo acompañaba, que habían salvado de entre los enemigos.

Téngase presente que Medina no ha sido testigo presencial de la muerte, ni vio cómo fué salvada la Delfina. Habla por lo que le contaron los soldados, y años después del episodio lo anota en los apuntes un amanuense incógnito. Y no se olvide que fué el mismo Medina quien lo refirió a Mitre de una manera distinta, según corre en la "Historia de Belgrano". ¿Cuál es entonces la referencia verdadera?

Los mismos apuntes refieren que después de muerto Ramírez se aparecieron cuatro soldados trayendo a la mujer que acompañaba al caudillo, que habían salvado de entre los enemigos. Es posible que fueran más de cuatro los salvadores de la hermosa mujer que cabalgaba con herraje de plata. Era una presa que no habían de dejar escapar fácilmente. Entre los que la rescataron estaba Miguel Jerónimo Galarza, el leal asistente y oficial de la escolta del caudillo que le acompañó hasta verle caer en defensa de la mujer amada. Eso fué lo que le oí referir, sin alardear la proeza, como lo he consignado en "Hombres y cosas que pasaron", y cuya versión condice con la consignada por La Madrid—que fué vencido por Ramírez en el primer momento—con la franqueza hidalga del temerario guerrero.

"El gobernador López—escribió—había dado alcance al caudillo Ramírez antes de llegar al Fuerte del Tío, batiéndolo, en cuyo choque murió Ramírez, por defender o salvar a una mujer que llevaba, y que había caído en manos de los soldados de López, que le perseguían; sin este incidente, habríase salvado". (Memorias del general Gregorio Aráoz de La Madrid, t. I, p. 277).

Es la voz de dos hombres de guerra, uno testigo y actor en el bárbaro episodio, rival el otro que recoge de las mejores fuentes la noticia en los mismos días de la tragedia.

Los detalles del bárbaro episodio están narrados en los "Apuntes históricos para la provincia de Santa Fe", página 60, por Urbado de Iriondo, un contemporáneo que recogió sus informaciones del comandante Orrego y el teniente Maldonado, los que dieron muerte y remitieron a don Estanislao López como trofeo la cabeza ensangrentada del caudillo vencido.



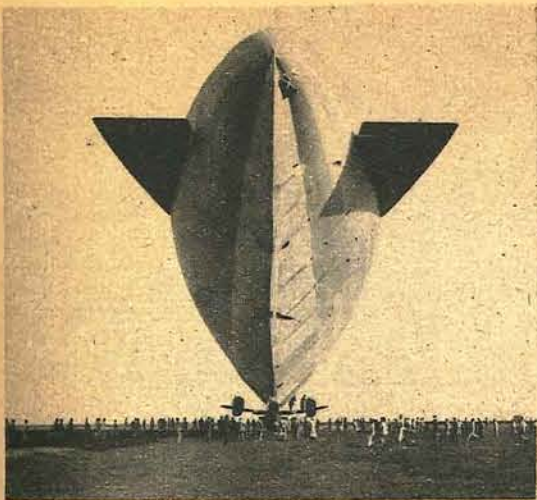
EL CAUDILLO RAMIREZ
(DIBUJO DE MACAYA)

te—uno de los hombres más guapos y temerarios, que más han peleado en nuestra tierra y en su tierra oriental. Oficial formado al lado de un maestro como el caudillo Pancho Ramírez, le acompañó en todas sus aventuras empresas, hasta la hora en que el formidable paladín cayó muerto, semejante a un caballero medieval por defender a su dama, después de cuarenta días de combates temerarios; y fué él quien la salvó de sus perseguidores a través de las breñas del Chaco hasta llevarla a Entre Ríos.

"Su repentina desaparición del campamento revolucionario era en pos de una nueva aventura guerrera, la postrer aventura en que el viejo león, casi ciego, perdido de los suyos durante la derrota de Manantiales, encontró la muerte de una lanzada que lo tendió vencido para siempre sobre aquella su amada tierra charrrúa de las blancas y rojas margaritas..."

Veamos ahora la nueva probanza con que se pretende aniquilar los relatos más autorizados respecto de la muerte del caudillo entrerriano, valiéndose de una Memoria atribuida al general Anacleto Medina que publicó "El Porvenir Militar" el año 1895. Y me anticipo a declarar que tengo delante el manuscrito original—facilitado por mi amigo Eduardo de Urquiza—documento que carece de fecha y de firma; habiéndosele agregado al final—posiblemente por Antonio Díaz, al remitirlo a la revista mencionada—con letra y tinta distinta:—"por el Sr. General Jerónimo Machado—Se-

MARTINIANO
LEGUIZAMON.

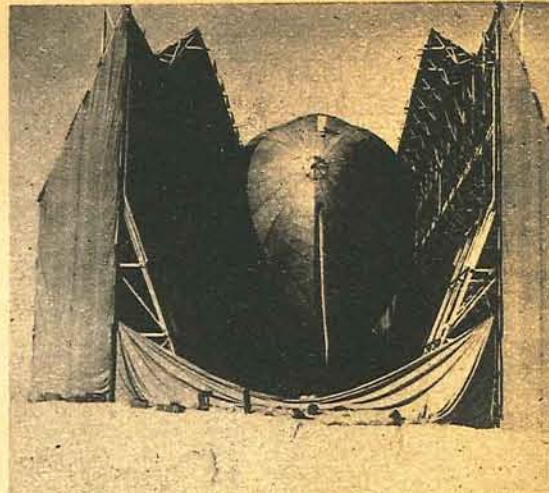


El dirigible italiano en el aeródromo de Ciampino

El P. Gianfranceschi, capellán de la expedición, sosteniendo la cruz que el "Italia" llevó al Polo



El P. Gianfranceschi, capellán de la expedición, sosteniendo la cruz que el "Italia" llevó al Polo



Durante los trabajos de reparación del cobertizo construido en Kings' Bay

Los trabajos de reparación del cobertizo construido en Kings' Bay

EL "ITALIA" EN EL POLO NORTE

POR
UMBERTO
NOBILE

(Derechos adquiridos por LA NACION)



Durante el aterrizaje en King's Bay. El comandante de la nave observando la maniobra

El Norge era verdaderamente atrayente, porque permitía ampliar las líneas de mi proyecto. Podía, en efecto, basarme en la posibilidad de recorrer sin escalas doce mil kilómetros, partiendo de Rusia, del cobertizo de Gatchina. Es decir, que partiendo de Leningrado llegaríamos a Tokio, pasando por el Polo.

Es indudable que con una autonomía tan grande crecía la seguridad del vuelo, aunque más no fuera que por la posibilidad de llegar a uno u otro de los cobertizos existentes en la Europa o en la América septentrionales o en el mismo Japón. Además, el plan de la exploración podía ser más vasto, la tripulación más completa, la parte científica mejor desarrollada.

Telegrafíe a Roma. Pero el gobierno italiano había abandonado la construcción del nuevo dirigible, y no conseguí convencerlo de que la prosiguiera, bien que estuviese muy adelantada, y hasta no faltase casi nada para concluirlo. Apasionado como técnico en este género de construcciones y también como autor del proyecto de aquel dirigible, en el que había trabajado alrededor de un año, me apenó dicha decisión, porque así vi desaparecer toda esperanza de efectuar la expedición polar con un medio mucho más imponente que el Norge, que habría permitido hacer exploraciones sobre el casquete polar, en comparación de las cuales, en cuanto a la importancia de los resultados, el audaz viaje del Norge pasaría a segundo plano.

Esto, sin embargo, no consiguió disuadirme de insistir en la realización de mi proyecto de expedición ártica, empleando un dirigible de la misma capacidad del Norge.

Su construcción estaba ya terminada en la primavera de 1927, y sus primeros vuelos de ensayo debían hacerse en el próximo verano.

COMO FUE RESUELTA LA EXPEDICION

La empresa del Norge, primera tentativa audaz de exploración polar con dirigible, había

sido, ante todo, una empresa aeronáutica.

La novedad del medio empleado y la misma audacia de la empresa que se quería realizar, a través del océano glacial, con un dirigible de pequeño cubaje, hicieron, casi diré necesariamente, que se descuidara la preparación científica. En otros términos: era tan grave la preocupación por el éxito del vuelo mismo que no hubo tiempo ni manera de organizar y llevar a cabo un programa de investigaciones científicas.

Del punto de vista geográfico, el vuelo de la Bahía del Rey a Teller había permitido comprobar que entre el Polo y la costa septentrional de Alaska no existía ningún continente, como algunos lo admitían. Y, en efecto, recorriendo a lo largo del meridiano 159 Oeste de Greenwich, la región inexplorada comprendida entre el Polo y el paralelo 74, no habíamos encontrado ninguna traza de tierra. Pero entre 85° 30' y 82° 40' de latitud Norte, a lo largo del meridiano nombrado, siempre volamos sobre un espeso banco de niebla, de unos mil metros de alto, que nos ocultó completamente la vista del suelo, de modo que no podía excluirse la posibilidad de que, debajo de aquel banco de niebla, existieran islas.

En conjunto habíamos explorado entonces cerca de 160.000 kilómetros cuadrados, de los cuales 5500 a lo largo del 10° meridiano Este de Greenwich, entre dos paralelos 86 y 88 de latitud Norte, y el resto a lo largo del ante mencionado meridiano 159 Oeste. Más exactamente, a lo largo de este meridiano habíamos explorado 37.000 kilómetros cuadrados entre los 88° 50' y los 85° 30', con perfecta visibilidad del suelo, y 130.000 kilómetros cuadrados sobre la niebla entre los 85° 30' y 74°. Pero, en el último tramo, entre los 82° 40' y 74°, la niebla presentaba, afortunadamente, frecuentes rasgaduras, a través de las cuales podíamos comprobar que volábamos sobre el mar helado.

Aparte de estas comprobaciones de carácter geográfico, durante dicho vuelo hicimos algunas observaciones meteorológicas y tomamos algunas medidas de conductibilidad eléctrica de la atmósfera, mediante un instrumento que, por pedido del profesor Behounek, de Praga, hice instalar a bordo del Norge, en el último momento, la víspera de la partida.

La cosecha de resultados científicos fue, pues, muy escasa; pero, como decía, hubiera sido absurdo pretender más de una primera empresa de tal género, en la que el elemento aeronáutico lo dominaba todo, haciendo pasar a segundo término las investigaciones científicas. Por otra parte, esta escasez de preparación científica se debió, en gran parte, a la urgencia con que aquella expedición fue organizada.

Sin embargo, en la gran mancha negra que sobre el casquete polar representaba la región donde nunca había penetrado el ojo humano, el vuelo victorioso del Norge había abierto como un gran río de luz, de unos dos mil kilómetros de largo y de ochenta a noventa kilómetros de ancho. Pero, si se había hecho la luz en todo o en parte de estos 160.000 kilómetros cuadrados, quedaban todavía sumergidos en las tinieblas cerca de cuatro millones de kilóme-

tros cuadrados, como resultaba de un cálculo prolijo que hice hacer, teniendo en cuenta todas las exploraciones polares precedentes, hechas con barcos, trineos o con medios aéreos.

El problema geográfico del Océano Glacial Ártico no se limitaba, por otra parte, a averiguar cómo estuvieran distribuidas en él las tierras y el mar, pues había también que determinar cómo eran los fondos marinos y la marcha de las corrientes. En suma, no bastaba decir, como podíamos decirlo nosotros después de la empresa del Norge, que a lo largo del meridiano 159 Oeste no existe un continente. Esta afirmación tenía, sin duda, su importancia, pero del punto de vista oceanográfico habría tenido otra mayor el establecer cuál era la profundidad del mar en aquellas regiones, aunque sólo fuera en dos o tres puntos. Si, además de la profundidad marina, se hubiese podido determinar exactamente el grado de salinidad, se hubiera obtenido un beneficio incommensurable para los estudios de oceanografía polar.

Para una nueva expedición este problema de medir la profundidad del mar y recoger muestras de agua a diversas profundidades, midiendo al mismo tiempo su temperatura, tenía, pues, una importancia capital.

Del punto de vista del problema estrictamente geográfico, de la distribución de las tierras y los mares, las búsquedas más importantes había que hacerlas a lo largo de las costas de Siberia, de Groenlandia y del Canadá, donde la escasa profundidad del fondo marino dejaba prever la posibilidad de que emergieran del mar tierras más o menos extensas.

Se delineaba así, en sus puntos principales, el programa geográfico de la expedición: un viaje de exploración hacia la costa siberiana, donde el problema más importante que había que resolver era el de la Tierra de Nicolás II, de la que sólo se conocía un trecho de la costa oriental; un segundo viaje hacia las costas de Groenlandia y del Canadá; un tercer viaje a las regiones inmediatas al Polo, con la intención de bajar a los hielos para verificar las investigaciones oceanográficas a que me he referido. Cada viaje habría tenido un largo de tres a cuatro mil kilómetros.

Aparte de los problemas geográficos, que ya por sí solos eran tan interesantes y atraerentes, la expedición habría tenido que hacer, además, toda una serie de observaciones físicas sobre el magnetismo terrestre, la gravedad, la electricidad y radioactividad de la atmósfera, sobre la meteorología y, en fin, sobre la biología polar.

Tal era, pues, en sus líneas generales, el programa geográfico-científico que yo expuse en Ita-



Titina, la perrita que viajó en el Italia, aguardando ser embarcada



El Italia durante la maniobra de amarre, al llegar a King's Bay



El Città di Milano en Kings' Bay, abriéndose paso entre los hielos a fuerza de dinamita

lia, apenas regresé del Japón, en una conversación que mantuve con el jefe del Gobierno, hallándose presente el subsecretario de la Aeronáutica.

Como medios, pedía el nuevo dirigible de 18.500 mc., al que ya me he referido, y la colaboración del Ministerio de la Aeronáutica, para todo lo referente a la preparación, no sólo del dirigible, sino también de las bases en que aquél debía detenerse, especialmente de la Bahía del Rey, que debía ser el centro de que se irradiarían los vuelos de exploración que había proyectado.

Debo hacer notar de paso que esta idea de explorar en forma de abanico el casquete polar, partiendo y volviendo cada vez a la Bahía del Rey, no era nueva: yo la había expresado ya, durante los preparativos de la expedición de 1926, pero Amudsen no la había aceptado.

Así, pues, expuse a Mussolini en sus grandes líneas el programa de la expedición. Me escuchó atentamente y luego dijo: "Quizá sería mejor no ir una segunda vez contra el destino. Reconozco, sin embargo, la importancia científica del proyecto. Volveremos a hablar de esto la semana próxima".

No volvimos a hablar hasta la víspera de la partida.

Entretanto, el subsecretario de la Aeronáutica, que por su parte demostraba apoyar calurosamente mi iniciativa, me sugirió que interesara en el proyecto a la Real Sociedad Geográfica Italiana, pidiéndole que asumiera la paternidad de la iniciativa. Quedaba sobreentendido, naturalmente, que el Gobierno ayudaría a la Sociedad Geográfica de todos los modos posibles; pero, sobre todo, poniendo gratuitamente a su disposición el dirigible y encargándose del pertrechamiento.

El 12 de julio, en efecto, el consejo directivo de la Sociedad Geográfica, al que yo había expuesto mi proyecto, decidió asumir la responsabilidad de su realización. A su vez, algunos días más tarde, precisamente el 21 de julio, el "podestà" de Milán, en una carta que me dirigió, confirmaba que la ciudad de Milán ofrecería por suscripción privada la suma necesaria para organizar la empresa, según el antepresupuesto por mí presentado y que ascendía a tres millones y medio de liras italianas. He aquí:

	Liras
Refacción de la cubierta de tela del cobertizo de la Bahía del Rey, y reorganización de los servicios de reparación y abastecimiento tanto en la Bahía del Rey como en Vadsø	700.000
Modificación y arreglo del dirigible para los vuelos polares.	200.000
Instrumentos científicos	100.000
Transporte y consumo de materiales de reparaciones y aprovisionamiento.	400.000
Seguros de vida de los miembros casados de la tripulación.	500.000
Viveres y ropas para la tripulación.	150.000
Gastos para el personal que se mandará a Svalbard y a otras bases.	500.000
Sueldos e indemnizaciones a miembros de la tripulación ajenos a la aeronáutica.	150.000
Premios a los miembros de la tripulación de la categoría obreros y clases.	300.000
Gastos diversos.	150.000
Total, liras:	3.500.000

Una buena parte de esta suma se pensaba sacarla de la explotación periodística y cinematográfica de los acontecimientos de la expedición.

Transcurrieron algunos me-

ses antes de que se tomara una decisión definitiva, cuando, por fin, un día de octubre de 1927, el subsecretario de la Aeronáutica me mandó llamar a su despacho y me anunció muy satisfecho que el Duce había dado su consentimiento a la empresa, con tal de que ella se hiciera bajo la responsabilidad de la Sociedad Geográfica y que los gastos fueran cubiertos por el comité milanés. Quedaba entendido que el Ministerio de la Aeronáutica proveería gratuitamente el dirigible y los pertrechos, y que la preparación misma se haría en los talleres gubernativos y con personal del Gobierno, debiendo el comité milanés reembolsar todos los gastos que se hicieran.

A estos acuerdos se les dio forma precisa en una convención escrita, estipulada en diciembre de 1927 entre el subsecretario de la Aeronáutica y el presidente de la Real Sociedad Geográfica.

Mientras se hacían estos acuerdos con el Ministerio de la Aeronáutica, yo había tenido varias conversaciones con el subsecretario de Marina, que con gran entusiasmo había prometido darle su apoyo a la empresa, decidiendo enviar a costa de la marina, a la bahía del Rey, una nave que, a la vez que serviría para la instrucción hidrográfica, transportaría los materiales de la expedición y sus marineros harían todas las maniobras que exigiera el dirigible.

Esta entusiasta participación de la marina italiana en la empresa polar fue decidida, naturalmente, con pleno asentimiento del jefe del Gobierno, que, por otra parte, era a la vez, el ministro de la Marina.

Debo agregar que durante la preparación de la empresa, un comité presidido por el subsecretario de la Aeronáutica y del que formaba parte el subsecretario de la Marina, el jefe del Servicio Aeronáutico y el jefe del Estado Mayor de la Aeronáutica, se reunió numerosas veces para oírme exponer y para aprobar los puntos más importantes de la preparación misma.

SE INICIA LA PREPARACION

Apenas decidida la preparación, me puse a la obra. Había mucho que hacer: reparar el cobertizo de la bahía del Rey y el mástil de Vadsø, celebrar convenios con los alemanes y con los rusos para el paso del dirigible a través de Alemania y de Rusia, preparar el dirigible, escoger las personas que debían tomar parte en la expedición, preparar el equipamiento, definir el programa científico, organizar su ejecución y disponer los medios de socorro eventualmente necesarios.

Comencé por los trabajos que había que hacer en la bahía del Rey, porque eran los más urgentes, debiéndose, como ya he dicho, revestir de tela los dos costados del cobertizo. Hice, con este fin, los arreglos necesarios para que se construyera en Noruega el revestimiento y para transportarlo a la bahía del Rey, junto con el personal necesario que debía montarlo.

Con este objeto hice fletar un barco noruego a motor, el Hobby, que dentro del mes de marzo, apenas lo permitiera el estado de los glaciares, debía partir de Tromsø para la bahía del Rey, llevando el nuevo revestimiento del cobertizo y cerca de ciento cincuenta toneladas de carga entre bencina, aceite, hidrógeno, instrumentos, materiales para reparaciones, etc.

En el Hobby debía embarcarse un ingeniero noruego con nueve obreros, encargados de hacer los trabajos del cobertizo, y junto con ellos cuatro italianos, dirigidos por mi hermano

Amadeo, quien, una vez más, como en 1926, volvería a la bahía del Rey para organizar y dirigir una estación meteorológica.

Junto con la construcción del revestimiento de tela decidí que se tapizara con paja la estructura de madera del interior del cobertizo, a fin de reducir los daños que pudiera producir un choque del dirigible durante las maniobras, choque que, dado lo reducido de aquél, era posible ocurriese, como por lo demás lo había demostrado la experiencia de 1926.

★ ★ ★

El dirigible que el Ministerio de la Aeronáutica puso a disposición de la expedición era un segundo ejemplar del Norge, en todo idéntico, salvo alguna leve modificación, por ejemplo, que la cabina de comando y la cabina radiotelegráfica eran un poco más espaciales. Una diferencia estructural de cierta importancia consistía en que la envoltura estaba construida con una tela más liviana que la del Norge.

Los trabajos que habían de hacerse en el dirigible para alistarlos eran numerosos, pero de poca monta, si se exceptúa la reparación de un diafragma interno que se rompió accidentalmente antes de que el dirigible me fuera entregado, y salvo también algunas modificaciones que consideré necesario introducir en la extremidad rígida de la proa, para reforzarla, de modo que el dirigible pudiera resistir mejor los golpes del viento mientras estuviera amarrado al mástil.

Además de esto, introduje algunas simplificaciones en el comando de las válvulas del gas, adoptando un sistema análogo al que había usado en el Norge.

Tuve que aumentar, naturalmente, el número de los depósitos de bencina, dedicando particular atención al sistema de alimentación de los motores, a fin de evitar todo peligro de incendio en el caso de que se rompiera uno de los conductos. Con este fin, como era mi costumbre, reforcé e hice absolutamente impermeable la cubierta de la parte inferior de la armazón del dirigible, a fin de que en el caso aludido de rotura de un tubo, o el más improbable aun de rotura de un depósito de bencina, ésta no pudiese correr fuera del dirigible sobre los motores en marcha, con peligro de incendiarse.

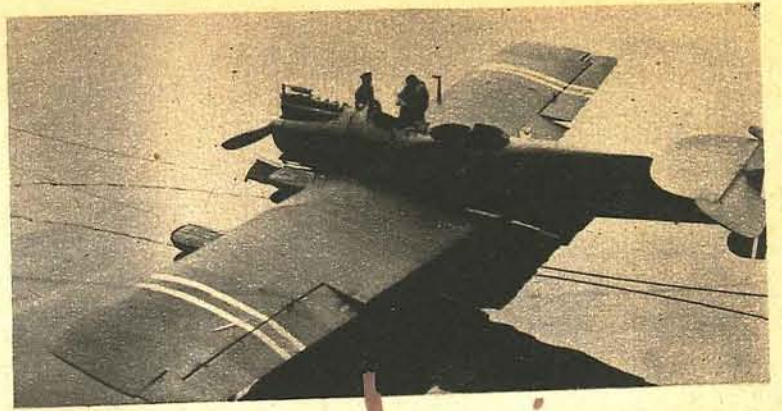
Los motores fueron objeto de los cuidados más meticulosos, tanto en su elección como en las pruebas a que fueron sometidos. Con todo esmero fueron seleccionados los materiales y piezas de recambio que debían llevarse a bordo, de modo de hacer frente a cualquier avería que se produjera durante el vuelo.

Había que ejecutar algunos trabajos importantes con el objeto de preservar a los motores de los efectos del frío. Adopté un sistema parecido al que había empleado con buen éxito en el Norge, poniendo en comunicación los radiadores de los dos motores centrales y revisando su tubería con material aislador del calor.

Pero esta vez el problema era aún más importante que en el Norge, porque durante la maniobra de amarre que me proponía hacer en el mar polar, si la atmósfera estuviese tranquila, me vería obligado a detener por completo los motores. Fue por esto que me previne contra el peligro de que el agua de enfriamiento de los motores se congelara durante el paro.

Para examinar a fondo el problema, comencé por determinar experimentalmente en cuanto tiempo se enfriaba el agua contenida en el radiador de un motor inactivo, cuando la temperatura del ambiente era de unos diez grados bajo cero. Comprobé que teniendo la precaución de revestir el radiador con un forro de fieltro, el enfriamiento del agua era bastante lento, de modo que, por ejemplo, partiendo de una temperatura inicial de 70 grados, doce horas después no se había llegado aún al cero.

Esta comprobación me tranquilizó respecto de la posibilidad de detener los motores durante la maniobra de amarre. Bastaba, en efecto, cerrar bien todas las portaflores de la navecilla motriz y recubrir el radiador y el motor con un forro de fieltro que hice preparar dándole forma adecuada; para tener la seguridad de que el agua no se congelaría. Pero en todo caso si la temperatura hu-



El hidroavión de Larsen en King's Bay

biera bajado demasiado, bastaría volver a poner en marcha el motor durante algunos minutos para que se calentara de nuevo.

Naturalmente que esto no me dispensaba de emplear como líquido refrigerante de los motores una mezcla que por sí misma tuviera la virtud de no congelarse fácilmente. En efecto, podía ocurrir el caso de que, por una razón o por otra, un motor tuviera que estar parado largo tiempo. En el Norge había empleado con tal objeto, para el motor de popa, una mezcla de setenta y cinco partes de agua y veinticinco partes de glicerina, la cual, sin embargo, habría resistido la congelación sólo hasta pocos grados bajo cero; mientras que debíamos estar preparados para afrontar temperaturas mucho más bajas, al menos de veinte grados bajo cero. Y para resistir a esta temperatura sin congelarse, la mezcla debería tener una proporción tan alta de glicerina que, probablemente, hubiera acarreado algún grave inconveniente.

Para hacer un examen más completo de la cuestión hice una serie de experimentos con motores en marcha, haciéndolos enfriar durante el funcionamiento con mezclas de agua y glicerina en partes iguales. No ocurrió nada de anormal: el funcionamiento fue regular. Sin embargo, creí prudente abstenerme de emplear mezclas tan ricas en glicerina y decidí emplear una de 85 partes de agua y 15 partes de glicerina, debiéndose agregar en el momento de detenerse el motor, una pequeña cantidad de alcohol metílico en la medida de 15 por ciento, con lo que el punto de congelación descendía a 16 grados bajo cero.

Para estar en todo caso libre de cualquier sorpresa, decidí también que a bordo el motor de popa o los dos motores del centro tuvieran que permanecer largo tiempo inactivos, haría descargar de los motores la mezcla refrigerante poniéndola en sacos de fieltro de forma esférica, que hice hacer especialmente y de cuya eficacia aisladora del calor me cercioré ensayándolos en ambientes de baja temperatura.

Pero aparte de todo esto, también esta vez, como en la expedición de 1926, quise tener a bordo una provisión de agua caliente para los motores, que se emplearía en el caso de que fuera necesaria. Esta agua caliente iría contenida en una caldera de aluminio, calentada por dos o tres estufas catalíticas a bencina, del tipo que ya había empleado en el Norge con óptimo resultado. Esta pequeña caldera revestida de fieltro y de forma tal que se redujera al mínimo la pérdida del calor emanado de las estufas, estaba colocada en el interior de la cabina de comando. De modo que, además de tener siempre lista una reserva de agua caliente para los motores, tenía la ventaja de elevar algunos grados la temperatura del ambiente, con tal, por supuesto, de que las ventanillas estuvieran constantemente cerradas.

Debo agregar a este propósito que también esta vez tuve que pensar en proteger lo mejor posible del frío la cabina de comando, revistiéndola de tela, no sólo exterior, sino también interiormente, de modo que entre las dos cubiertas hubiera una capa de aire que sirviera de aislador.

★ ★ ★

Uno de los peligros que mayor ansiedad me causara durante el viaje del Norge, fue el apedreo de hielo contra la envoltura del dirigible. La faja de protección que hice aplicar

entonces a la envoltura demostró ser eficaz, pero no lo bastante extensa para defender toda la zona que podía ser golpeada por pedazos de hielo que las hélices, sobre todo las laterales, proyectaban. Esta vez estudié a fondo la cuestión, haciendo una numerosa serie de experiencias para establecer si convenía aplicar en la envoltura una tela engomada, como había hecho antes, o si no redes de acero, de latón o de otro material. Procedía para hacer estas experiencias del modo siguiente: aplicaba en un marco de madera un retazo cuadrado de al tela o de la red que había que ensayar, y colocado aquél horizontalmente le dejaba caer encima, desde diversas alturas, una esfera de acero o un prisma de hierro, determinando la altura desde la cual el proyectil conseguía, al caer, rasgar la tela o la red. El resultado fue netamente favorable a la tela engomada triple, la cual, en paridad de peso por metro cuadrado, se comportaba incomparablemente mejor que las telas metálicas o que la simple tela de cáñamo o de algodón. Así, por ejemplo, una tela engomada triple, de un peso de medio kilo por metro cuadrado, resistía bien el choque de un proyectil esférico de 360 gramos de peso y del diámetro de 45 milímetros, que caía de la altura de 15 metros 50, partiendo, por supuesto, con una velocidad inicial nula.

Acabé, pues, por emplear, una vez más, como defensa de la cubierta contra los proyectiles de hielo, un refuerzo local de tela engomada, tomando, además, la precaución de extender la zona protegida mucho más allá de lo que había hecho en el Norge.

Esta vez, naturalmente, no me olvidé de proteger, en las zonas correspondientes a los planos de rotación de las hélices, la cubierta de la armazón e hice esto colocando sobre el tejido barnizado existente, otras dos telas dispuestas en fajas diagonales entre sí. Esta protección resultó también muy eficaz en los ensayos.

No olvidé tampoco el prevenirme contra el fastidioso inconveniente de las incrustaciones de hielo, que en determinadas circunstancias se formaban en los vidrios anteriores de la cabina de comando, impidiendo ver hacia adelante. Ensayé varios tipos de jabón que se desparamaba sobre la superficie del vidrio, de modo que el hielo no se adheriese. Pero en la práctica este expediente resultó ineficaz, y por esto decidí llevar simplemente un palo provisto en su extremidad de un raspador. Maniobrando este bastón desde el interior del armazón, se conseguía limpiar el cristal delantero de la cabina, quitando mecánicamente las incrustaciones de hielo.

Había también que precaverse contra la posibilidad de las incrustaciones que se formaban en las tazas de las válvulas del gas, impidiendo su cierre y causando así pérdidas del fluido. Adopté, como ya lo había hecho en el "Norge", coberturas de protección, semicilíndricas, cerradas hacia proa y abiertas posteriormente, de modo que fueran accesibles también para las personas.

Me parece superfluo citar las otras modificaciones menudas hechas en el dirigible, como por ejemplo, la de las cámaras, que, aplicadas a las ventanillas, permitían la observación del exterior sin exponerse al viento. Su tipo era el mismo que ya había dado buenos resultados en el "Norge", pero introduje en él algunas mejoras.

(Continuará mañana en folletín)



Quando este ejemplar del "magazine" llegue a Washington, esta fotografía de las Srtas. Angélica y Marta Pueyrredón será contemplada por muchas personas con la misma satisfacción que ellas demuestran ante las caras conocidas que aparecen en la revista norteamericana recién llegada. Las señoritas de Pueyrredón fueron en la sociedad de Washington figuras de particular predilección, y se las recuerda cariñosamente



Aunque son muy contados en Buenos Aires los sitios atrayentes donde se puede disfrutar del placer del automovilismo, siempre hay donde tomar un poco de aire y sol. La Srta. Elvira Láinez no ha perdido estos días pasados, que fueron como un anticipo de la primavera que se acerca



Argentinos y extranjeros, empeñados en dirimir posiciones al rugby, tuvieron durante el match el estímulo inapreciable de la animadora concurrencia que la fotografía permite comprobar. De izquierda a derecha: señoritas Ernestina González Carman, Amalia Saavedra, Elba Sáenz Valiente, Clotilde Méndez Rocha, Celina y Manuela Vidal, María Elena Lezica y María Rosa e Inés Méndez

FILM SOCIAL



LADY D'ABERNON ha acompañado a su esposo, el presidente de la misión financiera británica, y se le ha tributado en la colectividad angloporteña una recepción muy afectuosa. Ha estado así tan solicitada por las atenciones sociales como su eminente esposo por los importantes problemas económicos



En el interesante baile que se realizó últimamente a beneficio del Hospital Británico, las cosas estaban dispuestas de manera que, si alguno de los concurrentes tenía intención de no quedarse al "supper", cambiara de idea al pasar frente a las ventanillas donde se vendían los cubiertos. Mrs. Maggie H. de Wilmart vendió un considerable número de "tickets", algunos de los cuales a D. Adolfo Videla (hijo), que encabezaba, en el momento de la fotografía, la fila de compradores



Son los anteojos del papá, hechos para espejar cifras y más cifras, los que dan este aire grave a la menuda personita de Maria Teresa Tornquist Madero



EL GENERAL SAN MARTIN EN UNA NOVELA DE JOSEPH CONRAD



cortesía hacia los humildes y los encumbrados".

Estas palabras las escribía Joseph Conrad hace veinticinco años, en un capítulo de su "cuento romántico" titulado "Gaspar Ruiz", el cual podría clasificarse más acertadamente de novela histórica.

¿Quién era Gaspar Ruiz?

Un rústico e ingenuo gigante de los valles chilenos, incorporado al ejército de los Andes. No sabía leer ni escribir, y aunque el fuego sagrado que animaba a los pueblos de Cuyo y se propagaba por toda la América española no encendió nunca su alma ignorante y sencilla, el coloso combatió como un león contra las lesiones del Rey.

Conrad, en las cien páginas de su romance, narra los martirios y las tribulaciones del titán agreste con un colorido extraordinario.

En el curso de este artículo relataremos cómo Gaspar Ruiz realizó sus estupendas hazañas en medio del estrépito de la campaña emancipadora, desde su "fusilamiento" en Bio Bio hasta su trágico idilio con la realista.

Pero antes hemos de contar cómo el famoso autor de "La locura Almayer", el novelista del mar y de los archipiélagos de Oceanía, imaginó esta novela sudamericana del tiempo de la epopeya.

Según el mismo Conrad, halló el asunto de "Gaspar Ruiz" en un relato del capitán inglés Basil Hall, publicado en el "Journal des Années", de 1820 a 1822. "El capitán Hall fue amigo del general José de San Martín. Pertenecía a la armada real, y desde 1824 hasta 1828 comandó una escuadrilla británica en la costa occidental de la América del Sur, y gustaba escribir sus impresiones de hombre de guerra y de mar en estilo novelesco. El original de Gaspar Ruiz fue un hombre llamado Benavidez, guerrillero en la frontera meridional de Chile durante la guerra de la Independencia, y más de una vez aparece en las páginas del capitán Hall".

Este romance de Conrad se publicó por vez primera como folletín en el "Pall Mall Magazine", de julio a octubre de 1906. En 1920, el mismo autor hizo de su novela una adaptación cinematográfica titulada "Gaspar, el hombre fuerte", versión que nunca llegó a "filmarse".

En 1908 el "cuento romántico" fue incluido en una recopilación que editó Methuen y Co., en Londres.

Y es en los labios de un oficial de San Martín que Conrad hace vivir, sufrir, luchar, amar y morir al héroe analfabeto.

"El general Santierra había iniciado su carrera como teniente en el ejército organizado y mandado en jefe por el célebre San Martín, más tarde vencedor en Lima y libertador del Perú."

"Acababa de librarse una gran batalla en las riberas del Bio Bio. Entre los prisioneros tomados a los realistas en dispersión, encontrábase un soldado llamado Gaspar Ruiz, que se destacaba entre todos por su estatura gigantesca. Poco tiempo antes habíase advertido su desaparición en el ejército libertador, durante una de las escaramuzas que precedieron a la batalla de Bio Bio. Y he aquí ahora, capturado con las armas en la mano entre las filas realistas, destinado al banquillo como desertor".

De este modo aparece Gaspar en la novela de Conrad.

Y sin embargo, el titán no era culpable del crimen de deserción frente al enemigo. Había sido hecho prisionero por los realistas, y sometido a los brutales tratamientos consiguientes. Ordenáronle un día que marchara al frente de las filas reales, junto con otros miserables rebeldes. Pusieronle una espada en la diestra de hércules. Tomó el arma y marchó. ¿Para qué desobedeció? ¿Para

hacerse matar como un perro?

Gaspar Ruiz carecía del sentimiento heroico. Cargó con su flamante espada, temeroso de que, si no lo hacía, cualquier sargento del rey de España le hiciera volar el cráneo.

Ahora, acusado de desertor, hallábase en un fuerte, detrás de las baterías de la rada de Valparaíso, las manos fuertemente atadas a la espalda, soportando resignadamente los culatazos y azotes.

Moria de sed cuando se le condenó a muerte. El y otros veinte miserables, capturados y sentenciados en idénticas circunstancias, se hacinaban en una estrecha y sucia cunja. Una reja de barrotes del espesor de un brazo permitía ver el patio del fuerte, lleno de soldados. La sed atormentaba a los veintidós hombres que iban a morir.

"¡Agua, agua, por amor de Dios!"

El subteniente Santierra, compasivo y juvenil, airado ante la cruel indiferencia de los soldados, ordenó se les llevase a los presos un balde con agua. Pero la llave de la cunja estaba en poder de un jefe ausente por el momento, y los condenados no podían beber a través de la reja.

La descripción que hace Conrad de Gaspar Ruiz al torcer los barrotes para que él y sus desdichados compañeros pudiesen beber, es impresionante.

Al ponerse el sol, ese día, fijos los ojos en los Andes lejanos, Gaspar Ruiz, erguido y silencioso, con sus miserables camaradas, esperó la muerte frente a los fusiles del piquete.

Sonó la descarga. Luego otra y otra. Cayeron los veintidós condenados sobre la tierra enrojecida. Sobre el cuerpo heroico de Gaspar quedaron inmóviles los cuerpos convulsos de tres fusilados. El sargento del piquete, un indio enclenque que odiaba al titán blanco, lo halló boca abajo, con los tres cadáveres encima. Pensó que estaba bien muerto. Mas, por las dudas, le asestó un bayonetazo en el cuello y se alejó.

Durante mucho tiempo el gigante permaneció sin movimiento. ¿Cómo pesaban los tres fusilados!

—Todavía estás vivo, Gaspar,—se dijo, incorporándose pensativamente—. La sangre seguía manando de su cuello de toro, y todo su enorme cuerpo era un tormento de dolor.

Echó a andar, tropezando, restañándose la horrible herida del cuello con la manga de la camisa. Allí, sobre los Andes, fulguraban las estrellas. Caminaba como un alucinado. El cuello sangrando siempre.

El fusilado de Valparaíso halló de pronto frente a una casita que parecía haber surgido de la tierra. Desplomóse pesadamente en el umbral y golpeó la puerta con mano vacilante.

—Entrad... Esta casa es vuestra... Aquí todo es de vosotros, ¡malditos! —gritó una voz exasperada— y la puerta se abrió.

—Por amor de Dios... —gimió Gaspar.

—¿Acaso todo el país no es de los patriotas? —continuó la voz airada. —¿No sois un patriota?

Gaspar Ruiz no estaba seguro de ello, y murmuró débilmente: —Me fusilaron...

Largas semanas permaneció el titán herido en la casa del viejo realista semienloquecido por las hazañas de los americanos, que le despojaron de sus bienes y combatían contra su amado rey.

Los ojos negros de Erminia, la hija del iracundo y desdichado demente, curaron las heridas del fusilado, más que sus manos hábiles y piadosas. Gaspar Ruiz pasaba las horas enteras absorto en la contemplación de la bella realista, en cuyas oscuras pupilas ardía una llama singular.

Era la llama del odio hacia los insurgentes, que asolaban las tierras y perseguían a los leales súbditos del monarca de las Españas. Mientras sus manos hábiles y compasivas atendían a las horribles heridas de Gaspar, los ojos quemantes causaban estragos en el corazón del "fusilado". Oculto en el granero, dijo ella, luego de saber la terrible historia:

Aunque vengan a buscarlos, aquí nadie los encontrará.

Largos días transcurrieron. Cuando no era Erminia quien lo visitaba, el realista demente hacía sus apariciones, espantosas como pesadillas, y Gaspar ignoraba si estaba dormido o despierto.

Lentamente recuperó sus fuerzas de titán.

—Quiero seguir mi oficio de soldado, señorita,—manifestábase a su enfermera—. ¿Cuánta injusticia se cometió conmigo, Dios mío, al caer prisionero dos veces y una al ser fusilado...

Escuchaba ella en silencio, absorta en misteriosos pensamientos, fijando sus negras pupilas en el rostro todavía descolorido del gigante. Luego, hablábale en voz baja, como consigo misma, y él escuchaba con arrobamiento, inmóvil, sintiendo que una pasión desesperada desbordaba en su corazón.

—Quiero matar al sargento que me hirió creyéndome muerto—exclamó un día con voz ronca, y ella lo contempló con cierto desdén.

—¿Nada más que a un sargento?—preguntó—. Y el rudo chileno creyó adivinar cosas



JOSEPH CONRAD

misteriosas y terribles en aquellas palabras desdenosas, en aquellos ojos fulgurantes.

Fue entonces cuando el teniente Santierra comenzó a rondar el rancho de la realista, atraído por sus oscuras pupilas y su pálido semblante, sorprendidos en un crepúsculo, al pasar con sus hombres. Supuso que el desertor de Bio Bio, el fusilado de Valparaíso, hallábase oculto en la casa de la misera familia realista.

—¿Gaspar Ruiz?—exclamó el general Robles, al enterarse. Iré yo mismo, un general, a capturarlo.

Un temblor de tierra saludó la llegada de Robles casi en el umbral donde erguiese la colosal talla de Gaspar. Vió, estremecido y admirado el general patriota, cómo el ciclope arrancaba de entre los escombros que caían, la figura exánime de una mujer, de Erminia.

—Eres un valiente, Gaspar Ruiz—murmuró, sosteniéndose a duras penas sobre el suelo vaci-

lante, y se fué con sus aterrados soldados. Los caballos relinchaban de terror.

Quedaron solos entre los escombros, Erminia y él. Abrió ella los ojos y lo miró largamente.

—¿Y mis padres?—preguntó.

—Duermen, allí—respondió él, señalando las ruinas—. Inclínese sobre ella, la levantó en sus brazos de acero y echó a andar.

—¿Qué hacéis, Gaspar?

—Me alejo de mis enemigos—respondió él, sin mirarla.

—¿Conmigo?—dijo ella con un suspiro.

—Jamás sin ti. Tú eres mi fuerza—murmuró, estrechándola contra su corazón.

Oíanse gritos lejanos, lamentos de misericordia. La tierra continuaba estremeciéndose bajo sus pies.

—Tan sólo el valiente y generoso general San Martín elogió la humanidad de Gaspar Ruiz y le ofreció un sitio a su derecha. Luego levantó su copa y brindó: caballeros y compañeros de armas, bebamos a la salud del capitán Gaspar Ruiz. Voy a confiarle la custodia de nuestra frontera sur, mientras vamos a libertar a nuestros hermanos del Perú".

El "fusilado" era ya un oficial de San Martín. El ejército de los Andes partió para el Norte. El capitán Ruiz levantó una partida en la frontera meridional de Chile, pero sus enemigos le acusaron ante el gobernador civil de tratar con insolita y criminal mansedumbre a los enemigos vencidos. El gobernador, un hombre formalista, inquieto y sospechoso, envió al Supremo Gobierno un informe contra Gaspar Ruiz, acusándolo, entre otras cosas, de haberse casado públicamente y con gran pompa con una mujer de tendencias realistas. Acusóle también de inactividad y de traición, y recordó sus pésimos antecedentes militares.

Gaspar tuvo noticias de este informe y su ira no conoció límites. La mujer, que no lo abandonaba jamás, encontró palabras perdidas y ardientes para alimentar la hoguera de su furor.

Y una tarde, mientras el gobernador se hallaba en plena tertulia, apareció Gaspar Ruiz seguido de seis hombres, se apoderó del mandatario y lo arrojó por una ventana a la calle, donde su escolta lo acorraló a balazos.

Consumado este acto de justicia, como decía él mismo, Gaspar atravesó el río Blanco, seguido por los suyos y se atrincheró en un cerro. Una tropa de línea enviada contra él, fue deshecha en el primer encuentro. Igual cosa sucedió con otras.

Ahora el fusilado de Valparaíso estaba fuera de la ley. Erminia, su musa diabólica, no se separaba nunca de él; animábale en sus correrías, exaltándolo hasta el frenesí en las escaramuzas, en los pillajes, en los asaltos. Y ella, que recién comenzaba a gozar de la venganza, permanecía glacial como una estatua. Los oficiales de la marina inglesa que conocieron a Gaspar Ruiz en esa época, asombrábanse de la adoración extraña del gigante por aquella mujer.

El antiguo desertor y oficial de San Martín hizo pirata. Capturó en la costa sur un brick ballenero, el Hersalia, y otros dos barcos, uno británico y otro norteamericano. Ya tenía una pequeña flota.

El guerrillero pirata envió un mensaje al gobernador español de Chiloé, pidiéndole elementos para combatir contra los "insurgentes", y recibió unas piezas de artillería y los despachos de coronel del ejército real, junto con una bandera española, que no tardó en ondular sobre la tierra de Arauco, bajo la mirada extraña y refulgente de Erminia. Su pobre guiso fusilado, su apasionado titán, era un coronel de España, y lanzaba sus barcos, disparaba sus cañones, arrojaba a sus hombres feroces, contra los traidores al Rey y los verdugos de los suyos.

La venganza de la realista era completa.

"Aunque no quede un solo soldado del Rey en toda la

América del Sur—manifestó un día a los oficiales ingleses—yo combatiré contra Chile insurgente mientras tenga una gota de sangre".

Su mujer, iluminados los negros ojos por extraños resplandores, escuchó estas palabras en silencio y lo besó dulcemente delante de todos los presentes.

A pesar de estas frases tremendas, de las sanguinarias hazañas a que lo impulsaba la realista, Gaspar Ruiz tenía gestos de generosidad, hasta de bondad misma. Llamaba hermanos a los oficiales que caían en sus manos, distribuía onzas de oro entre los prisioneros pobres.

—Este hombre está loco—decían los oficiales ingleses—. Y Erminia, implacable en su odio y su venganza, continuaba volcando sus pasiones feroces en el corazón del tosco titán.

Regresó victorioso el ejército libertador del Perú, y comenzaron las operaciones contra el traidor a la causa de la Independencia. Fue el mismo general Robles, a quien Gaspar salvó la vida durante el temblor de tierra, que dirigió las operaciones con saña implacable. Se ejercieron represalias feroces por ambas partes.

Gaspar encontrábase en graves apuros. Los amores del fusilado y la realista habían florecido en un pequeño realista más, y para celebrar el hecho, Ruiz organizó una sangrienta expedición contra las fuerzas de Robles.

La lucha entre Gaspar Ruiz y las tropas independientes era a muerte. Supuso que había sublevado a las tribus araucanas contra éstas y que acababa de aliarse con el general José Miguel Carrera, el siniestro caudillo chileno, titulado dictador de la República de Mendoza.

El rebelde envió a su mujer y a su hijo a la frontera de esta provincia, para proseguir su campaña, fuerte con sus tribus y los bandoleros de Carrera, que realizaban espantosas hazañas en dicha frontera.

A mitad del camino, Erminia Ruiz fue vendida por su escolta de carreristas y entregada al comandante de un fuerte chileno, al pie de la cordillera.

Al saberlo, Gaspar Ruiz creyó enloquecer de furor.

—Volveré a mis brazos aunque sea sobre un río de sangre—rugió el titán—. Y se lanzó con sus indios y sus guerrilleros por los valles y los desfiladeros de los Andes, feroz y grandioso en su cólera y su amor, hasta que se encontró frente al fuerte.

Lo contempló largo tiempo, desde una altura próxima. Allí estaba ella, la mujer de su destino, en poder de sus implacables enemigos. Su cuerpo titánico se estremecía.

—Hace falta un cañón—murmuró.

Sus hombres le trajeron una pieza de campaña, que había sido desmontada en el campamento y subida a lomo de mula hasta él. Después de algunas tentativas infructuosas, Gaspar Ruiz dió una terrible orden. El cañón fue amarrado sobre su espalda de ciclope. Gaspar Ruiz se había convertido en una cureña humana.

Sintióse el crepitar de una mecha. Gaspar, de rodillas, apoyadas las manos en el suelo, dió la orden de fuego.

El disparo rebotó en los desfiladeros, en los valles. Gaspar Ruiz, la cureña humana, se estremecía horriblemente a cada cañonazo; sus dedos de hierro clavábanse en la tierra, pero su acento era firme al ordenar los disparos.

Al tercer disparo, un grito de júbilo se escapó del pecho de los soldados. La puerta del fuerte había sido destruida.

Pero de la boca del hombre postrado no salió una palabra más. Gaspar Ruiz había caído largo a largo, con la espalda rota. Lo había matado su propia fuerza, su propia pasión.

Esta curiosa novela de Conrad termina con el suicidio de Erminia, la terrible realista, que, temerosa de caer en manos de las tropas de Robles, se arrojó a un precipicio, dejando el niño en brazos de un oficial.

Tal es el romance de Gaspar Ruiz, quizá el menos conocido de todos los que escribió el famoso autor de "El negro del Narcissus".

HECTOR
PEDRO
BLOMBERG





Ezequiel Orduna es un buen jockey y, además, un jinete consumado. Aunque lo parezca, esto no es una redundancia ni una perogrullada. El buen jockey sabe correr; el buen jinete puede no destacarse como piloto. La agilidad, el coraje, la seguridad en un entrevero peligroso definen al jinete, que es el hombre de a caballo, aunque no tenga las virtudes de Leguísamo. Orduna es de los que se enhorquetan de un brinco, como en este caso de Aladino, ganador del clásico General Luis María Campos



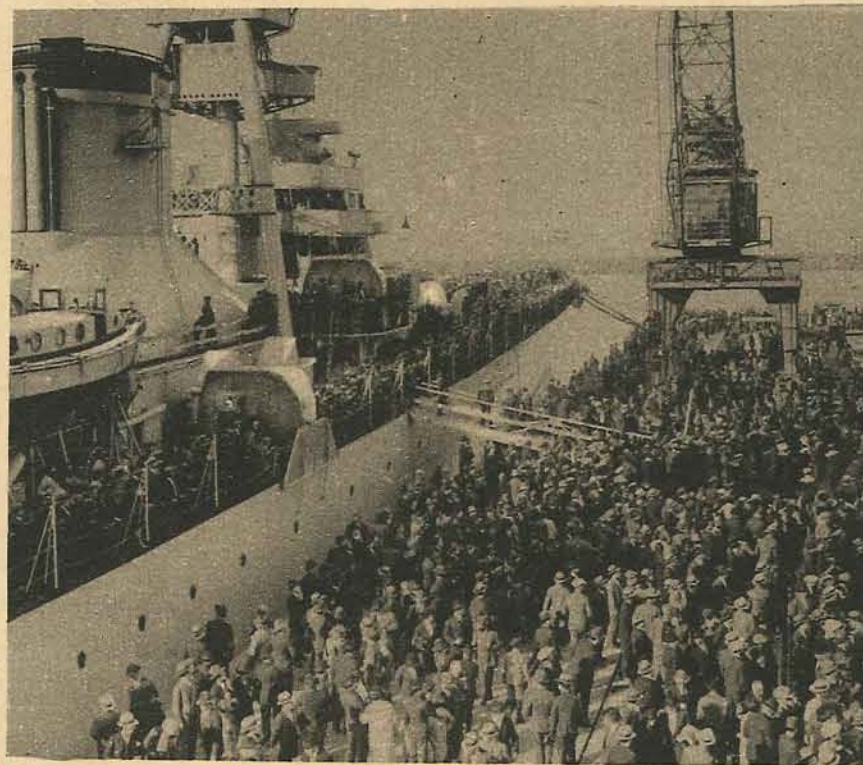
—¿Con cera?...
—Con cera, betún y mucho brillo...

En esa forma será difícil advertir en la puntera de los flamantes zapatos las huellas dejadas por la pelota de football después de muchas corridas por el ala, a lo Tarascone, o más de una "estirada" en el arco, a lo Bossio. Y el viejo lustrador será inevitablemente, como tantos de sus colegas del difundido gremio, un eficaz encubridor del footballer furtivo

Instantáneas



Las grandes preocupaciones: ¿Cómo es posible que no se mueva la aguja de la balanza estando los dos sobre la plataforma, si hace apenas un minuto, cuando lo pesaron a él solo, indicó en seguida la cifra exacta?

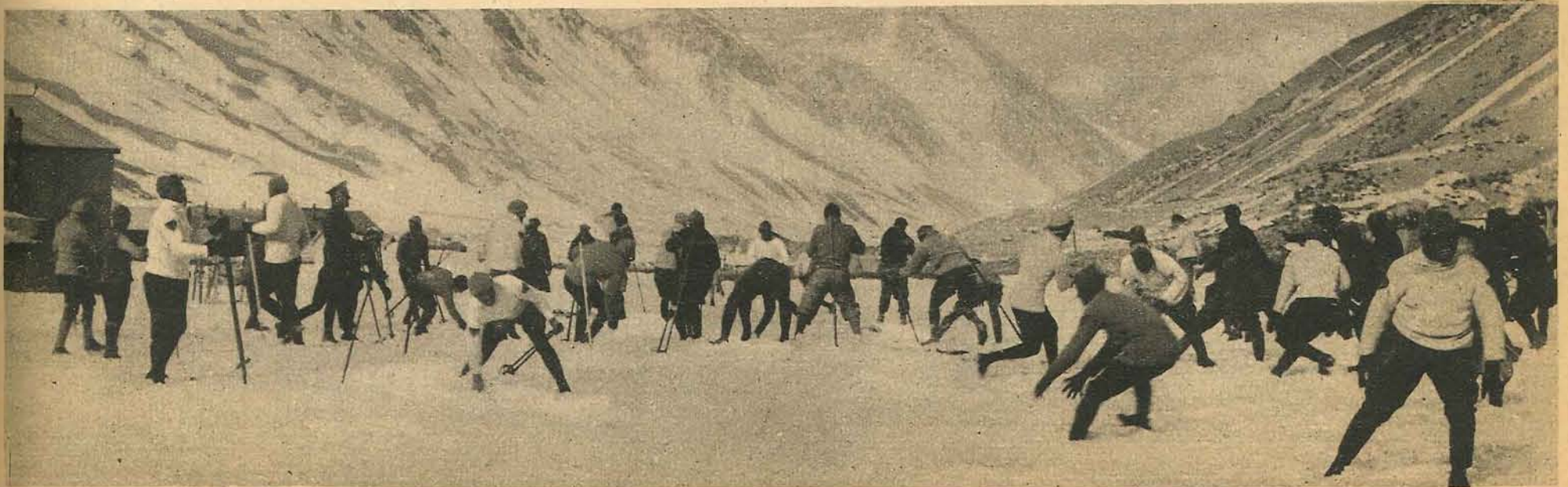


Los domingos en Puerto Nuevo son realmente característicos en la vida popular de la gran ciudad. La visita del crucero italiano Trento ha sido un motivo para intensificar esa afluencia extraordinaria de paseantes. Y en la nave, llegada hasta nosotros para traer el saludo de un gobierno y un pueblo amigos, y frente a ella se reunió una multitud como sólo se ve en las grandes ocasiones

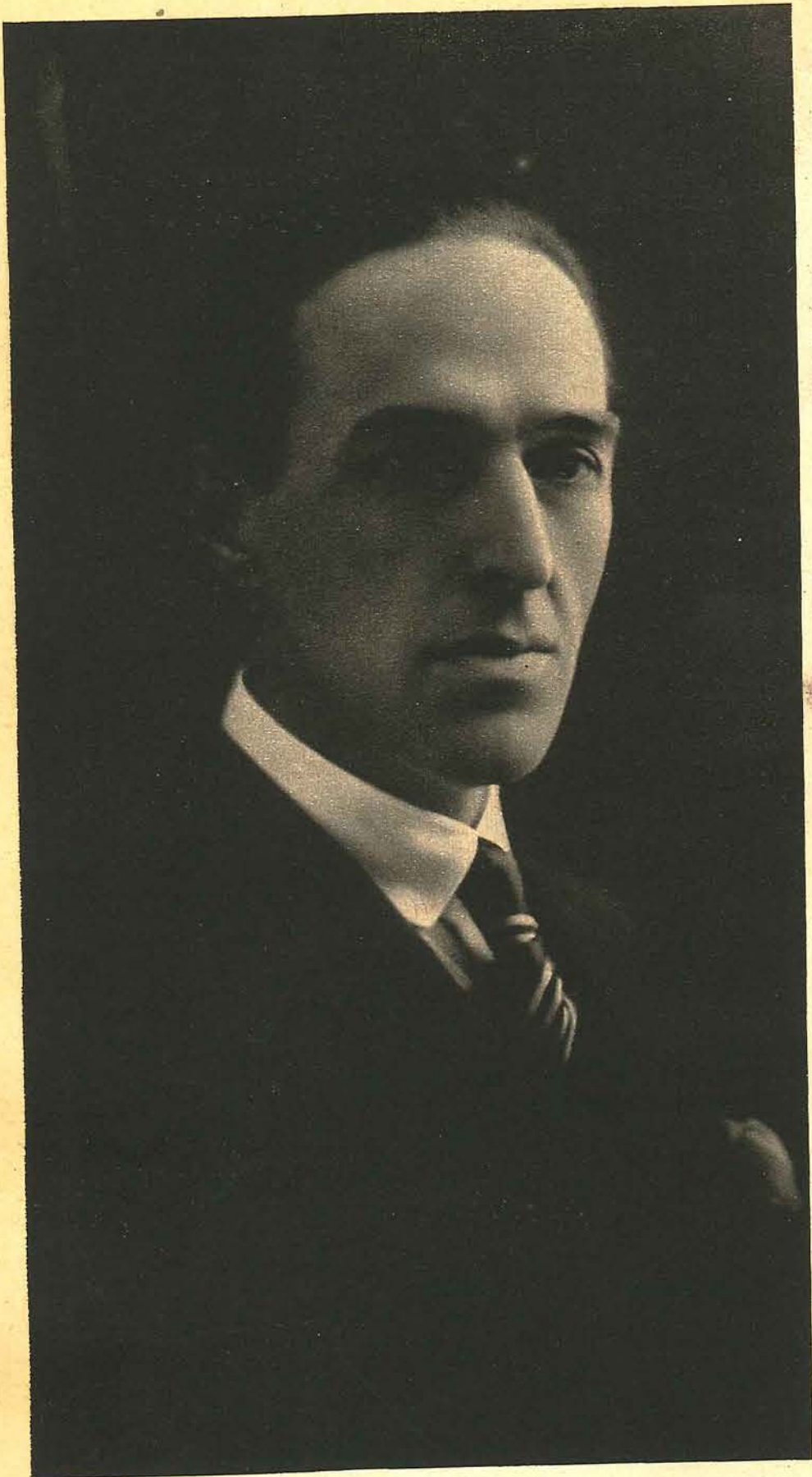
Tienen fama de ser los británicos amantes decididos de la ganadería. El gran certamen de Palermo les ha permitido apreciar ejemplares destacados de las razas más cotizadas en el mundo entero, y por ello el embajador de Gran Bretaña, Sir Malcolm Robertson, lady Robertson y su hijo no han ocultado su admiración en presencia de Black Berry of Cascada, el gran campeón Aberdeen Angus de 1929



El columpio del Jardín Zoológico es una de las atracciones más antiguas del popular paseo, pero el público siempre halla en él motivo de esparcimiento, como si el columpio renovara permanentemente la novedad en las emociones sencillas que despierta



Hasta ahora, las fotografías de las escenas de los sports de invierno procedían, invariablemente, del extranjero. Raras eran las de ese carácter obtenidas en nuestro país, pero el Club de Andinismo Mendoza, fundado en la capital de esa provincia el año anterior, ha comenzado sus actividades en esta temporada, y dará tema propicio a la instantánea. Recientemente, en plena cordillera, en Puente del Inca, ofició una misa al aire libre, y una vez terminado el acto religioso e inauguradas las actividades sociales y deportivas del club, se realizó una "batalla de nieve", de la cual participaron los asociados del club concurrentes a esa primera reunión



Benito Lynch, hombre huracán y cordial

Por César Porcio



IP ARROQUIANO antiguo, este hombre silencioso, tal vez demasiado pálido para su metro y ochenta de estatura, ha llegado, durante ocho años, hasta su quiosco de revistas. Aparte de su hurañez cordial, lo único que se conoce de él, es su infranqueable mutismo y su hebdomadaria puntualidad. Pero un día, el azar lo tonta con la aprovechable oportunidad de un magazine de moda y el vendedor resuelve, con una sola frase, todo ese insoportable pasado de sostenido silencio:

—Llévelo, señor; colaboran firmas muy buenas. Aquí, por ejemplo, hay un cuento de Benito Lynch... Léalo, señor; es una de las mejores cosas que ha escrito Lynch.

El otro, junto con su desconfianza, acentúa los dos interrogantes de esta pregunta:

—¿Usted lo conoce a Benito Lynch?

—No, señor; literariamente, nada más. Sé, sin embargo, que vive aquí en La Plata...

Y esta vez la respuesta—la única respuesta que en sus ocho años de aco-

rralada curiosidad no imaginó nunca el vendedor de revistas—le llega rápida como un mazazo:

—Benito Lynch soy yo.

A esta anécdota, conocida por la generosa indiscreción de un amigo a quien, para común beneficio de los que explotamos esta clase de confidencias periodísticas, no denunciaré aunque reciba tentadoras propuestas de soborno, debo el conocimiento más completo de Benito Lynch. Nada añadió a esta impresión primigenia un viaje de cincuenta y cinco minutos hasta La Plata, ni casi dos horas de conversación con el mismo Benito Lynch. Y cuando yo le hablo de Maurois y le explico el carácter un poco novelesco de estos reportajes, no me extraña nada ese inquietado estremecimiento que lo empieza a recorrer desde el hombro izquierdo y esta respuesta suya, que me llega, también, a boca de jarro:

—¿Vidas pintorescas? ¡Pero por favor, mi amigo! Si yo soy un hombre sencillo y serio; si mi vida es como la de todo el mundo! ¿Qué quiere que tenga mi vida de pintoresca?

Entonces, charlamos; charlamos con una charla despreocupada y cordial, y yo me olvido del reportaje y Benito Lynch se olvida de este enemigo periodista que ha llegado—vaya a saber

con qué funestas intenciones—hasta su vieja casona de La Plata...

—¿Cómo se explica—le inquiere yo—que siendo usted un hombre de ciudad escriba casi siempre sobre temas de campo?

—Usted sabe que la vida que no se puede vivir es la que se escribe—me dice Lynch—. Cuando chico, viví mucho tiempo en la estancia de mi padre. Pero mi padre no quería hacer de mí un gaucho, sino un hombre instruido, un hombre de ciudad, y yo tuve que conformarme con estudiar, encerrado en mi cuarto, en vez de dedicarme a enlazar potros o a marcar reses en la estupenda gloria de aquellas mañanas camperas. Pero cuando volví a la estancia, después de mis estudios en el Colegio Nacional, entonces me desquité...

Y después de una pausa:

—Por lo demás, esta pregunta que usted me ha hecho la he oído varias veces de boca de mis amigos. “¿Pero qué tienes de gaucho tú?”, me dicen. Soy un hombre de ciudad, es cierto; hace mucho tiempo, también, que vivo en La Plata, pero eso no significa que no conozca uno por uno todos los partidos de la provincia de Buenos Aires, que son los únicos que describo en mis novelas.

—Sin embargo—le atajo yo—, usted ha escrito admirables cuentos sobre temas no camperos. Y abonando mi entusiasmo, le cito “Locura de honor” y “El pozo”, injustamente olvidados por ahí.

—También he escrito “Las mal llamadas”—me dice—. Pero las novelas que más han interesado al público son las otras, las de ambiente campero. En esto—agrega—pasa como en todas las cosas: la gente se acostumbra a verlo a uno en un aspecto determinado y cuando uno—aunque no sea por variar—quiere salirse de él, los mismos amigos son los primeros en impedirlo. Use usted barba durante cuatro o cinco años y haga después la prueba de afeitársela, si quiere encontrar a cada vuelta de la esquina hasta el reproche de sus simples conocidos.

—Por lo demás—añade Lynch—, yo escribo solamente sobre lo que conozco bien, y el campo de la provincia de Buenos Aires es lo que domino más. Literariamente, me he ajustado siempre a la mayor honestidad posible. Por eso, entre otras muchas cosas, me he apartado casi siempre ex profeso del señuelo sexual, aunque este em-

peño haga más difícil la tarea de producir la emoción del lector y aunque—como usted comprenderá—yo haya visto y vivido lo bastante como para poder explotarlo literariamente...

Pero yo lo interrumpo nuevamente. Le pregunto cómo trabaja:

—Escribo todos los días—me dice.

—Escribo por disciplina, porque muchas veces rompo al día siguiente todo

lo producido en la jornada de la víspera. Hay que metodizarse, sin embargo; y esto se lo digo yo que, como buen criollo, soy bastante haragán. ¿Supongo que usted no cree en la inspiración, verdad?

Y luego añade:

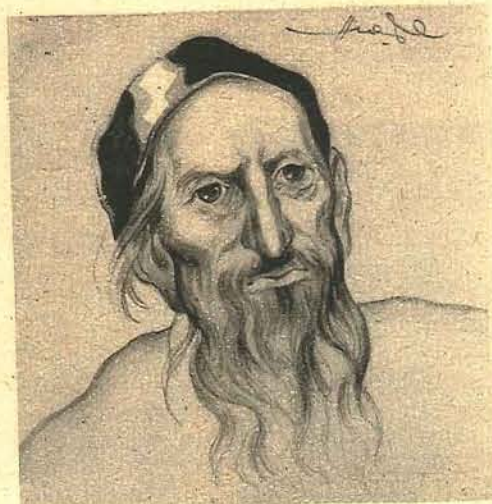
—Con el trabajo literario ocurre lo mismo que con un tren en marcha. Mientras los vagones están en movimiento ¡qué fácil resulta acelerar la marcha del convoy! ¡Pero qué enorme esfuerzo se necesita, en cambio, para ponerlo en marcha cuando todos—desde el primero hasta el último vagón—se han detenido por completo!

—¿Cuál de sus novelas es, según usted, la mejor lograda?

—“El inglés de los güesos”, aunque la crítica, en general, haya sido más amable con “Los caranchos de la Florida”.

—Usted hizo periodismo, ¿verdad?

—Sí; en “El Día”, de La Plata. Y a propósito de este pasado periodístico, le voy a contar una anécdota “pintoresca” de mi vida literaria... No sé si le he dicho que mi primera novela impresa



Melodías del Ghetto

Novena

Nos redime la luz copiosa
que inaugura el fervor del día.
Israel dice su alegría
y la vida parece hermosa
como el amor de esta judía,
amor con ráfagas de prosa
y vientos rubios de poesía.
Sólo su antigua letanía
oyes en tu alma quejumbrosa.

Compás

Nos quisimos, nos quisimos
pero no fué en este mundo.
¡Qué dos abismos cavarón
tus palabras y mi orgullo!

Frases

Arrebatada voz, pálido acento
para mi alacridad de alto destino,
lúcido sueño me acercó el camino
y en un recodo te encontré, sediento.

Adonái Tsebaot curvó el violento
ritmo del mundo y a tus plantas vino
a humillar su altivez el torbellino
y amaneció mi amor y su tormento.

Sábado azul de rubia cabellera,
sólo en el ghetto un corazón te espera
ansiosa, intensa, apasionadamente.

Sé que vendrás, estrella presentida,
para resplandecer sobre mi vida
como la misma luz, ciega y sonriente.

Desenlace

Tu madre dijo que sí
tu padre dijo que no,
y tú quedaste en silencio
cobarde como tu amor.

César Tiempo

Ilustración de Juan Carlos Huergo

que yo, pese a la autorizada opinión del amable profesor, no he logrado acercarme nunca al caústico estilo de aquel desconocido oficial...

Y Lynch sonríe; sonríe con una sonrisa de desarmada impotencia para aquel ideal inalcanzable que un día, tal vez, paseando su aburrimiento por la ciudad le delimitaron en una olvidada esquina de La Plata.

—Hombre, he leído su nuevo libro. ¿Pero quiere que le hable con franqueza? Vea: de todo lo que usted ha escrito hasta hoy, lo único que en realidad me ha gustado de veras son esos comentarios jocosos que está publicando en “El Día” con el seudónimo tal...

Y dándome una cariñosa palmadita en la espalda, el hombre agregó:

—Porque usted no me va a negar a mí que es el del seudónimo, ¿eh?

—Esta—tal como se la cuento—es la descalificación literaria más formidable que he recibido en mi vida, por-



De izquierda a derecha: Julia García, Rosario Sáenz de Miera, Fernando Vallejo, Antonio Palacios y Enriqueta Soler, del Teatro Mayo, todos, a excepción de Palacios, elementos nuevos para Buenos Aires. Porque los "habitués" a nuestras salas de espectáculos recuerdan siempre al Cardona de "Doña Francisquita", una de las más felices y afortunadas interpretaciones del aplaudido tenor cómico



Se recuerda aún con viva simpatía la temporada que realizara en el Victoria la compañía dirigida por el maestro Amadeo Vives. "Doña Francisquita" fué la base de aquella inolvidable temporada. Y porque se aprecia debidamente la labor valiosa del gran maestro, ha de causar satisfacción la noticia de que Amadeo Vives está poniendo música a una zarzuela que será estrenada el año próximo en Buenos Aires. El público porteño tendrá así, por expreso deseo del autor eminente, el honor de la primicia



En pleno ensayo de "La danza de las libélulas", en el Teatro San Martín. Carmen Lamas, que hasta ayer sólo figuró en elencos de revistas, aparece en otro aspecto de su carrera artística: el de "soubrette". El maestro Carlos Pibernat, director de orquesta de ese conjunto, y el barítono Joaquín Pibernat, "pasan", junto con la ex "vedette", una escena del libro poco antes de la presentación ante el público

"Un actor al natural". César Ratti, sorprendido fuera de las tablas, en el circo de carreras del Jockey Club. Es, como la mayoría de los actores, infaltable al hipódromo: un enamorado de la emoción turfística. Pero Ratti, apasionado por el sport, desdén el atractivo, que es en algunos dominante, de la apuesta. Administra muy bien sus emociones y su dinero. Su "uno y uno" es tradicional en el ambiente y constituye lo que podría definirse como su lema de carrerista



Las Dikson Girl's forman un conjunto artístico que ha obtenido la aprobación del público en las distintas salas en que han actuado durante la presente temporada. El repertorio coreográfico de la "troupe" consta de números altamente artísticos y novedosos, de una belleza plástica tan acentuada como el que reproduce la fotografía



Todo se simplifica. En el teatro, en los grandes espectáculos sobre todo, esto es una gran necesidad. Hay que reducir los inconvenientes y evitar los tropiezos. Con 28 timbres—algo más que en otras salas—se llama en el Colón a todos los elementos que deben presentarse a escena. El repiqueteo de la campanilla en los camarines anuncia a cantantes, maestros, músicos, bailarinas, coros y operarios, a veces todo un mundo, que deben estar listos. Durante una representación de "El Matrero", el director de escena, D. Domingo Bartera, en acción

A black and white illustration of a formal dining room. A chef in a tall hat and apron stands behind a round table. Three guests are seated around the table: a man in a tuxedo and two women. The table is set with a white tablecloth, a vase of flowers, a teapot, and plates of food. In the background, there is a fireplace with a mantel holding several candles.

**El placer de sus huéspedes,
es el orgullo de nuestro "Chef"**

**Pruebe usted el Surtido Selecto Bágley
y sabrá entonces por qué nuestros
expertos están tan orgullosos de él!**

**¡Catorce variedades de las más finas
galletitas contenidas en un solo envase
hermosamente presentado!**

**Su orgullo, al servirlos, será tan grande
como el placer de sus huéspedes al
saborearlas.**

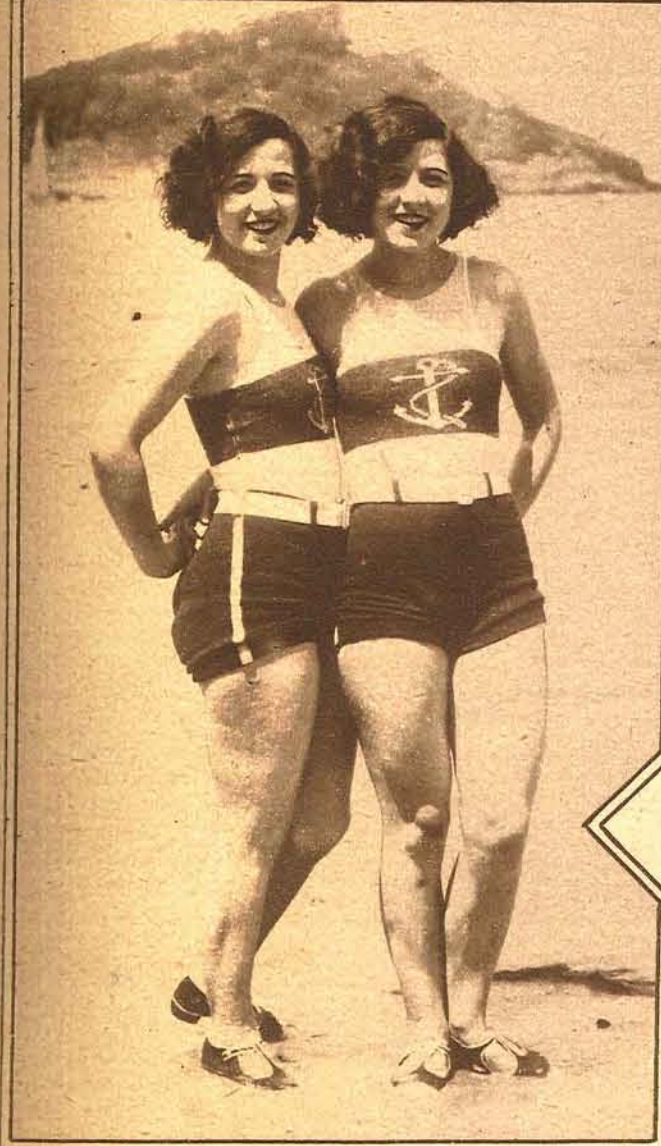
**Cada variedad de las galletitas del fa-
moso Surtido Selecto está elaborada
con los más ricos ingredientes por un
maestro en su arte.**

Pruebe Surtido Selecto Bágley

 **Surtido *Selecto***



Un quinteto tendido en línea, en la playa.



Dos hermanas mellizas, socias del Club Náutico.

En las playas de San Sebastián



Aspecto general de la playa a la hora del baño de sol.



Un instante de reposo.



Los niños tienen también en el hermoso balneario español un sitio especialmente reservado para ellos.

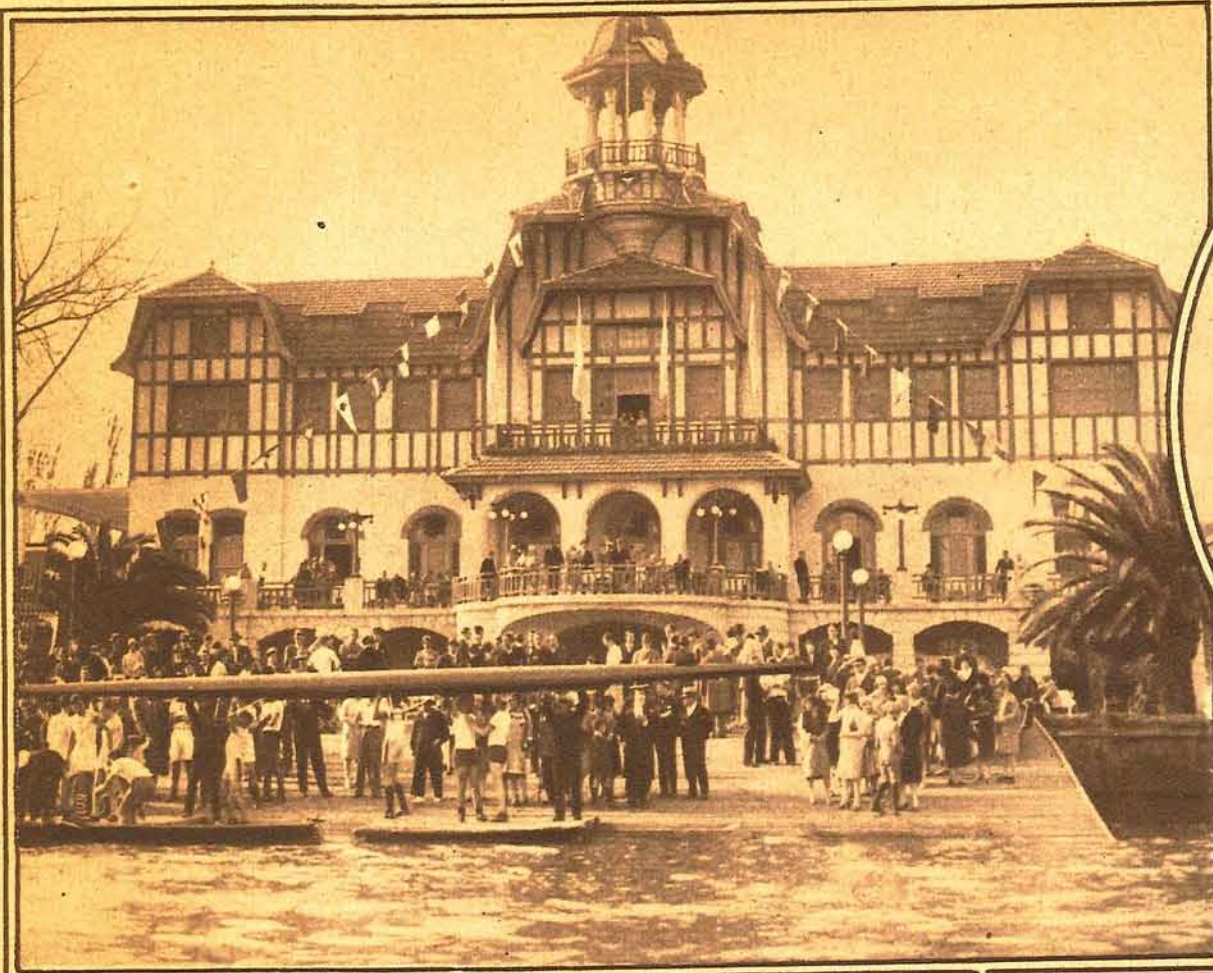


Internándose en el mar, muy lentamente y con precauciones.

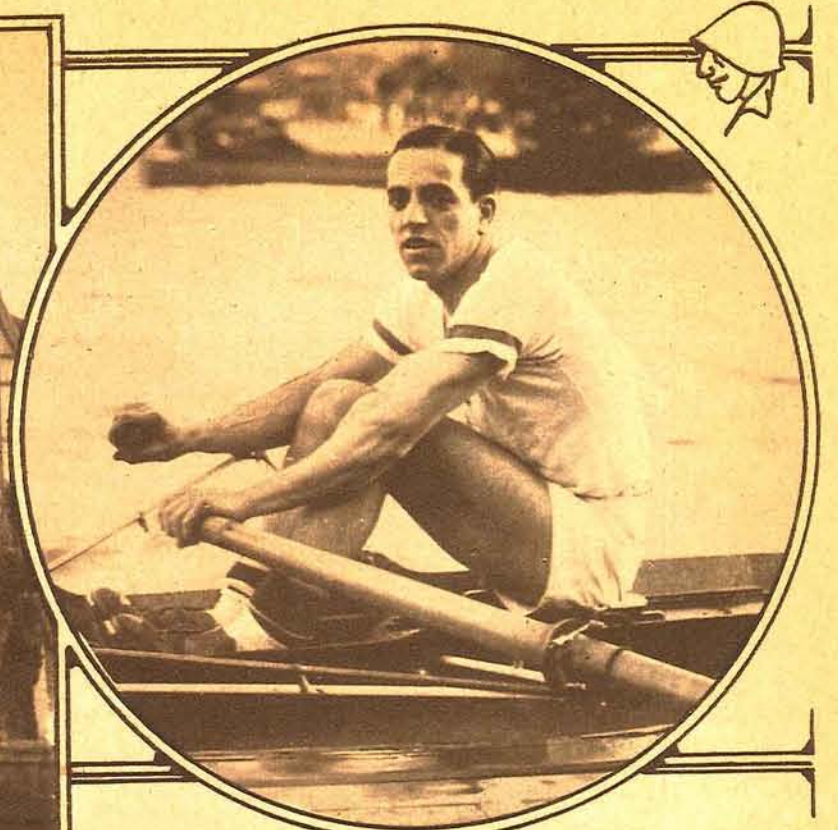


En escalera...





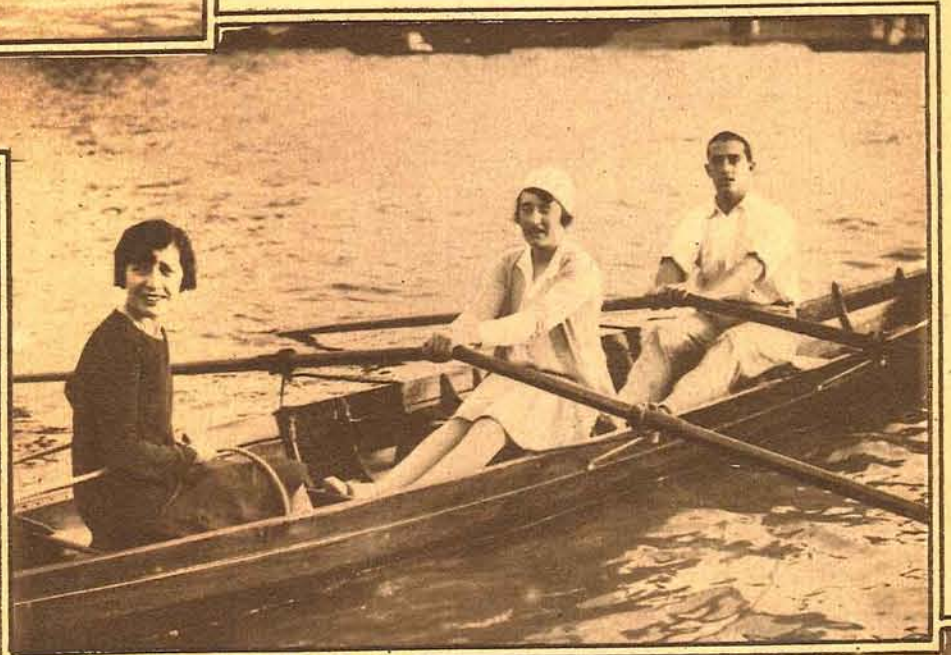
El domingo pasado se realizaron en el Club de Regatas La Marina interesantes pruebas internas que congregaron, como siempre, a numerosas familias de socios. Esta instantánea muestra el frente del edificio del club durante los preparativos para una de las carreras.



Horacio Cazcallana, vencedor del single scull shell.

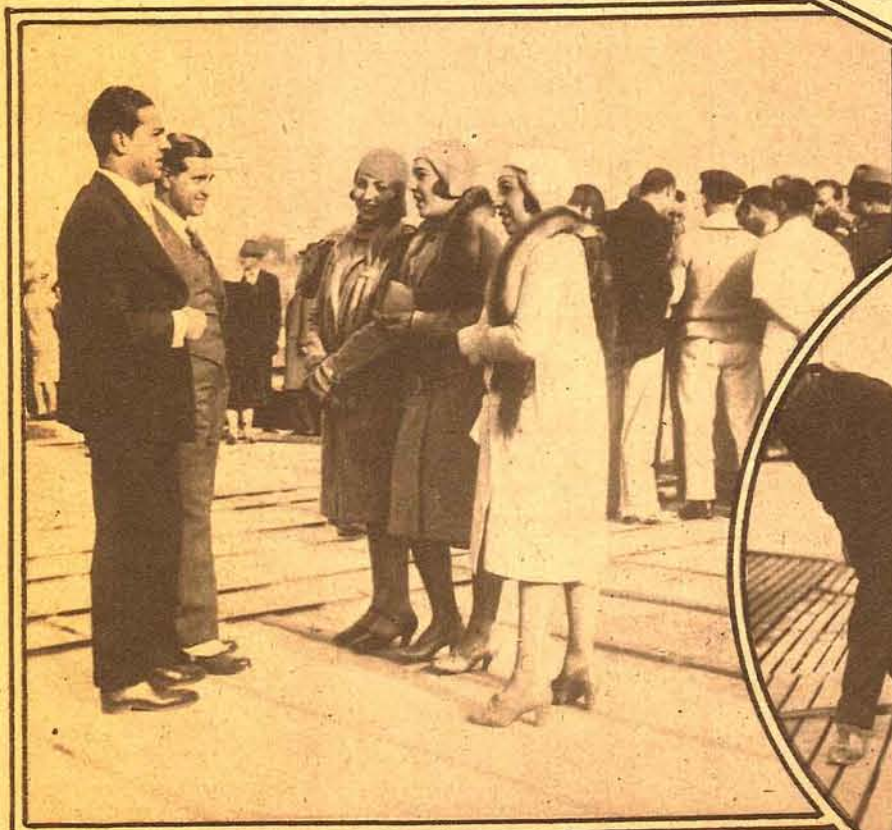


Las señoritas de D'Agostino y Neuman y el señor De Giovanni, paseando por los jardines.

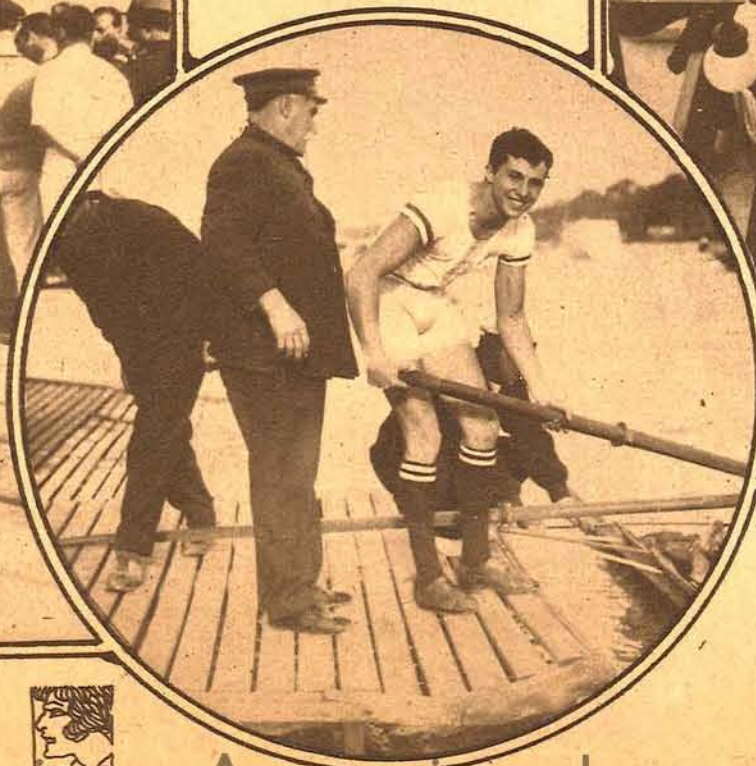


Señoritas de Firpo y señor Dinard, que ganaron la regata en el doble par de paseo.

Las pruebas internas en el Club de Regatas La Marina



Señoritas de Donadio, Laurens y señores Tomattis y De Carli, conversando en uno de los intervalos de las regatas.



El competidor Eduardo V. Requena aprestándose a la colocación de los remos para la prueba single scull.



Aspecto de la galería alta a la hora del te.



Galletitas Manon

Para que sus niños vayan
y vuelvan contentos...



Una moneda de cinco o diez centavos pone las "MANON" al alcance de los niños, puesto que se venden en paquetitos de cinco o de diez galletitas, envoltorios que como todos los de Terrabusi van mecánicamente cerrados, vale decir, con una garantía de higiene absoluta.

Además son esencialmente digestivas y de una riqueza nutritiva fácil de deducir sabiendo que están elaboradas con harina flor, manteca, leche y azúcar.

También se las vende en cajas.



Pídalas a su proveedor

**ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**

Se venden en todo el país



El team de la Unión Puntana que disputó con el de Villa Mercedes su derecho a intervenir en los partidos por el campeonato argentino de football, derrotando a su rival por 3 goals contra 1.

Los partidos preliminares por el campeonato argentino de football

El equipo de Villa Mercedes. De pie (izquierda a derecha): M. Tenorio, E. De Cristófano, L. Bustos, A. Fernández, J. Lombardi y S. Ortiz; de rodillas: G. Ortiz, M. Ríos, S. Navarro, E. Luoni y J. Pereira.



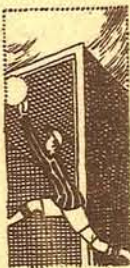
Combinado de la Liga Mendocina que venció a la Liga Sanrafaelina por 4 goals a 0. De pie (de izquierda a derecha): Ponce, Arrieta, Médi, Ayuso y Berón; de rodillas: Carlos, Julio, Ignacio y Vicente González y Conil.



Combinado de la Liga Sanrafaelina. De pie (de izquierda a derecha): Bustos, Arnedillo, García, Piqué, Giordamini y Trimiño; de rodillas: Pérez, Langa, Trimiño, Zavala y Oviedo.



Equipo de la Liga Regional del Sur, que jugó con la Federación Tucumana. De pie: Juárez, Tejerina, Soria, Díaz, Toledo y Negri; sentados: Gómez, Torres, Valladares y L. y A. Toledo.



Equipo de la Liga Salteña, que derrotó por 7 tantos contra 0 a la Liga Güemense. De pie (izquierda a derecha): Torcuato Martínez (entrenador del team), C. Velázquez, Roberto Rodríguez, Cándido Barrasa, Domingo Coronel, J. Toranzo, D. Ibáñez, R. Moya, N. García (suplente); sentados, de izquierda a derecha: J. Villena, H. Botelli, J. M. Rea, P. Manazza, R. Castellanos (suplente).



Federación Tucumana, que venció a Liga Regional del Sur por 3 goals contra 1. De pie (de izquierda a derecha): Cesarini, Chividini, Ferreyra, Gauza, Martínez y García; apoyados: Jara, Herrera, Maidana, Fasora y Espeche.



Las personas que gastan todo cuanto ganan desconocen en absoluto la enorme fuerza material y moral que entraña el progresivo incremento de una cuenta de ahorro.

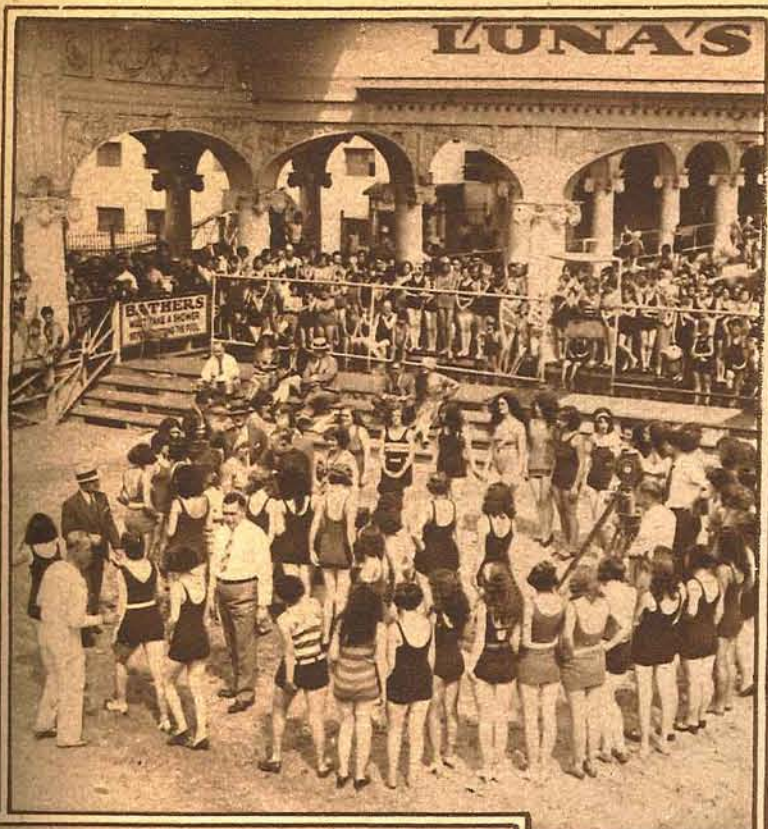
PREVENGA TODO INFORTUNIO

economizando cada día una pequeña suma. Si deposita usted un peso diario en el Banco "El Ahorro", que le abona el 8 o/o anual, pagadero por trimestres, a los cinco años tendrá \$ 2.203.82, a los diez, \$ 5.441.67 y a los quince, \$ 10.202.59—

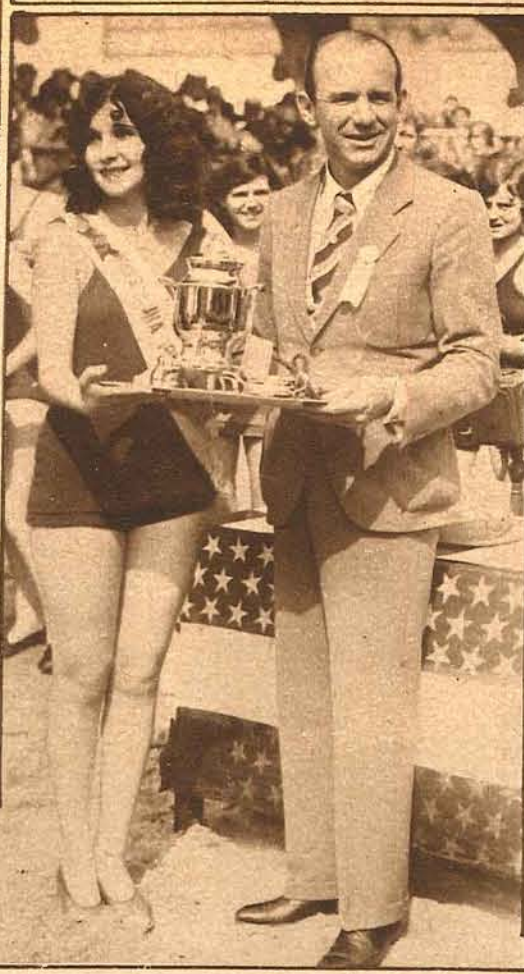
Los depósitos y sus intereses pueden ser retirados en cualquier momento.

Opera desde hace diez y nueve años a completa satisfacción de sus clientes.





Escena de conjunto de candidatas presentadas al concurso de belleza para las más lindas mujeres de pelo colorado, celebrado en Coney Island, el famoso parque de diversiones de Nueva York. En el momento de serle entregado el premio a la vencedora, Dorothy Klem.



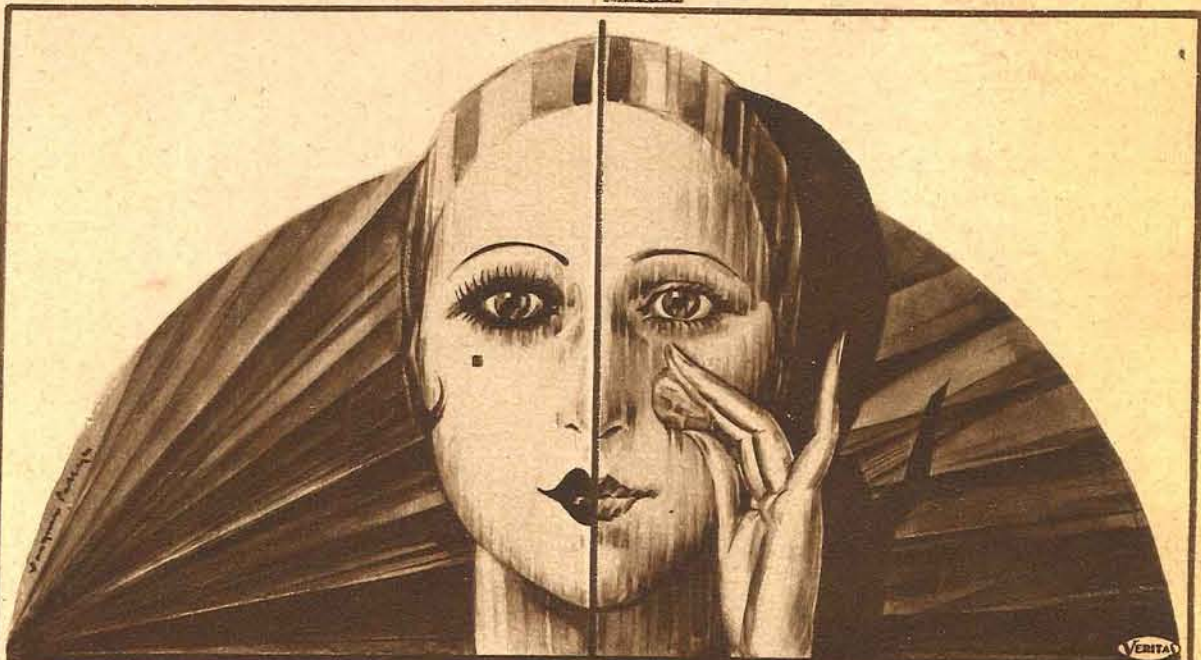
De acuerdo a la costumbre consagrada en los Estados Unidos de elegir bellezas nacionales, en Madrid se realizó un concurso en el cual fué elegida la señorita Candelas Altes, a quien se le confirió la corona de oro y esmalte donada por el Centro de Hijos de Madrid.



Carmel Myers, la bonita estrella del cinematógrafo, se casó recientemente con Richard H. Blum. De aquella artista ha dicho el director cinematográfico David Wark Griffith, que es la más bonita de las muchachas judías que trabajan en el cine.



La necesidad de garages en los Estados Unidos aguja el ingenio de los propietarios. Una hilera de 10 automóviles entrando a ocupar su lugar en este extraño y único garage, que tiene un poderoso ascensor.



HAY QUE QUITARSE LA MÁSCARA

del maquillaje cuando llega la noche.

Es preciso dormir con los poros abiertos y libres para dejar que la piel respire.

Los poros cerrados por los polvos, las impurezas y el sudor del día, ahogan la vitalidad del cutis.

Una ligera jabonadura con agua tibia antes de acostarse, es un deber de belleza que rara vez olvida una mujer cuidadosa de su cara.

El jabón más indicado para este uso es

HENO DE PRAVIA

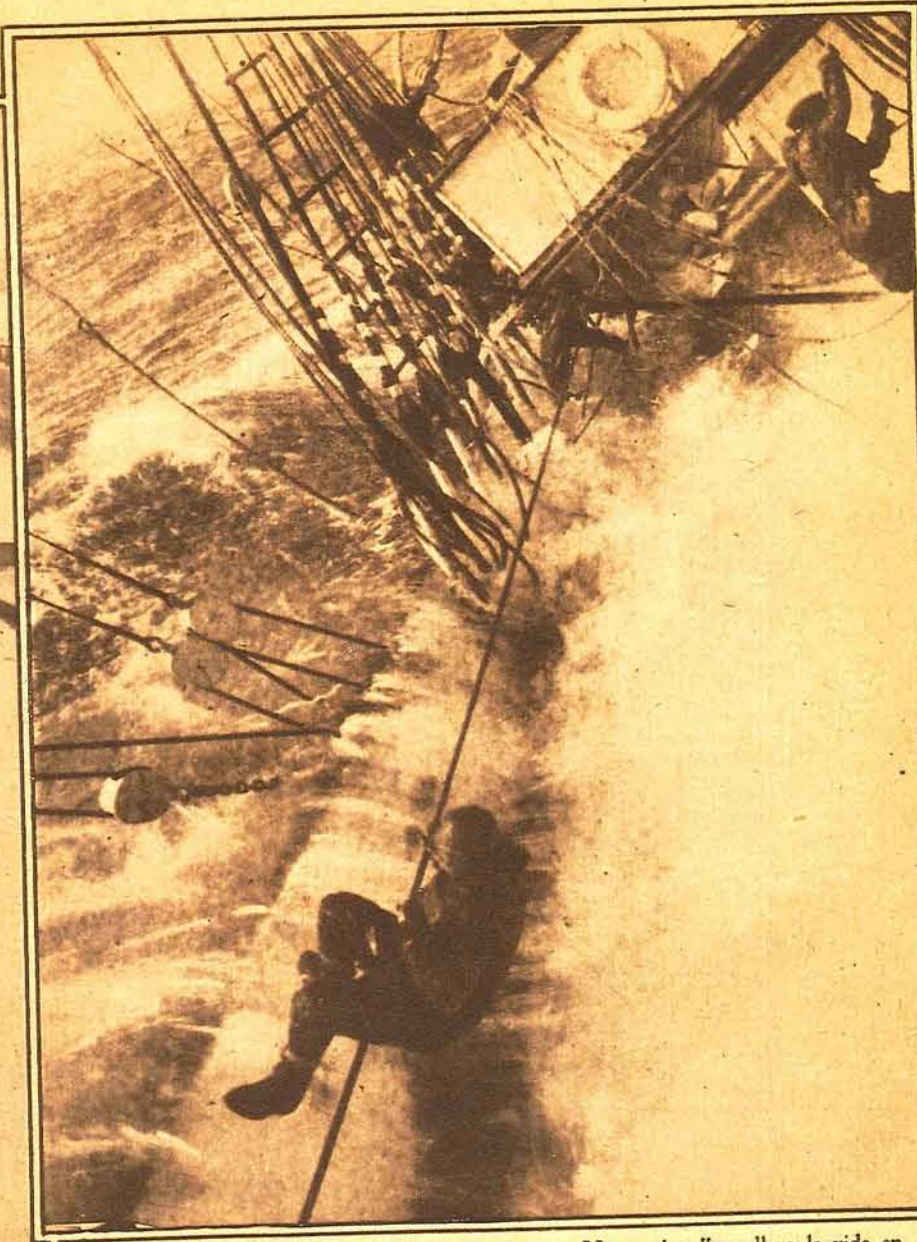
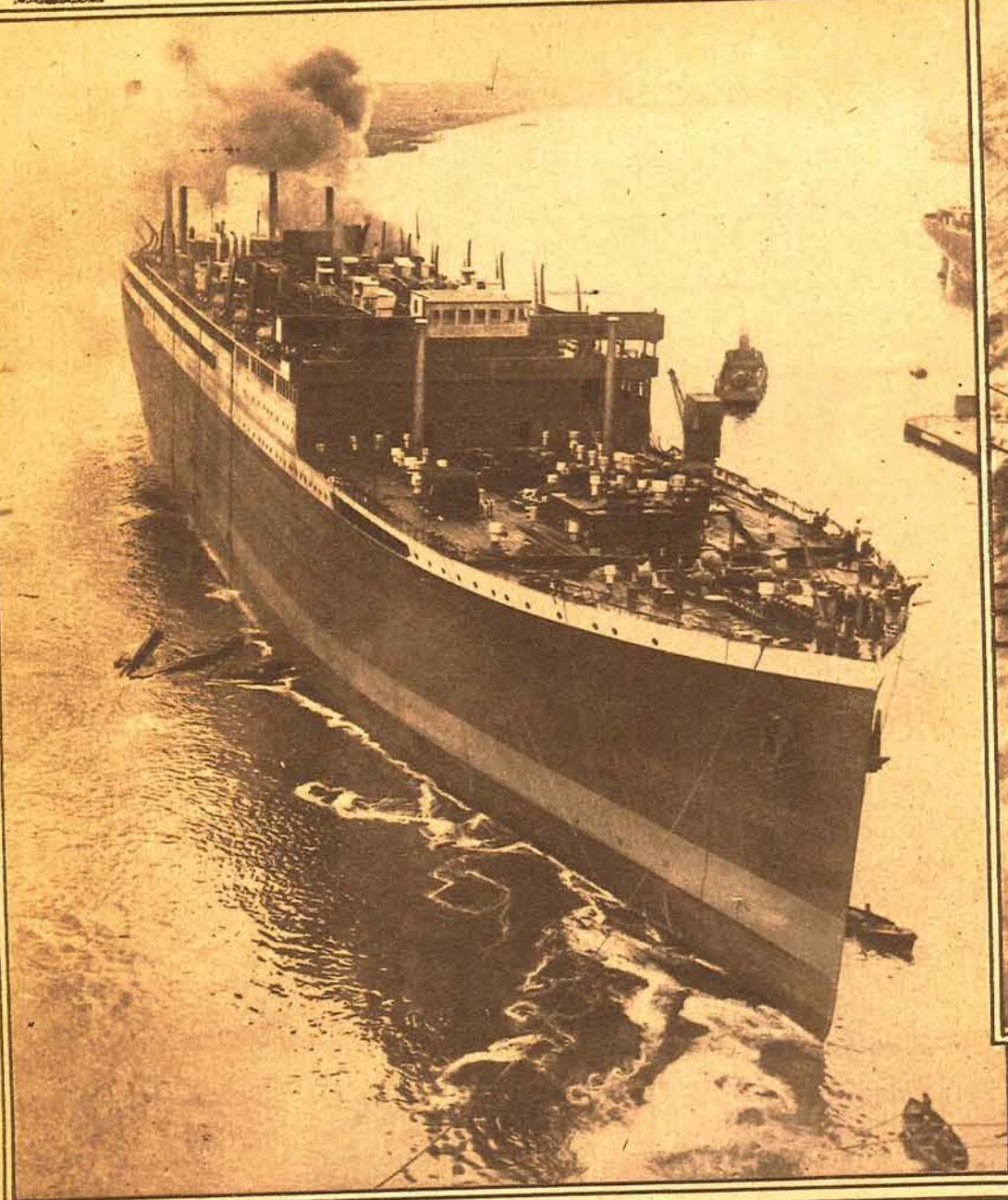
Su espuma penetra suave y eficazmente en los poros y los limpia. Su pasta contiene aceite finísimo que alimenta la piel y la mantiene tersa y flexible. El cutis así tratado, descansa durante la noche de la fatiga del día y amanece joven, fresco y sonrosado.

\$ 0,70

En Tiendas, Farmacias y
Perfumerías de toda la
República.



PERFUMERÍA GAL. -- MADRID
Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. -- Buenos Aires.
PROVEEDORES DE S. S. MM. LOS REYES DE ESPAÑA



La línea "White Star" acaba de botar en Belfast el "Britannic", buque a motor considerado el más grande del mundo y que hará la travesía de Liverpool a Nueva York.



Un marino "que lleva la vida en sus manos". Esta interesante fotografía fué tomada a bordo del buque escuela finlandés, Favell, al dar vuelta al Cabo de Hornos durante un reciente viaje.

Un dechado de hermosura

Para ser bella entre las bellas; para ser poseedora de un cutis precioso, para ser la más admirada, aplíquese todos los días los afamados

Polvo de Tocado
Vindobona
con base de almendras

Como en su preparación entran almendras dulces en gran proporción, contienen todos los elementos tonificantes para el cutis que ellas poseen, dando a la tez frescura, suavidad y lozanía encantadoras.

Están completamente exentos de blanco de plomo y de todas las demás substancias nocivas que generalmente poseen los polvos comunes, y que provocan el envenenamiento de la sangre al ser absorbidos por los poros, habiendo producido hasta la muerte. Por esto los Polvos VINDOBONA son altamente benéficos para el cutis, porque en su composición sólo entran substancias tonificantes para la epidermis.

Gracias a las almendras que poseen, los Polvos VINDOBONA tienen una deliciosa suavidad que se comprueba al tocarlos. Su impalpabilidad es extrema, por esto son invisibles, estando su adherencia en relación directa de su impalpabilidad.

Los Polvos VINDOBONA son impalpables porque se pasan por tamices metálicos especiales, mucho más finos que los de seda, que dejan pasar solamente las partículas más pequeñas de polvo, que la vista no puede apreciar por separado.

Se preparan en los tonos siguientes: Blanco, rosa claro, piel natural, rachel, ocre, ocre rosado y ocre yodado.

En estos perfumes: Rosas de Schiras, Jacinto, Muguet, Acacia, Madreleiva, Orquídea, Olginka y Cyclamen.

Es decir, una serie de perfumes riquísimos, de los cuales el Olginka y el Cyclamen son creaciones de los Laboratorios Vindobona. El elegante envase de los Polvos VINDOBONA es la caja más grande en que vienen polvos finos.

La caja grande \$ 3.80. La de tamaño corriente \$ 2.—

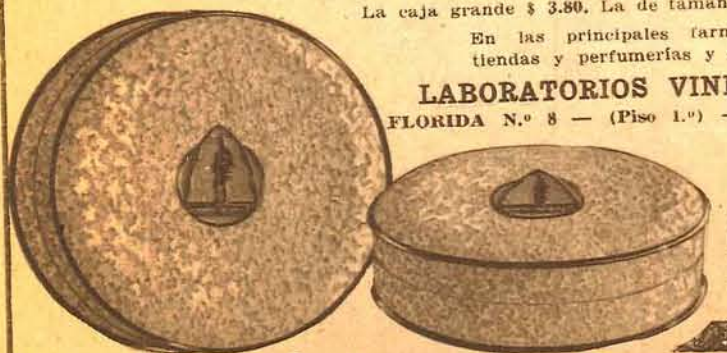
En las principales farmacias, tiendas y perfumerías y en los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA N.º 8 — (Piso 1.º) — BUENOS AIRES

GARANTIA

Dondequiera que Vd. compre los polvos Vindobona, si no resultaran del agrado de Vd. devuélvalos dentro de las 48 horas y le devolverán el dinero.



Festevada dondequiera se presente.

Usted tendrá una tez blanca

sin pecas, sin paños, sin arrugas, siguiendo este sencillo tratamiento de belleza, — o le devolvemos el dinero.

Cuando Vd. va a reposar—no descansa el rostro sobre la almohada sin antes haberlo limpiado bien y haber aplicado la Crema de Oriente Vindobona. Con la ligera presión de la yema de los dedos penetra por la epidermis hasta las capas ocultas de la misma y allí "trabaja". Si, realmente hay bajo la superficie marchita de su cutis un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que Vd. ostentará mañana. Allí la Crema de Oriente Vindobona estimula y allí disuelve las pecas y manchas cutáneas, refina los poros, alisa las arrugas y blanquea la piel.

Usted podrá constatar los resultados ya a la mañana siguiente de la primera aplicación. Su espejo le confirmará que aparece una nueva belleza en su rostro, un cutis lozano, blanco, liso y suave, que estaba oculto detrás de la máscara que sobre él había formado la capa exterior marchita.

Ese proceso de renovación, de verdadero embellecimiento, es agradable. Nadie se dará cuenta de que Vd. sigue un tratamiento.

Sana las grietas y pasaduras en seguida que se aplique y protege la piel contra las inclemencias del tiempo.

De miles de rostros, Crema de Oriente Vindobona ha quitado muchos años. Miles, muchos miles de damas, gracias a ella se libraron para siempre de las pecas, paños, y barros. Otras tantas han alisado sus arrugas, aun las más profundas, con sólo darse con ella un ligero masaje todas las noches y consiguieron una piel blanca y lisa.

Comience ahora a usar Crema de Oriente Vindobona.

Se vende bajo la garantía de devolverle el dinero si en Vd. fallara, en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA N.º 8, piso 1.º — (Atendida por señoritas) — BUENOS AIRES

Folletos Gratis
Llene y envíenos el cupón.

Pedidos del Interior se atienden en el día.

—ooo—
EN MONTEVIDEO:

ANDES 1338
2.º piso

LABORATORIOS VINDOBONA
L. N. O. 19
Florida N.º 8 — (Piso 1.º) — Buenos Aires
Sirvase enviarme gratis folletos descriptivos de la Crema de Oriente Vindobona.

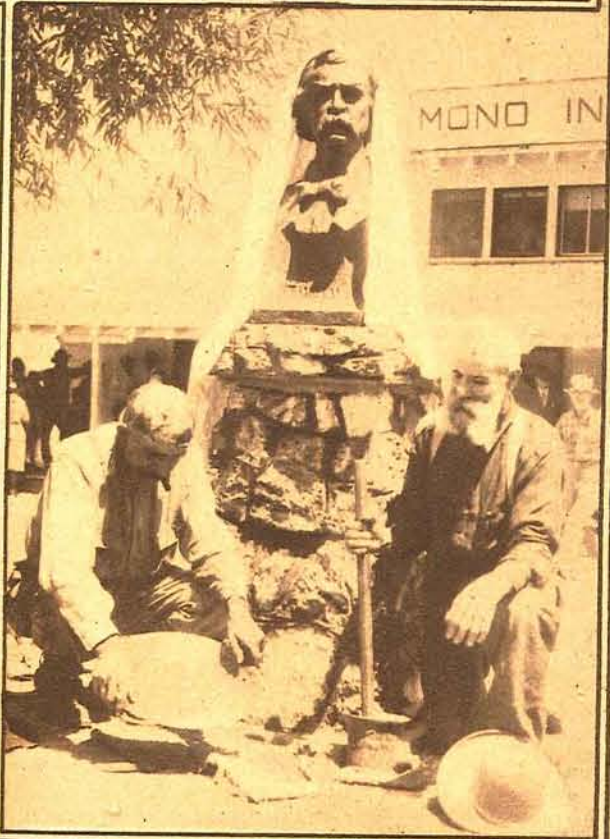
NOMBRE

CALLE

CIUDAD



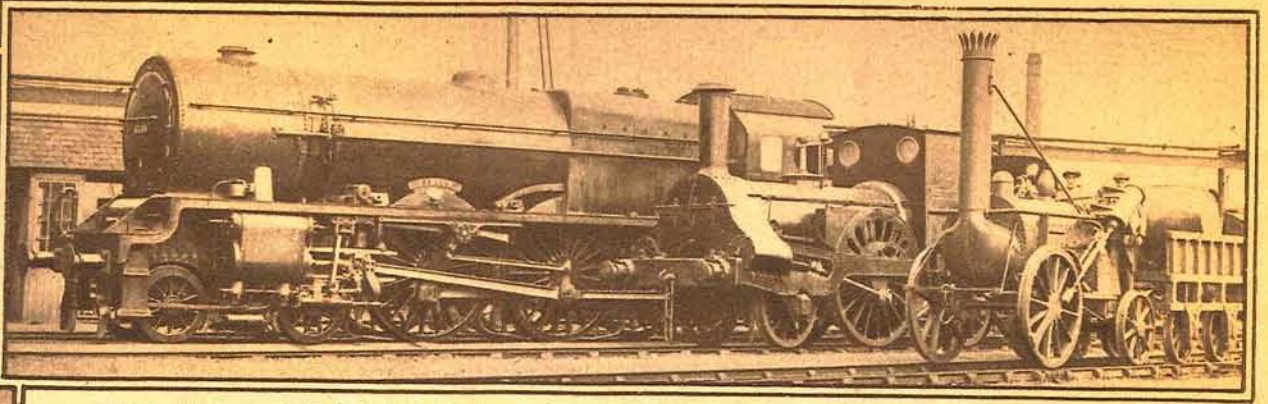
Campeón mundial de reproductores laneros. El Gran Campeón de la exposición de ovinos de Sydney, el certamen más importante del mundo. Es de raza Merina y pertenece a Mr. F. S. Falkner, de la cabana Wanganella.



Busto de Mark Twain en mineral de plata y oro, obra del escultor Carlo Romanelli, de California. Don Gius y Fred Walker, dos viejos mineros, que aparecen en el grabado, y que recuerdan la visita del célebre humorista a Mono Lake, California, hace algunos años, observan un fragmento pulverizado de la obra.



Labradores de las plantaciones de lúpulo en el condado de Kent, montados en zancos para trabajar en las mismas.



Un contraste en la industria locomotora. Reproducción de la locomotora "Rocket", construida en 1825, y la locomotora "Columbine", de 1845, comparados con el último modelo "Royal Scot".

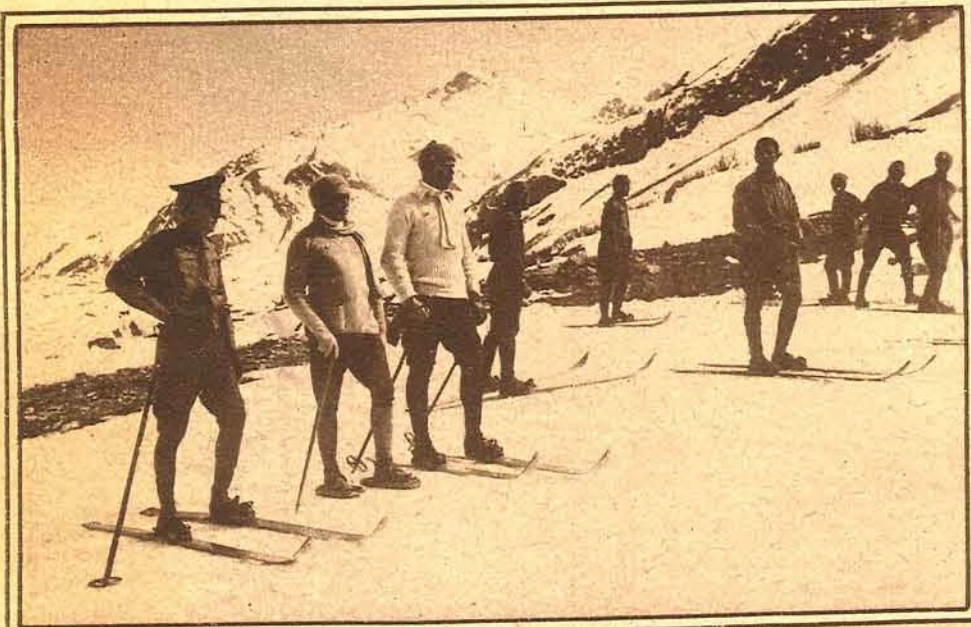
PHILIPS

el altoparlante
que constituye un
adorno para
el hogar

Notas diversas



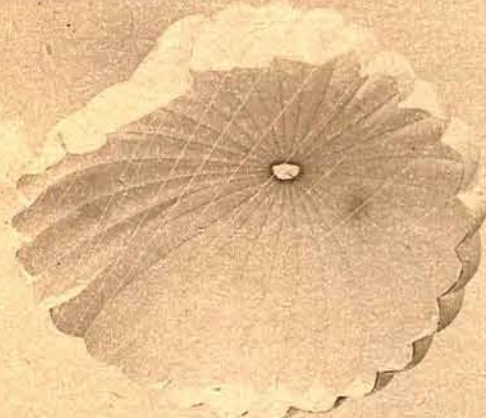
Esta fotografía que puede hacer pensar en Suiza, Saint Moritz o en cualquier otro lugar consagrado para los sports de invierno, fué, sin embargo, tomada en Mendoza, donde el Club de Andinismo inauguró su temporada. Varios socios bailando en torno de un muñeco de nieve.



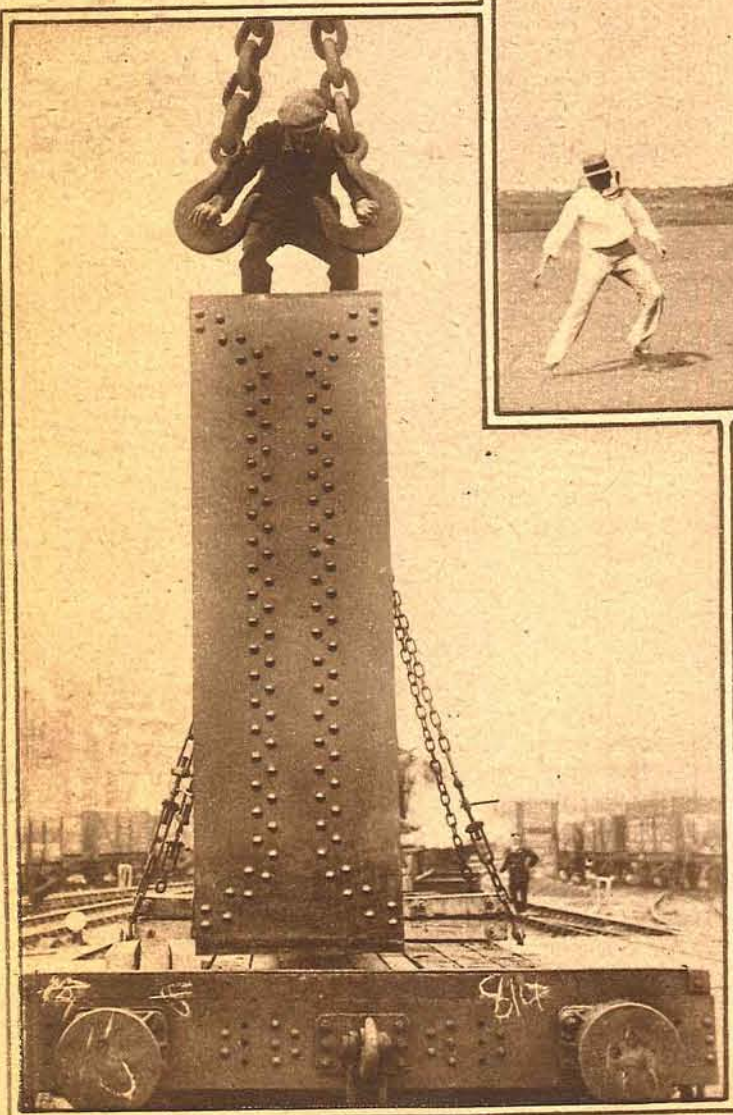
Nuestros primeros "skies". De izquierda a derecha: reverendo padre D. Carroll, capellán militar; coronel Morales Bustamante y teniente Edelmiro Farrell.



Niñas de la sociedad mendocina en compañía del teniente coronel Farrel y de oficiales del ejército, ejercitándose en el manejo del arco en la terraza del hotel, en Puente del Inca.



El piloto americano R. B. Taylor llevando a cabo en Roosevelt Field el ensayo de un nuevo sistema de paracaídas con la ayuda de una clase de puerta recién inventada. Taylor colocó su aparato en tirabuzón y fué proyectado automáticamente, pudiéndose comprobar la perfección del aterrizaje.



Una viga que ha sido enviada desde Midlands hasta Chelsea Basin; pesa 70 toneladas y se la considera como la más grande que se haya construido en el mundo.



BIZCOCHOS CANALE

No predomina en ellos esencia de especie alguna. Basta saborearlos para darse cuenta de los exquisitos elementos que contienen.

EL PROGRESO DE LA CIENCIA Y EL PORVENIR DE LA FILOSOFIA



Se han realizado muchas tentativas para conciliar los recientes progresos del conocimiento científico con los principios de la filosofía.

Los hombres de ciencia que exploran el mecanismo del universo se inclinan a una concepción mecánica o materialista, en la esperanza de que la teoría mecánica llegue a ser completa en sí misma o se aproxime a la universalidad. Pero a pesar de haber adelantado en este sentido, siempre fueron impedidos tarde o temprano, por el conturbador problema de la conciencia y por la interpretación general de la mentalidad.

Algunos de ellos, por esta razón, dieron en el más profundo escepticismo, como si la experiencia nos proporcionara una interpretación verdadera del universo y como si nuestras teorías científicas fueran otra cosa que un método conveniente de formular y clasificar los hechos. No encontraron el punto de vista ideal, considerando la experiencia mental como base, fácil de reconciliar con las cuidadosas determinaciones métricas de la ciencia o con la concepción según la cual el universo es una máquina perfectamente organizada y automática, en la que los fenómenos mentales están contenidos como en un epifenómeno ilusorio, fruto del funcionamiento de moléculas complejas. Consideran que las ideas de causa y efecto son anticuadas y deben reemplazarse con la mera percepción de una secuencia; que la adaptación de los medios al fin, o de un organismo a su ambiente, es la consecuencia de las condiciones de supervivencia y herencia, y no prestan atención ninguna a los designios y propósitos. Porque si la evolución está admitida por todos, puede argüirse que todo lo que realmente observamos sólo es cambio, ajuste automático e inevitable al ambiente, sin ningún crecimiento de valor. Lo que estudiamos en la ciencia, conforme se afirma, son las cosas que pueden pesarse y medirse, acerca de las cuales podemos establecer leyes cuantitativas; y se espera que a medida que progresa la ciencia podremos reducirlo todo, y cada vez más, a secuencia mecánica e inevitable, representando la acción de un cuerpo material sobre otro, conforme a la moda del sistema newtoniano de la astronomía.

Por otra parte, los que se sintieron impresionados por los fundamentos mentales e ideales del universo, encuentran difícil comprender cómo la vida y el pensamiento entraron en relación con la materia, o qué es lo que realmente significa el sistema materialista y esencialmente mecánico desde el punto de vista mental. Hay algo así como un conflicto de oposición que aun no ha sido resuelto. La noción de que la evolución es un proceso automático suficiente en sí mismo, sin guía ni significado, se ha demostrado repugnante a gran número de gentes sencillas, cuyas intuiciones están en su contra; y a falta de una conciliación, están poco preparadas para descartar o para negar el hecho de la evolución misma. Esta actitud es de todo punto de vista irremediable. Pero admitida la dificultad, ha conducido a algunos a dudar del testimonio de la experiencia y a refugiarse en un criterio místico o teológico que deja todo sin explicación, porque es como si dijéramos que las cosas son como son a causa de un "fiat" creador, y la investigación de su proceso linda con la impiedad. Los hechos de la naturaleza y el espíritu del hombre parecen inarmónicos, de tal suerte que los sostenedores de cada lado tienden a ignorar el otro.

LAS LIMITACIONES DE LA TEORIA MATERIALISTA

POR

Sir OLIVER LODGE

(Para LA NACION)

LONDRES, agosto de 1929

existencia más profundos y más elevados. Tratan de mirar el mundo no sólo en detalle, sino en conjunto, y confían en que la experiencia ha de conducirlos hacia la verdad verdadera, no hacia la conveniencia de una solución.

Los que consideran la causa como una secuencia y la evolución como un simple cambio, están de un lado. Han realizado grandes progresos en su sección y están dispuestos a considerar un concepto más idealista como ilegítimo y anti-científico. La ciencia es medición, dicen, y todo lo que no puede reducirse o presentarse signos de no ser reducible a fórmulas cuantitativas y matemáticas no merece atención ninguna. Esta doctrina, sostenida por físicos y matemáticos, es el resultado natural de los brillantes éxitos obtenidos en esta rama del conocimiento y comienza a entrar entre los biólogos, no tanto por sus conquistas actuales cuanto por sus ambiciones futuras. El famoso "Utinam", de Sir Isaac Newton, en el que se fundaba como el fin ideal de la ciencia la reducción de todos los fenómenos a la acción recíproca de las fuerzas entre las partículas, puede acreditarse en su favor. Al mismo tiempo debe recordarse que cualquiera que sea la opinión sostenida por los matemáticos actuales, los grandes autores de la teoría, desde Newton hasta ahora, no están satisfechos de ella. Encuentran instintivamente que eso no es todo y que debe haber modos de ver la

Hay, sin duda, una conexión evidente o una relación necesaria entre el pensamiento humano, por una parte, y los hechos de la naturaleza por otra. Siempre se ha sostenido que nuestra interpretación del universo es una construcción de la mente, y que siempre será desconocida la naturaleza real de lo existente, aparte del pensamiento mismo, y siempre se ignorará lo que son las cosas en sí mismas. De este modo, el escepticismo se obstruye su propio camino, tarde o temprano, en todas direcciones. Algunos son escépticos en lo que respecta al mecanicismo, y otros son escépticos en lo que atañe al significado o al propósito que lo inspira. La reconciliación y la unificación de estas dos tendencias opuestas y la contención de ambas en una generalización más comprensiva

tiene que ser el fin y el objeto de la filosofía moderna y de la ciencia actual. Los evolucionistas, a pesar de que tienen que descartar las ideas del valor del crecimiento, la teleología y la entelequia, no pueden dejar de reconocer que todo no es cambio sino también progreso. Las especies progresan de formas bajas a otras más elevadas. Y si ello se admite, el hecho sugiere que el conjunto avanza hacia una perfección última, y que los estados de ese proceso no pueden carecer de significado y de propósito.

Entretanto, el origen de las especies queda sin solución. La vieja idea de la creación especial, según la cual todo ha nacido a la vida tal como es, no representa una solución: el proceso de cómo lo existente ha nacido a la vida tiene que ser investigado por la ciencia. Pero si la evolución de los seres es continua, fuera de la cual las formas intermedias se han extinguido (de modo que la cadena de la evolución está llena de eslabones rotos y las especies existentes son los fragmentos que restan), o si las mutaciones se han efectuado por saltos subitáneos que luego fueron heredadas, sobreviviendo las favorables, de modo que no habrían eslabones perdidos, son

problemas que aun se debaten con frecuencia. La experiencia demuestra que la variación, la herencia, la adaptación al ambiente, la lucha por la existencia y la supervivencia de los más aptos son "Verae causae". Pero cómo surgen las variaciones, cómo y hasta qué punto la adaptación puede ser ayudada por los esfuerzos individuales, y cómo y hasta qué punto puede admitirse que hay un principio de guía que orienta el proceso, son cuestiones que aun no han sido contestadas. El progreso, al fin, el abandono del escepticismo vacío e infructuoso requiere, en ausencia de ciertos conocimientos, un acto de fe, fe en el creciente valor de la existencia en sí misma, en el poder del pensamiento humano para apreciar la verdad real, y en el valor de la experiencia como guía de la realidad. Además, por experiencia debe entenderse no sólo la evidencia directa de los sentidos, sino también las inferencias y las intuiciones, las teorías y las hipótesis constructivas, que se basan en las apercepciones sensoriales y las amplian directamente. Tenemos experiencias no solamente de las cosas materiales sino también de los estados mentales; y no ha de despreciarse ninguna parte de la experiencia si hemos de hacer una tentativa para comprender el conjunto del universo.

Nuevos datos concernientes a la LIMPIEZA DE LOS DIENTES

¿SABE USTED

que hay miles de pequeñas hendiduras en los dientes y encías normalmente sanos?

y que no hay cepillo de dientes que toca estos sitios microscópicos?

y que residuos mucosos y alimenticios se acumulan en estas hendiduras, donde comienza la caries?

y que la eficacia de un dentífrico está en la cualidad que tiene para limpiar estas hendiduras?



Note usted como la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar.

Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.



Recientemente un descubrimiento científico extraordinario ha sacado a la luz algunos datos nuevos, concernientes a la limpieza de los dientes. Un hombre de ciencia midió la fuerza que tenían los dentífricos para penetrar las hendiduras de los dientes y encías, donde se acumulan residuos alimenticios y donde comienza la caries.

Encontró que algunos solamente limpian la superficie exterior de los dientes y otros sólo penetran en las cavidades grandes. Pero descubrió que la Crema Dentífrica Colgate "en forma de cinta" tiene "más fuerza penetrante" que cualquier otro dentífrico que existe.

Este es el secreto de la cualidad extraordinaria que tiene para limpiar. Penetra en los intersticios más difíciles de limpiar, donde el cepillo y dentífricos ordinarios no alcanzan a limpiar. La fuerza penetrante de la Crema Dentífrica Colgate proviene de su ingrediente limpiador que es el más eficaz que existe.

Al cepillarse los dientes, este ingrediente se transforma instantáneamente en una espuma blanca y resplandeciente que como una ola invade los dientes y encías. Esta espuma posee una cualidad admirable de una "tensión superficial" baja que permite se penetre en los intersticios más pequeños, donde pudiera comenzar la caries, desalojando todo residuo mucoso o alimenticio, y limpiándolo de toda impureza con su detergente espuma.

La misión de un dentífrico es limpiar los dientes. Ningún dentífrico puede curar piorrea; ningún dentífrico puede corregir la condición ácida de la boca. Estas son cosas que sólo un dentista puede hacer. Reclamaciones de que algunos dentífricos pueden hacerlo es falso. Los más eminentes dentistas corroboran esta declaración. COLGATE PALMOLIVE PEET LDA. S. A. IND., BUENOS AIRES

CREMA DENTIFRICA

COLGATE



El hecho de poder doblar una declaración de los adversarios constituye un resultado deseado, producto muchas veces de maniobras realizadas por el doblador o de una forzada defensa de partido. Nada atrae más ni produce mayor satisfacción que el éxito de un doble. Derrotar al contrario en su propio campo y con sus armas en leal desafío, haciendo alarde de fuerza, es una seducción demasiado halagadora para dejarla escapar en su oportunidad.

Por otra parte, todos conocemos los muchos puntos resultantes de un buen doble, que agranda fantásticamente los beneficios de una partida ganada o anula las diferencias de la pérdida.

Pero no siempre se dobla bien. Más aun: juegos que aparentemente son eximios para ello, no resultan tal en la práctica, por rara disposición de las diferentes manos.

En algunos jugadores la ansiedad de derrotar al contrario doblando los lleva al doble fácil e irreflexivo, que paraliza en algunos casos el empuje de su compañero respetuoso de esa actitud, que cree en extremo beneficiosa o tiene en otros resultados desfavorables.

La mala costumbre de doblar solamente por aquello de que es un "doble libre" no es tampoco de buen jugador. Hay que prever el redoble bien empleado, y aunque él no se produzca, deben tenerse en cuenta los puntos perdidos con ese sistema uniforme.

No deseo, sin embargo, referirme a malas jugadas. Decía que hay manos que, estudiadas aisladamente, representan la fuerza necesaria para efectuar un excelente doble, pero que,

BRIDGE DOBLES QUE NO CONVIENEN

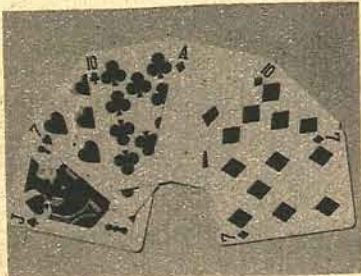
POR

LEON CASABAL

por una combinación excepcional y rara del juego del compañero, no resultan tal. Esta disminución de valor de una mano como dobladora no procede de la falta de elementos de ayuda que pueda proporcionar el compañero, sino de los perjuicios que éste resulta ocasionarle.

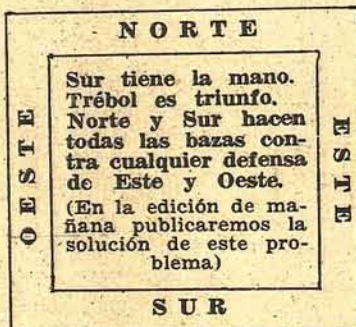
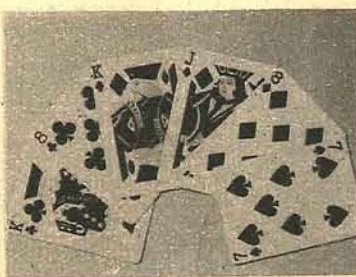
Estos perjuicios pueden tener su origen en una mala información proporcionada y que se ha prestado a mala interpretación, o en el silencio guardado con palos largos, que no sólo carecen de valor como posibles bazas, sino que disminuyen las probabilidades de que su compañero pueda hacer alguna en ese palo.

Quiero decir con esto que hay



dobles perfectamente lógicos e irreprochablemente efectuados, considerada aisladamente la mano del doblador, pero cuya efectividad disminuye por la combinación de elementos de los juegos que deben corresponderse. Ese estado de cosas puede ser ignorado por el doblador, pero no debe escapar a la clara visión de un buen compañero que, si tiene elementos para proceder, puede y debe darle al juego otra orientación.

Probablemente alguna vez erraremos, incapaces de adivi-



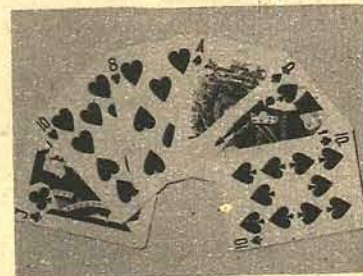
nar exactamente la eficacia de la mano del doblador; pero, aplicando bien este procedi-

miento excepcional, tendremos más beneficios que pérdidas.

Voy a tratar de ser más claro con un ejemplo:

Este da las cartas y reparte de la siguiente manera:

Sur — Piques: K—J—10—4
Corazones: —
Diamantes: Q—9—7—5—3
Tréboles: 8—7—4—3
Norte — Piques: A—9—8—2
Corazones: K—8
Diamantes: A—K—J—9
Tréboles: K—J—9
Oeste — Piques: 5
Corazones: Q—J—10—6—5—4—2
Diamantes: 8—6
Tréboles: 6—5—2
Este — Piques: Q—7—6—2
Corazones: A—9—7—3
Diamantes: 10—2



Tréboles: A—Q—10

Se juega el bueno: cero a cero. Este declara "Sin triunfo", Sur pasa, Oeste declara dos corazones y Norte se resuelve por un doble informativo; Este pasa; pero Sur, obligado a hablar, remata dos piques; Oeste insiste con tres corazones y Norte sostiene a su compañero hasta tres piques. Este, envalentonado por los dos y tres corazones de su compañero, remata cuatro corazones; Sur y Oeste pasan: Norte dobla. Este acepta en silencio. La situación

de Sur no es cómoda: no tiene en mano sino tres palos, uno de ellos bastante largo (trébol), que su compañero ignora. Se decide por cuatro piques que Este, como es de suponer, dobla.

Hago notar que la resolución de Sur es la mejor, pues los oponentes hubieran cumplido el contrato intentado.

El desarrollo del juego lo conocen mis lectores. Norte y Sur cumplen los cuatro piques prometidos.

Deseo ahora hacer notar la diferencia de puntos para su bando que implica la resolución de Sur. Si Sur hubiera consentido el doble, perfectamente lógico, de los cuatro corazones, Este y Oeste hubieran marcado 64 puntos por las bazas dobladas, cincuenta por haber hecho su contrato, cuarenta por sus honores y doscientos cincuenta al ganar el partido; total: 404 puntos. En cambio, Norte y Sur ganan, marcando: cuatro piques doblados, o sea 72 puntos; honores, cuarenta; cincuenta por haber cumplido su contrato y doscientos cincuenta por el partido; total: 412 puntos. Es decir, cuatrocientos cuatro puntos que hubiesen perdido y cuatrocientos doce que ganan. Total: 816 puntos.

No quisiera tampoco que se me interpretara como aconsejando violentar el juego ante la seguridad de que se perderá un doble. El remedio puede ser peor que la enfermedad cuando se exageran las cosas.

El procedimiento indicado debe tender a dar más beneficios o suavizar las pérdidas que resultarían de un doble malo consentido. Esta, por lo menos, debe ser la intención del que asume la responsabilidad, grande, por cierto, de violentar una determinación fundada del compañero.



CONVENGAMOS en que no es muy airosa esa apariencia de ociosidad consciente que caracteriza la obsesión deportiva de los inveterados jugadores de ajedrez. No surge tampoco al observador superficial la eficacia ostensible de ese goce flemático de un recreo que aparece disfrazado por los signos de la candidez emotiva y de la inopia mecánica.

Pero hay un misterio en la condición de ese juego que disculpa la impetuosa afición de sus entusiastas cultores, y los pone a resguardo de impugnaciones e ironías.

El ajedrez no es una ociosidad estéril. Jugando al ajedrez no se pierde el tiempo más que aparentemente.

Opina Richet que no se puede considerar jamás tiempo perdido el que transcurre en una atención agradable. En el ajedrez esa atención es, además de agradable, útil. Fomenta instintos superiores y recrea a quien ya los posee con una expansión propicia a saludables recreaciones.

En el juego de ajedrez se cultivan prácticamente hábitos nobles, aunque de ello no se dé cuenta el jugador.

Quizá bastaría consignar para su elogio una particularidad sugerente. En un mundo en que la locuacidad incongruente y la charlatanería frondosa gozan de peligrosos privilegios, no es pequeña virtud en un juego social como el ajedrez, la de incitar a la concentración y al silencio en un grado tan elocuente, que sólo tiene su antítesis en los verbosos y empedernidos jugadores de truco. El ajedrez es, por virtud y por esencia, un juego mudo. ¿Será, acaso, por eso mismo que no logra interesar a las mujeres?

★ ★ ★

No existe un juego de salón que esté por su condición y por su naturaleza tan ligado como el ajedrez a cosas trascendentales de la sociedad y de la vida. No se puede mencionar el ajedrez sin sugerir, desde luego, dos conceptos de gran trascendencia social: la ciencia y la ética militar.

Un divulgado concepto popular magnifica el ajedrez consi-

LA ETICA DEL AJEDREZ

POR

TIRSO LORENZO

derándolo un juego científico, y a quienes lo practican, seres privilegiados, dotados de inteligencia superior. En mérito a tal circunstancia, los que saben hacerse ver como aficionados al ajedrez tendrían derecho a sentirse orgullosos, ya que, por la condición de ajedrecistas calificados, sospecharían sugerir un prejuicio de enaltecida aptitud mental, tal como el usar lentes denunciaba en otro tiempo y en el concepto popular, al hombre letrado y docto, y al usar melena, aun en nuestros días, es indicio de facultades líricas.

Yo no sé si ser aficionado o buen jugador de ajedrez acredita facultad alguna o denuncia determinados rasgos psicológicos. Posiblemente, sí. Lo que importa es dejar establecido que nada tiene que ver el ajedrez con la ciencia. No se rige por leyes cerradas y categóricas, ni desentraña principios, ni mucho menos ahonda en esos misterios de la vida que embargan la mente del pensador. Nada tiene que ver con las leyes físicas ni con las abstracciones metafísicas. Dejaría entonces de ser el juego amable que deleita con las sorpresas imprevistas y con el impulso variante de la iniciativa personal.

Si no es ciencia es, en cambio, experiencia, cosa que, por su utilidad en la vida, confunden muchos con la ciencia.

Es experiencia porque confirma prácticamente y de un modo muy agradable verdades que no por responder a aforismos comunes son menos interesantes, y que, por su eficacia social, incorporadas muchas de ellas al catálogo de la filosofía popular, conviene cultivarlas y observarlas en el régimen cotidiano de la lucha por la vida.

Enseña, por ejemplo, en el bello mecanismo de sus combinaciones, que el tiempo es oro, que la unión hace la fuerza, que no hay enemigo pequeño, que las empresas temerarias suelen costar caras, que quien pega primero pega dos veces, que no por mucho madrugar, etc.; que el ser más humilde puede llegar con la perseverancia y el ingenio a las posiciones más encumbradas, y, finalmente, que la mujer es, en el organis-

mo colectivo, la fuerza más eficiente, e irradia en el tablero de la vida el poder vigoroso y eficaz de su actividad dominadora.

No se envanezcan por ello mis gentiles lectoras, puesto que en el ajedrez, como en la vida, hay también damas demasiado aventureras, que por excederse en audacia y confianza, ponen en situación crítica al rey y arruinan la partida.

El ajedrez sugiere también, por su natural condición, bastante de las cosas militares. Así lo entiende el vulgo, y tiene su razón para ello: táctica, estrategia, ataque, defensa; artillería, caballería, etc.; no hay aviación ni gases asfixiantes, porque, por suerte, en los tiempos en que el juego fué inventado no se conocían tales diabluras. En cambio, entre tantas unidades bélicas de acción, anda por medio una dama, y váyase lo uno por lo otro.

Podría, quizá, este aspecto bélico disminuir el prestigio del ajedrez. Hablar de procedimientos bellicosos y militares en estos tiempos de progreso y de democracia parece algo anacrónico e inconveniente, y naturalmente ha de inspirar poco respeto cuanto contribuya a estimularlos.

Sin embargo, quizá una de las cualidades que más enaltecen al noble juego del tablero sea precisamente esa, su conocida afinidad con la ética militar, puesto que se aviene con ella en el ejercicio de su aspecto más digno: como escuela de orden, de organización, de disciplina, de táctica llana y constructiva, practicada sin otra aspiración que la de gozar la belleza en la armonía de las equivalencias y de las fuerzas orgánicas en actividad. Nunca estará de más, para los efectos estimulantes de la lucha por la vida, cultivar las aptitudes que nos entrenen en el equilibrio de las fuerzas mentales y orgánicas.

Por lo demás, no es otra la escuela de aficiones muy divul-

gadas y populares en que el encuentro de fuerzas opuestas se rige por una ética que está muy lejos de ser tan sabia y digna como la del ajedrez. Refiérome al boxeo, al mismo football, y a toda suerte de encuentros deportivos animados por el incentivo del pugilato, en que se juega una supremacía por medios más o menos artísticos, más o menos inteligentes. Siempre habrá más dignidad, más elevación en las cruzadas que reclaman los resortes de la inteligencia que en las de la fuerza puramente material, como habrá más honor en caer abatidos por la ciencia de un Alekhine que por los puños de un Dempsey. Por lo menos, el mate nos deja ilesos.

★ ★ ★

Pasemos a los valores representativos que entran en la inteligente combinación del ajedrez.

Tenemos en el tablero un estado perfectamente orgánico, en el cual el rey, la figura principal, lo es todo y no es nada. Lo es todo, porque por él se rige la partida en que se complican todas las demás piezas, con más o menos arrojo, con más o menos acierto, y sin cuya acción combinada nada tendría que hacer la figura principal en su ocasional feudo.

Una leyenda atribuye la invención del ajedrez a un sabio griego que, estando encargado de instruir a un príncipe real, se propuso componer un juego en el que, no obstante ser el rey la figura principal, nada pudiera hacer sin ayuda de sus súbditos. Como se ve, este antiguo concepto que reduce la jerarquía real a un aspecto convencional y puramente decorativo se adelantó a nuestros tiempos. En efecto, ¿qué es en nuestros días un monarca o jefe de Estado sin el concurso armónico de la solidaridad ciudadana y

(Continúa en la pág. 31)

Para Bridge

"THE PARISIENNE"

Encantador juego para BRIDGE, en hermosos tonos orientales, con asientos y tapa tapizados y decorados, todo plegable, con dos ceniceros adaptables. Son divinos.

\$ 135.-

EUGENIO DIEZ & C^{IA}.
IMPORTADORES

682 • Bdo. de IRIGOYEN • 694





S. M. la Reina de Bélgica



S. M. la Reina de España



S. M. la Reina de Holanda

TEJÉRO de Barcelona

Consejero en belleza—designado para servir a tres reinas recomienda el uso diario del jabón Palmolive



Desde hace tiempo que las bellezas de España saben el valor cosmético que tiene el aceite de oliva, el cual científicamente mezclado con el aceite de palma en el jabón Palmolive imparte su acción más embellecedora.

"Lavarse regularmente dos veces al día con jabón Palmolive, es lo que recomiendo a mis clientes. La acción de los aceites puros de palma y oliva de este jabón conserva el cutis siempre en una condición buena."

EN ESPAÑA, el país de las hermosas mujeres trigueñas, el cuidado del cutis está encomendado a hombres que no solamente son especialistas de belleza, pero también dermatólogos. Entre estos el que más se destaca, es Tejéro, de Barcelona.

Tejéro, eminente especialista del cutis, estudió en la Facultad de Medicina de Zaragoza. Obtuvo su título de cirujano y ha practicado su profesión en París, Londres, Berlín, Bruselas, Viena, Budapest y Praga.

La distinguida clientela de Tejéro

En París, Tejéro, tuvo el privilegio de atender a la Reina de Holanda y a su hija. En Bélgica sirvió a Su Majestad la Reina Elizabeth. Se comprende naturalmente que ha atendido a la Reina de su país natal, España... y entre algunos de sus más distinguidos clientes, no solamente se encuentran las grandes figuras de las cortes de Europa, sino también famosos artistas del teatro y de la ópera.

El señor Tejéro siempre recomienda el jabón Palmolive para el cuidado de la belleza del cutis y atribuye gran parte

Luis Tejéro
BARCELONA

de su éxito al hecho de que sus clientes siguen este consejo.

"Ningún cutis puede permanecer en un estado lozano durante largo tiempo al menos que uno se lave diligentemente dos veces al día con agua y jabón", dice este eminente especialista español en belleza. "La acción de los aceites puros de palma y oliva en el jabón Palmolive es penetrar en los poros suave y eficazmente... refrescando y rejuveneciendo sus delicados tejidos".

Entre alguno de los eminentes especialistas en belleza que prefieren el jabón Palmolive y que aprecian la importancia que tiene el aceite de oliva en este jabón, se encuentran Mme. Cavalieri de París; Mme. Jacobson de Londres; Attilio de Roma—y centenares de los más prominentes especialistas en belleza del mundo. Siga usted su consejo esta misma noche. Lávese con Palmolive antes de acostarse. Un cutis encantador será su recompensa. Colgate Palmolive Peet Ltda. S. A. Ind., Buenos Aires.



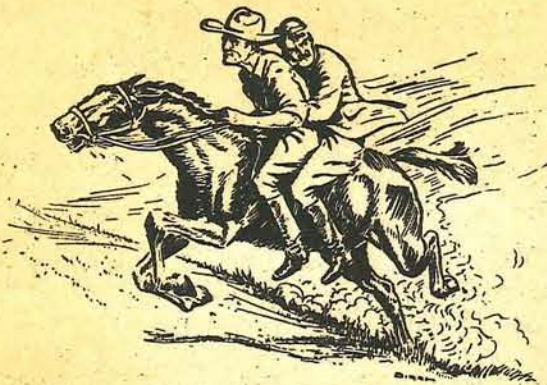
Massé de París, así como los más prominentes especialistas de Europa y Estados Unidos recomiendan lavarse la cara dos veces al día, de la siguiente manera: Con ambas manos, frótese bien la cara con la espuma del sin igual jabón Palmolive y agua tibia durante dos minutos; en seguida enjuáguese con agua fría y séquese completamente.



El jabón Palmolive jamás se vende desenvuelto

35 Cts.
la pastilla. 3 por \$ 1.-

JABON PALMOLIVE



EN LAS MINAS DE ORO

EN el lugar en que el desierto se junta con las montañas, galopaba un jinete solitario, único ser viviente visible en esa desolada comarca. Era un hombre magnífico, ancho de espaldas, alto y quemado por el sol. Su nombre era Don Reckless y era bien conocido como hombre tranquilo pero valiente, que si bien no buscaba el peligro, sabía hacerle frente cuando era necesario.

Al acercarse a una quebrada, nuestro jinete divisó en el bajo a un hombre acompañado por un chicuelo, que caminaban rápidamente haciendo grandes gestos y demostraciones de alegría.

—Habrán encontrado un filón de oro — pensó Reckless—. Deben ser recién llegados, pues de otra manera sabrían que nunca hay que demostrar la menor alegría. Si fuera otro y no yo el que los hubiera visto, pronto estaría sobre ellos para que le dijeran su secreto.

Pero de repente la sonrisa que se pintaba en el rostro del jinete se cambió en un gesto de terror. Allí, del otro lado de la montaña, se levantaba algo que parecía humo. Don sabía bien lo que eso significaba y también lo sabía el caballo, que se detuvo asustado. Cualquiera habría creído que se trataba de una fogata, pero él conocía bien el principio de un alud. Rápidamente bajaba la corriente buscando todos los declives de

la montaña y llevándose todo por delante. Cada vez más grande y poderoso, el alud corría con vertiginosa rapidez y el jinete miró con espanto a los dos desgraciados que caminaban tranquilamente por el bajo sin sospechar qué espantoso peligro los amenazaba.

Reckless espoleó su caballo que se resistía a obedecerle y bajó precipitadamente hasta donde estaban el hombre y el niño. Comprendiendo que era imposible pretender que el animal llevara a los tres a la vez, dijo al acercarse:

—Pronto, no hay tiempo que perder. Un alud baja la montaña. Llevaré primero al chico y después volveré a buscarlo.

Sin esperar la respuesta, subió al chicuelo a caballo y salió a todo lo que daba. El alud había encontrado ahora un cauce por el cual se precipitaba vertiginosamente. Cuando el jinete hubo llegado donde juzgó que quedaba en salvo el niño, dió media vuelta y se precipitó nuevamente hacia el bajo. El peligro era inminente, pues el alud ganaba continuamente camino al caballo, ya cansado por la carrera y por la doble carga que llevaba. Pero nada habría detenido al valiente Don cuando él creía que era su deber hacer una cosa.

Por fin llegaron donde estaba el niño que los esperaba ansiosamente, quien se precipitó en brazos de su padre. Cuando terminaron sus efusiones y el hombre se dió vuelta para agradecer al que les había salvado la vida poniendo en peli-

LECTURAS INFANTILES

gro la suya, el jinete había desaparecido.

Jack Rysdale estaba sentado solo en una rústica choza que se habían fabricado. Su alegría por el encuentro de un magnífico filón de oro y por la maravillosa escapada del alud había desaparecido y su corazón latía fuertemente, temiendo una desgracia. Su padre había salido temprano, diciendo que volvería a medio día, pero la noche se acercaba y aquél no regresaba.

Pronto sus temores se trocaron en realidad al ver aparecer a dos hombres de muy mal aspecto, que en vez de responder a sus ansiosas preguntas se pusieron a revisar todo lo que había en la choza.

—Ya puedes esperarlo sentado —fué la cruel respuesta—. Me parece que "por ahora" no va a volver.

—Oye niño — dijo uno de ellos—. Sabemos que tu padre ha encontrado un filón de oro. Si quieres volver a verlo, dinos dónde se encuentra la mina.

—No creo una palabra de lo que dicen — respondió valientemente el niño —, y no les diré nada. ¡Son unos ladrones y unos canallas!

Loco de rabia, uno de los bandidos dió un fuerte golpe al niño y se preparaba a asestarle otro, que probablemente lo hubiera desmayado, cuando una voz gritó:

—¡Arriba las manos y cuidado con moverse!

El hombre se dió vuelta y murmuró sorprendido mientras subía las manos:

—¡Reckless!

Pero el otro compañero, más rápido, echó la mano al bolsillo para sacar su revólver. No consiguió hacerlo, sin embargo, y profiriendo un grito de dolor se agarró la mano herida con la otra.

—Al que se mueva le colocaré una bala en un lugar más importante — dijo el recién llegado—. Y dirigiéndose al chico le preguntó qué era lo que le pasaba.

Cuando supo lo que había sucedido, Reckless, siempre generoso, no quiso vengarse y se

contentó con decirles que se retiraran inmediatamente, con la promesa de que nunca más volverían a mezclarse en esta clase de asuntos.

Reckless adivinó inmediatamente lo que pasaba. El padre del muchacho, con una inocencia sorprendente en esas alturas, había mostrado a la gente en la pulpería sus famosas pepitas de oro, y no faltaba algún bandido que lo hubiera capturado para tratar de arrancarle su secreto.

—Vamos a ver a Sam Gelding, el dueño de la pulpería; él debe saber con seguridad dónde está tu padre — dijo Don Reckless.

Era éste un hombre honrado, que conseguía a duras penas conservar una cierta neutralidad en medio de esos bandidos. Ante las preguntas insistentes de Reckless, acabó por decir que había oído algo sobre el asunto y que el Ojo de Vidrio debía saber dónde estaba Rysdale.

Reckless dejó escapar un silbido de desagrado. Ojo de Vidrio era la última persona con quien le hubiera gustado tratar. Era un bandido sin entrañas, capaz de cualquier cosa. En vano trató de conseguir más detalles, el pulpero estaba resuelto a no decir nada más.

—Malas noticias, amigo — dijo al reunirse con Jack, que lo esperaba con los caballos—. Pero no hay que perder las esperanzas. Vamos a tratar de salvarlo.

Mientras tanto, en la choza de Ojo de Vidrio, construida en un lugar completamente desierto y lejos de toda población, había un gran fuego encendido en la chimenea a pesar del calor reinante. Cerca suyo se encontraba sentado en el suelo un hombre que parecía viejo, tal era la desfiguración que presentaba su rostro doloroso.

—Habláras por fin — dijo bruscamente uno de los dos hombres que se encontraban allí dentro con él—. Si no lo haces, te quedan cinco minutos para partir al otro mundo.

—Poco sacarán con matarme — respondió el desgraciado—. Desde allí no podré decirles mi secreto.

—Ya lo dirás cuando te pongamos a cocinar a fuego lento

—agregó el primero, arrastrando a su víctima, que tenía las piernas y los brazos atados, aun más cerca del fuego.

En ese momento se oyó un ruido en la ventana. Ojo de Vidrio llevó la mano en busca de su revólver, pero ya el recién venido había dado el grito de "¡arriba las manos!" y no tenía más remedio que obedecer. Entonces se abrió la puerta, y mientras el hombre aguardaba apuntando siempre desde la ventana, entró un niño.

—Quítales las armas a estos bandidos — dijo su acompañante, que ya habréis adivinado no era otro que Reckless.

El niño desarmó a los dos hombres y retiró igualmente una escopeta que había colgado en la pared.

—Sácala afuera y ponla junto con las balas — ordenó Don, pensando que más valía tener una buena cantidad de armas, por lo que podía suceder—. Ahora cierra bien las puertas con llave y lleva a tu desgraciado padre que no puede caminar.

Ayudado por su hijo, el pobre hombre consiguió, sufriendo horrores, llegar hasta el caballo que esperaba afuera y subir sobre él.

—Ahora, rápido, en dirección al pueblo — ordenó Reckless—. No hay tiempo que perder y no podemos pretender ir los tres en el mismo animal.

Jack quiso protestar, pero una mirada de su protector le impuso silencio.

—¿Qué quieres hacer con tu padre en ese estado? ¿No ves que tiene los pies quemados por

estos criminales? Vete, te digo. Yo trataré de resistir hasta que venga alguien. Dile a Sam Gelding que estoy aquí y que me mande socorro. Vamos, pronto, no hay nada más que hacer.

No tardó el caballo en alejarse llevando al padre y al hijo, y el valiente Don quedó cuidando los dos bandidos. Poco después oyó el galope de unos caballos que se acercaban, y como sabía que no era posible que vinieran ya en su ayuda, se preparó a buscar un refugio donde poder defenderse contra estos nuevos enemigos. Agil como un gato, cerró rápidamente la ventana, poniendo los postigos por fuera y corrió a colocarse entre las rocas.

No tardó en aparecer una cabeza humana que le buscaba con ojos de odio. Sonó un tiro y la cabeza desapareció con un grito de dolor que indicaba que había dado en el blanco. El lugar era bueno, pues se encontraba a la sombra y oculto entre unas rocas grandes que obligaban a sus atacantes a presentarse uno por uno. Pero éstos no quisieron que se repitiera lo ocurrido con el primer herido y se limitaron a atacar desde lejos tirando tiros hacia donde suponían se encontraba Reckless sin tratar de verlo. Afortunadamente, éstos no podían dar así en el blanco, pero Don supuso que no tardarían en dividirse, atacándolo por arriba y en ese caso no podría defenderse. Además, el sol que ya se estaba poniendo, acercaba cada vez más sus rayos hacia donde él se encontraba y pronto quedaría en plena luz.

Mientras tanto, Jack y su padre habían llegado al pueblo, y dejando a este último al cuidado de unas mujeres, fué en busca de Sam Gelding, como se lo habían ordenado. Este tomó inmediatamente un fusil y muchas balas, y preparando dos caballos, salieron para tratar de conseguir adeptos que quisieran ir en defensa de Reckless. Esto no les dió mayor trabajo, pues la gente se había agrupado alrededor del infortunado Rysdale y protestaban llenos de indignación contra el bárbaro crimen. Pronto se juntaron unos veinte hombres dispuestos a librar batalla contra los foragidos. Rysdale no permitió que el médico que había acudido lo tocara, sino que fuera con los otros para ver si sus servicios eran necesarios a su salvador. Este fué no de muy buena gana.

Al ver los bandidos que una verdadera fuerza se acercaba en contra de ellos, resolvieron no combatir y escaparon; pero los hombres no entendían dejarlos sin castigo, y para probar lo que fué el encuentro, basta decir que cuando regresaron, ya entrada la noche, no trajeron ningún prisionero.

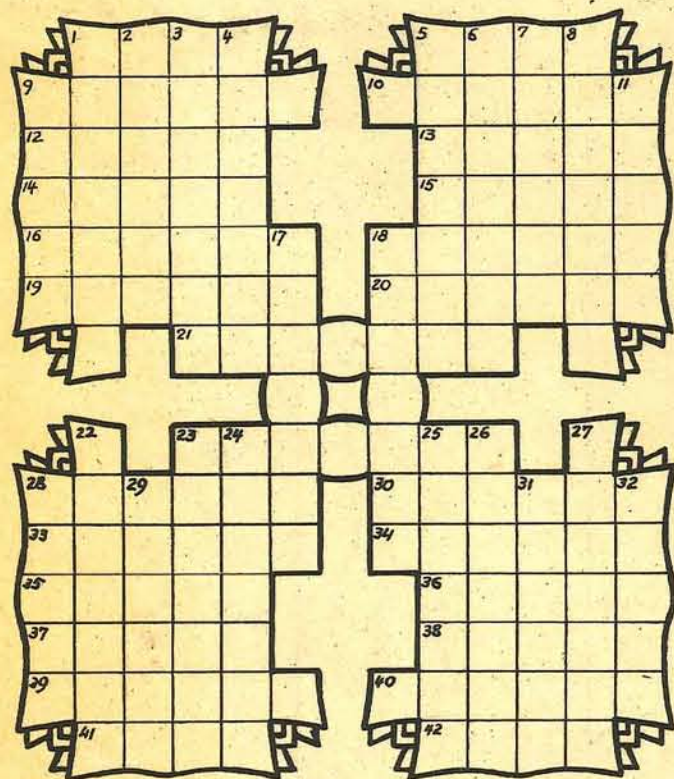
Sam, Jack y el médico fueron los únicos que quedaron buscando a Reckless, hasta que lo encontraron tendido en el suelo sin conocimiento. Tenía una herida en el hombro izquierdo, otra en una pierna y una bala le había arrancado casi toda la oreja.

—Hemos llegado justo a tiempo — dijo el médico examinándolo—. Vive aún. Por la mañana siguiente se resolvió crear un Comité de Seguridad, para proteger la vida y los derechos de los buscadores de oro, nombrando jefe a Sam Gelding. Esto fué el final de esa era de aventuras criminales.

Lentamente Reckless recuperó la salud lo mismo que el infortunado Rysdale, quien se encontró de repente dueño de una gran fortuna. Había encontrado realmente una mina de oro de incalculable valor.

A pesar de las protestas de Reckless, se formó una compañía en la que tenían iguales derechos Rysdale, Jack y Reckless.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- Encadenamiento de los sucesos considerado como necesario y fatal.
- Prueba, gusta alguna cosa para examinar su sabor o sazón.
- Pretexto fingido o aparente que se toma para disfrazar la verdadera intención con que se hace una cosa.
- Llegaba al sitio o lugar que pretendía.
- Pasa en silencio, deja de hacer una cosa.
- Natural del territorio comprendido entre el Escalda y el Lys.
- Chupar suavemente el jugo de una cosa.
- Una de las islas Jonias, donde, según los poemas homéricos, reinaba Ulises cuando salió para el sitio de Troya.

Verticales

- Razonamiento o plática que se hace para explicar al pueblo las materias de religión.
- Jugo resinoso y muy amargo que se emplea en medicina.
- Fecharnos.
- Déjese ejecutar sobre el cuerpo, por medio de instrumentos apropiados, un trabajo importante para curar su enfermedad.
- Espacio hueco dentro de un cuerpo cualquiera.
- Maldición, imprecación.
- Cama de los desposados y lecho conyugal.
- Acércalo, aproxímallo.
- Conjunto o sistema de signos con que se escribe la música.
- Fruta.
- Cuéntelo.
- Pérdida o debilidad notable de la memoria, a consecuencia de desorden cerebral o decrepitud.
- Flor roja, que en medicina se emplea como sudorífico y algo calmante.
- Previene un riesgo, daño o peligro, para guardarse de él y evitarlo.
- Ladrones que hurtan con maña y cautela cosas de poco valor.
- Hará o dirá con estudio e immoderadamente, lo que cree que puede agradar a otro.
- Traspasabas graciosamente a otro, alguna cosa o el derecho que sobre ella tienes.
- Saltar repetidamente un cuerpo elástico.
- Rindá homenaje de sumisión y respeto.
- Manifiestes tu parecer de viva voz.
- Flotaba en un líquido cualquiera.
- Lugar con vegetación, y a veces con manantiales, que se encuentra aislado en los desiertos arenales de Asia y África.
- Parte pequeñísima, punto muy reducido, nada.
- Costados.
- Sacerdote romano destinado al culto de especial y determinada deidad.
- Movimiento o actitud del cuerpo o de alguna parte suya, con que se manifiesta un afecto del ánimo.
- Garbosa o gallarda.
- Cierto modo de poner uno la mano debajo de la barba de otro, como para acariciarle o burlarse de él.
- Aplicase a la fruta tardía.
- Estrujad, imprimid, estampad.
- Desprovisto de todo sentido moral.
- Que tiene buena disposición o suficiencia para una cosa.
- Apodo de Hugo, primer rey francés de la tercera raza, y que se extendió luego a todos los reyes de la misma.
- Unía, confederaba con algún fin.
- Parte pequeñísima, punto muy reducido, nada.
- Costados.

Enlozado
TRES CORONAS
EL QUE MAS DURA HERMOSO
RESISTENTE PERFECTO

LA ETICA DEL AJEDREZ

(Continuación de la pág. 28)

sin el mecanismo de los demás poderes subalternos?

Algo enseña, pues, la figura del rey en el ajedrez. No quiero por esto sostener que en el ajedrez se aprenda a ser buen presidente o buen padre de familia, ni que el ser buen ajedrecista autorice a confiarse demasiado en la adhesión y el valor de los súbditos o allegados. No; yo no sé si Yrigoyen, Mussolini o Alfonso XIII juegan o no al ajedrez. Tampoco puedo creer que Napoleón haya vencido en Austerlitz por haber sido un hábil ajedrecista, porque entonces también tendría que creer que cayó en Waterloo por haberse confiado demasiado en las damas, piezas que, según se dice, no faltaban en el tablero del gran corso. Pero que tales hechos o tales personajes no autoricen a afirmaciones concretas no obsta para que el ejercicio recreativo del noble juego salten a la vista sabias lecciones de autoridad y dependencia, útiles para todo el que aspira a ejercer de hecho una supremacía jerárquica en el gobierno político o social.

Pasando a la figura que en el tablero constituye el pelotón más numeroso: los peones. Son el pueblo, la sociedad, la fuerza colectiva. Son la vanguardia; los más humildes y los más admirables, porque su acción es heroica y abnegada. Como el hombre en el plano de la acción social, confirman el aforismo de que "la unión hace la fuerza". Hacen vivir en el tablero la eficacia de la acción conjunta y disciplinaria de la masa anónima. Es la fuerza consciente del conjunto sin la vanidad individualista de la jerarquía.

Un principio de justicia social se ha adelantado en las sanciones del tablero al criterio político de los hombres. Y es que en el ajedrez esa figura humilde del peón, que entraña la virtud de la lealtad y del esfuerzo anónimos, es la única que puede llegar a la culminación de su coronamiento, conquistando así la jerarquía suprema en el orden subalterno.

En los peones se practica claramente y sin vanos espejismos, la eficacia del sentimiento de la solidaridad social.

Los caballos representan la fuerza ágil y desconcertante que salva los obstáculos y domina todos los horizontes. Su propia fuerza impulsiva limita el radio de su eficacia y determina los recursos de su audacia combativa. En la vida existen estas fuerzas impetuosas que sorprenden por su capacidad irradiente e imprevista, pero que llevan en la propia impulsión centrífuga el defecto de su incapacidad en el curso de su trayectoria. Son los valores arriesgados, no tan temibles con ser fuertes como encantan por la agilidad de su apresto, por su movilidad gallarda y por la

belleza mecánica de su trayectoria, que algo tiene de la gracia de la parábola en el glorioso mecanismo de la naturaleza.

Menos audaz, menos sorprendente, pero no menos peligrosa y activa es la acción del alfil. Fuerza oblicua e indirecta, tiene la alevosía del disimulo y la violencia de la flecha. Amenaza y acciona de soslayo, y su eficacia astuta y avizorante justifica, quizá, en cierto modo, que el alfil haya sido representado en el gráfico ajedrecístico por una mitra. Sin que esto implique una ironía, puede entenderse como una alusión a los métodos suaves pero sagaces y contundentes de la diplomacia mística en los lances del concierto social.

La torre es fuerza pesada y maciza que necesita el campo llano para actuar, y cuya dificultad de movimiento está compensada por la eficacia de su acción rotunda. Abundan así también los hombres de pesada, lenta impulsión mental. Son almas generosas y rectas, difíciles de abatir, que si carecen del don de la movilidad astuta y de la audacia de otros seres de inferior calidad, poseen, en cambio, la virtud de la firmeza, que es el último reducto de las asperezas del vivir cotidiano.

Se habrá notado la equivalencia representativa del gráfico ajedrecístico con algunos factores del social mecanismo donde los lances y partidas ofrecen también complicaciones que ponen a prueba la capacidad del ingenio y la templanza de los corazones.

No están, sin embargo, clasificadas todavía todas las fuerzas en juego dentro del concierto social. El tablero es un concierto armónico de afares complicados, y en él no podría faltar la entidad más calificada entre los factores de más ponderada influencia social: la mujer.

La mujer es la dama que en el tablero goza de jerarquía asimilada al rey, pero que si goza de su privilegio dinástico, renuncia a él para rendir a su dueño el homenaje de su prodigiosa dinámica en que acumula la suma de atributos. Bien está dentro de la naturaleza de su sexo esta figura de ajedrez que culmina por la acumulación de facultades.

No hay suma de poder más capaz de mover un mundo que la que resulta de la acumulación de la gracia femenina y la predisposición abnegada y heroica de la mujer que tiene la conciencia de su misión social y el fuego de su lealtad apasionada. El esfuerzo, la astucia, la abnegación de que es capaz la mujer constituyen el misterio dinámico en que envuelve la inspiración de todo empeño, la gloria de toda conquista, la virtud de todo sacrificio. Reina de la vida en el consejo de los afares íntimos, lo que no vence o allana el poder mágico de una mujer difícilmente alcanzará la gracia de los dioses propicios. Como en el tablero, en el hogar y en la vida, todo lo compendia, todo lo llena esta heroína de

poder absorbente y dominador, que en toda cruzada de afares hallamos siempre asociada al cuadro pintoresco de nuestros más caros sentimientos y sugerencias.

La vida es un plano en que todos los seres juegan su juego favorito. Todo en ella es lucha, lucha bastarda de egoísmos por una parte, y por la otra, la lucha enaltecedora de los afares y de la inteligencia por superar y por perfeccionar. El ajedrez es un espejo en que se refleja la más pura y enaltecedora de esas luchas, porque es un encuentro franco, noble, despejado, cara a cara, con hidalguía desembozada, en que sólo place

el triunfo inteligente que abate sin alevosía, noble, desinteresadamente, sin deprimir al rival. La lucha así es emuladora, dignificadora, digna de la vida que la cuenta entre las facultades del hombre afanoso de superación. Es de buen sentido propiciar esa lucha y cuanto ha creado el hombre para cultivarla con sugerencias de belleza, porque ello tiende a una depuración de sentimientos y a una elevación de afares que bien están cuando no todo es cultura ni todo es amor entre los hombres.

No se malogra ni mucho menos se pierde el tiempo en esas recreaciones espirituales por

modestas que sean, que fecundan energías nobles e inspiran normas leales e inteligentes.

Se ama la vida no tanto gozando sus fruiciones vanas, como removiendo los resortes de la inteligencia y de la experiencia para las conquistas superiores y gloriosas. Todo recurso, todo procedimiento es bueno para ello; y es quizá en la belleza de las pequeñas cosas, de las aficiones modestas, de las recreaciones amables y sencillas donde el espíritu construye ese libre y firme engranaje de sentimientos honrados que va imprimiendo poco a poco en los corazones la luz gloriosa del progreso moral.



Y siguen... y siguen...

esos golpes penetrantes en el cerebro, producidos por el

DOLOR DE CABEZA

y seguirán hasta la desesperación, si no se recurre a los

CACHETS FUCUS

que hacen desaparecer cualquier DOLOR DE CABEZA, OÍDOS Y MUELAS sin inconvenientes para el corazón, estómago o riñones, pues su fórmula compensada durante sus veinte años así lo ha comprobado en millares y millares de personas.

Recetados en GRIPPE, NEURALGIAS y RESFRIOS

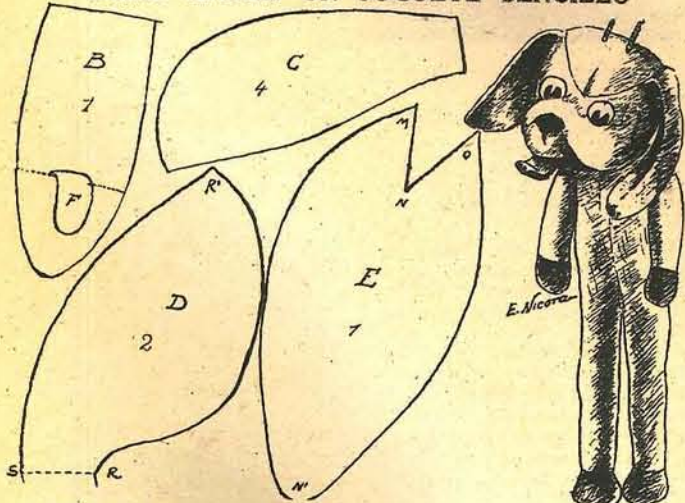
Tenga CACHETS FUCUS en su casa

Caja de 1 sello \$ 0 20
" " 10 " " 1.50



En las
Farmacias

COMO HACER UN JUGUETE SENCILLO



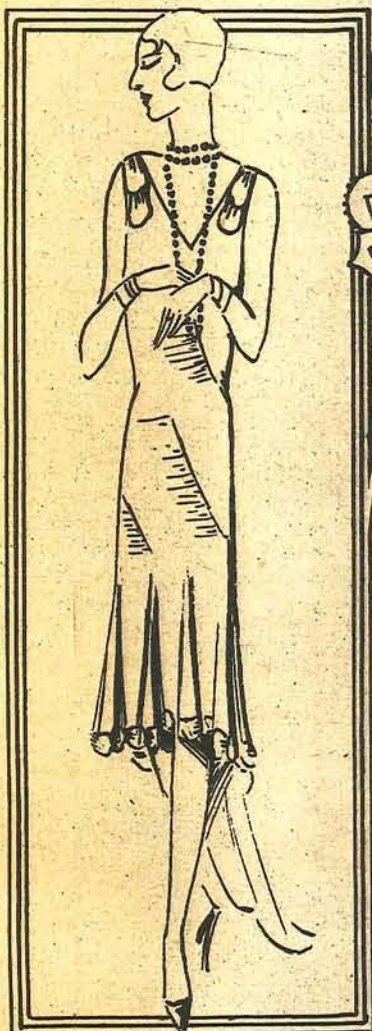
PERRITO MASCOTA

Elementos: terciopelo marrón para la cabeza, manos y pies; terciopelo del color que os agrade para el resto del cuerpo. Los números indican la cantidad de parte iguales que hay que cortar de cada molde. Se cose MN con NO (molde E) y luego, colocando el vértice MO que resulta, en R, se va uniendo MN' con RR' y lo mismo se hace con la otra mitad de ambos moldes. (Previamente se habrán unido los dos D, por la línea de puntos). Se toma luego el molde B, en el que ya se habrá cosido una lengüita de paño rojo (F), y, colocando el vértice del mismo en S (molde D), se cose como en el caso anterior. Se colocan las orejas y los ojos como indica el modelo terminado, y se une la cabeza al cuerpo, de muy fácil confección. Por medio de un cordón se puede colgar este juguete ya sea en el auto, ya en la mesa toilette

LA LINEA TIENE UNA IMPORTANCIA PRIMORDIAL EN LA MODA

Por MADAME CHARLOTTE DE PREMÉT

A L entrar a sugerir algunas ideas para vestir bien creo necesario destacar en especial la importancia de la línea. Durante el tiempo en que ésta fué recta e igual, se creyó poder prescindir de ella, pero concentrando el interés sobre el color, la tela o el adorno. Con la nueva concepción



Modelo de Premet, en alpaca negra adornada con georgette plissée

Modelo de Premet, en crêpe de Chine color fuego

del traje que ha surgido en este año y el pasado ha cambiado por completo la idea de la línea. Pero, a pesar de la belleza de la línea actual, no debe usarse sin adaptarla a las necesidades individuales. Tomemos, por ejemplo, la línea del talle. Si se trata hábilmente, nada es más encantadora que la línea normal; subraya la forma natural y sugiere las líneas curvas y finas, que según el cuerpo de cada cual, pueden ser encantadoras o ridículas. Algunas pueden usar los cuerpos largos y angostos, pero no todas. Es sorprendente la diferencia que resulta del cambio de sitio de algunos pliegues o del alargamiento o acortamiento de una línea; en una palabra, adaptar la moda al individuo.

La moda actual ha traído consigo posibilidades de exageraciones, que muchas siguen y, sin embargo, nada está más lejos del estilo del día que la exageración. Se caracteriza a veces por el atrevimiento por una concepción magnífica de la línea, pero al mismo tiempo por la sobriedad y el arte que le quita todo vestigio de exageración. Esta existe solamente cuando no se comprende a la moda.

La exageración es una condición innata. Si se usan las faldas largas se tiende a alargarlas por demás; si el traje es ajustado, se ajusta hasta el absurdo, olvidando que toda exageración desvirtúa el efecto y destruye la concepción artística.

Otra de las tendencias a evitar es el recargo de adornos. Como acabo de decir, la línea es el principio de la moda actual y todo adorno deberá subrayarla y completarla, no usándolo únicamente como decoración. Esto podía existir con una línea recta y sin interés; hoy no tiene razón de ser si no expresa la armonía del conjunto.

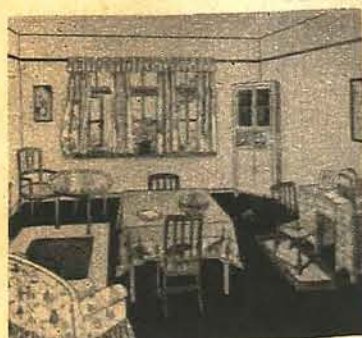
El creador comprende la in-

tima relación entre el concepto general de la línea y el adorno, haciendo depender éste de la primera. Por eso no puede agregarse o cambiar el adorno de un modelo sin destruir la idea que lo inspiró. El adorno es un medio excelente, pero siempre que conserve su lugar y no se use por su propia virtud.



Modelo de Premet, en charme-laine marrón

Modelo de noche de Premet, en "mousseline de soie imprimée"



"Nursery" decorado por Waring y Gillow, en colores pálidos con toques más vivos en el diseño. Muebles al laqué; mesa con alfabeto



Un "nursery" muy cómodo y bonito, con atractivos para diversas edades



Detalles de la decoración del "nursery" por Waring y Gillow. Mesa con alfabeto en color. Sillón al laqué

EL "nursery", o la habitación de los niños, es una de las estancias más atractivas de la casa, y también una de las más difíciles de amueblar y decorar bien.

En los países anglosajones se le considera indispensable; allí se estima que entra en la educación de sus niños el que éstos tengan un lugar completamente suyo, donde puedan jugar, estudiar, hacer sus pequeños trabajos. En una palabra, allí inician su vida, con juegos y ocupaciones sabiamente distribuidas.

El "nursery" ha entrado ya en algunos ambientes nuestros y será muy conveniente que se generalice. Proporciona a los niños elementos que favorecen su salud física y su salud moral, a más de rodearlos de un ambiente de alegría.

Ocupémonos ahora del trazado de un "nursery".

El sol, con todas sus derivaciones, ha sido uno de los temas más trillados en nuestros días, y sin duda alguna al hablar del "nursery" es el primer auxiliar físico que debemos llamar. La exposición al Norte o Noroeste es la mejor, puesto que se trata de casas de invierno; el Este, con el sol de mañana, conviene solamente cuando la tarde se pasa al aire libre y hay maneras de combatir el frío.

Como los niños, por instinto, rechazan la obscuridad, una de las buenas condiciones de la arquitectura moderna, admitida aún por los más reacios a sus

inspiraciones, es la importancia que se da a la luz, tanto que generalmente colocan la recepción donde ésta sea menor, dejando para las habitaciones en que más se vive la exposición mejor, al sol y al aire.

El color es otra de las preocupaciones primordiales en la decoración del "nursery". Será, ante todo, alegre, pero no chillón; completando un conjunto armónico, puede tener, además, toques muy vivos, pero siempre que estén artísticamente combinados.

Una de las grandes casas inglesas de decoración colocó, hace poco, en una habitación muy espaciosa que miraba al Norte, un papel resistente al lavado, en un tono amarillo primula. La pared puede ser pintada en vez de empapelada, siempre que se emplee una pintura lavable. En Europa se usa casi siempre "linoleum" de corcho para el piso, con diseños de alfombra, pues es suave y de abrigo. La

LA HABITACION DE LOS NIÑOS
POR
LILLY ALBION

pintura de puertas y ventanas era en azul pastel de un color mediano, más bien obscuro, y el cielo raso amarillo pálido.

Este fondo no cansa, y sobre él pueden combinarse artísticas decoraciones con cretonas aparentes y pequeñas alfombras lavables, con diseños apropiados.

He llegado a la conclusión de que nada es más a propósito para sus muebles que el laqué bueno. Si el "nursery" se usa sólo de día, necesitará un buen sofá, que en caso necesario podrá convertirse en cama; su mesa para comer y tomar té, un escritorio moderno, una alacena rinconera, donde se guarde la mantelería en colores y la loza de los niños, etc., estantes

para libros y juguetes, costurero y todo lo que se quiera agregar, siempre que sea en provecho de los niños y de la estética.

Cuando la habitación deba usarse también para dormir, se combinarán camas o cunas con ruedas, que pueden retirarse fácilmente, dejando espacio libre para jugar. Este decorador de quien me ocupo, tuvo la feliz idea de redondear sus muebles, quitando las aristas que pudieran ser peligrosas.

En cuanto a la parte moral, ella depende de la inteligencia de los allegados a los niños, quienes conociendo el medio en que deberán actuar más tarde, sepan poner a su alcance buenos grabados o simples ilustraciones bien elegidas y fáciles de cambiar; música buena, ya que tenemos radio y victrolas; libros entretenidos que toquen y despierten su imaginación, eduquen sus sentimientos por medio de imágenes y situaciones

nes y aviven su inteligencia. Es un error darles muchos libros; el niño lee y piensa; su imaginación fértil, si se le da tiempo, hace palpable el medio en que la acción se desarrolla y agrega incidencias en su mente. Por eso conviene las buenas revistas con cuentos muy interesantes, que continúan de una en otra entrega, pues es un ejercicio de paciencia y una gimnasia para la imaginación, que crea continuaciones y conclusiones. Y mejor aun si la lectura es entre varios, pues se les educa en la manera de discutir y conviene por el estímulo que resulta para quien haya previsto mejor los acontecimientos.

El tema es inagotable, y felices los niños que puedan empezar su vida en la alegría y en la bondad.



(EL PUESTO DE HONOR EN LAS MEJORES MESAS)



La Malta Palermo lo merece sin duda, no sólo por su sabor, que es delicioso, sinó también por sus altas virtudes digestivo-asimilativas y tónicas naturales que hacen de ella la bebida ideal para la mesa.

Extracto de valiosos elementos naturales, nunca puede dañar al organismo, por más delicado que éste sea, de modo que tanto los niños como los ancianos, sanos y delicados, se benefician altamente con su consumo.

Su influencia sobre el bienestar general, hace que Malta Palermo haya sido adoptada en tantos hogares, y ocupe, como decimos arriba, "el puesto de honor en las mejores mesas".

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

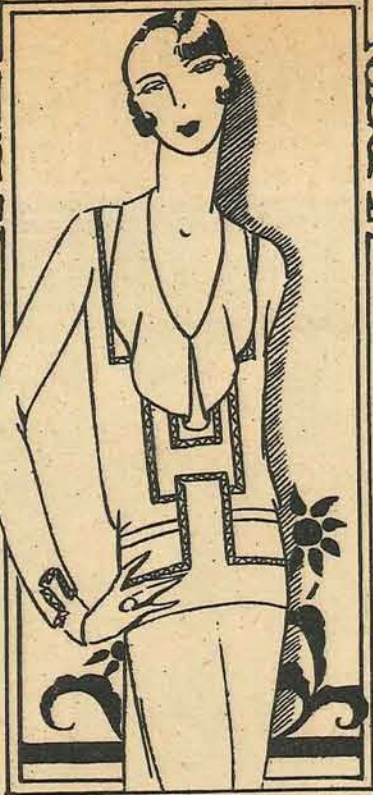
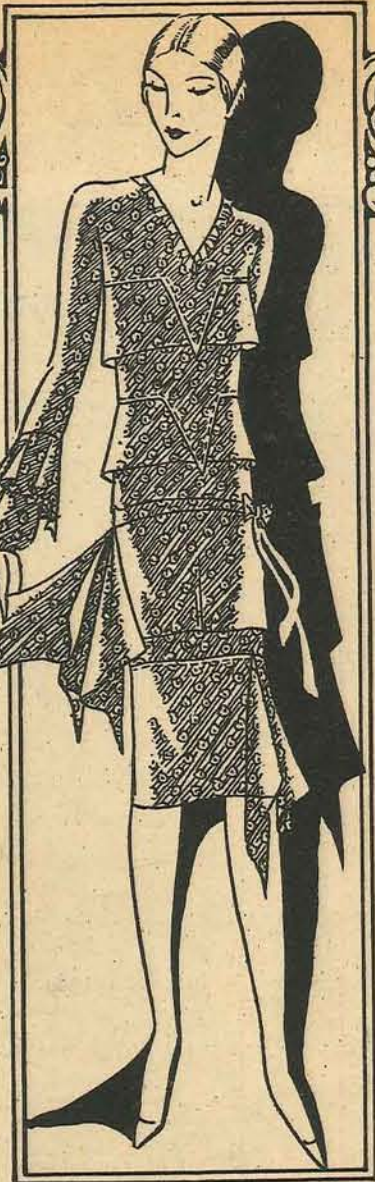
CERVECERIA PALERMO S.A.

Buenos Aires

Malta
PALERMO.



Vestido de noche de Worth, en chiffon rojo oscuro; saquito bordado en cuentas



Blusa en crêpe georgette blanca, de Patou, con entredós, para Corinne Griffith



Modelo de Iteb para tarde, en crêpe de Chine imprimé blanco sobre marrón

Modelo de Patou, para C. Griffith, en marocain negro, cuello, puños y jabot blancos



Modelo de Patou estilo sastre, en georgette de lana; blusa en batista blanca

EL final de la estación trae consigo una inquietante curiosidad respecto a la moda próxima, y nada puede satisfacerla mejor que las opiniones expresadas por sus mismos creadores cuando hablan de algunas de sus tendencias. No debe creerse, por cierto, que estas palabras revelen integralmente los secretos con que piensan sorprendernos, pero, aun así, de ellas puede trascender algo de lo que nos preparan. M. Jean Patou nos dice que, por ahora, considera suficiente novedad el largo de las faldas hasta el tobillo. Trataré —dice— de conservar la impresión de longitud por medio de recursos especiales. Combinaré, v. g., el largo con la delgadez

de la silueta. Este es un problema que me preocupa y espero poder resolverlo con todo éxito. He hecho colocar en mis salones de prueba numerosos avisos impresos, en los cuales se dice a clientes y probadores que cuando se desee acortar la falda ello no se haga sin pasar antes a uno de los grandes salones, pues el efecto cambia según el tamaño del lugar. He explicado a mis "vendeuses", para que ellas lo expliquen a su vez, que la moda actual no admite ya las faldas cortas y que en Francia, por lo menos, harán mal efecto. Mi nueva colección de invierno tendrá dos estilos diferentes: primero, las modas actuales, con ligeras modificaciones, y segundo, la adaptación de líneas completamente nue-

PATOU Y VIONNET OPINAN SOBRE LA MODA PROXIMA

POR

EVA
A.

TINGEY

vas, que recuerden la época del Directorio, con tendencias hacia la Grecia clásica.

"En cuanto a los modelos de sport, se han usado mucho en seda durante el verano, por ser esta más fresca que la lana y, por lo tanto, más aparente.

"Una de las novedades que preparo para la próxima estación será la reaparición de trajes estilo sastre, que no deberán confundirse con los trajes de sport, pues considero que es la manera más elegante de vestir durante el día. Además, mi colección tendrá, como siempre, muchos modelos en lana, para sport.

"Emplearé mucho el terciopelo y la lana "imprimé".

Si es cierto, como he oído decir, que ha pasado el furor del baile, puede considerarse seguro que se impondrán los vestidos largos para la noche".

Dejando a M. Jean Patou, nos dirigimos a Madame Vionnet: "¿Algo sobre la moda nueva? — nos preguntó—. Con los principios fundamentales que sustento no puedo crear modelos completamente diferentes a los de la estación anterior. Soy contraria a los cambios radicales, aunque modifiqué mi silueta todas las estaciones.

"El factor más importante en mis creaciones es la línea; las caídas naturales de la tela, que resultan del corte ingenioso, sin adornos importantes.

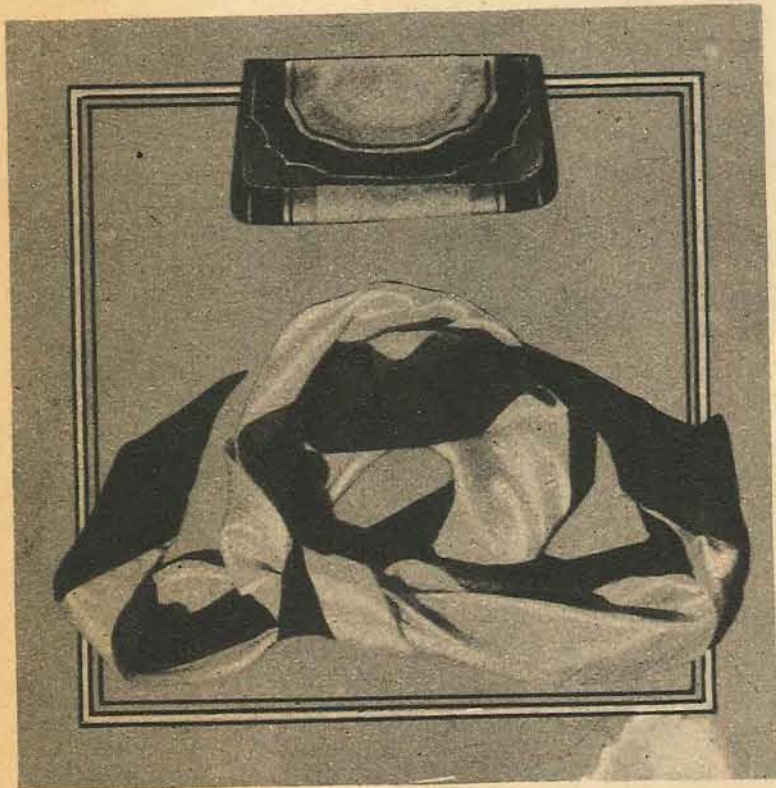
"Al pensar en mi nueva colección, mi primera preocupación serán las "tres direcciones" de las telas que usaré: al hilo al "bies" y al largo de la tela, pues la dirección en que

la corte determinará la caída del traje. Las diferentes partes, cortadas en las varias direcciones de la misma tela, formarán, al reunirlos en un modelo, la base de casi todas mis creaciones. Una vez que la línea está bien establecida, los agregados innecesarios pueden echarla a perder".

—¿Las faldas serán largas?
—En algunas partes tocan el suelo, pero no llegan a cubrir los pies, pues esa época pasó definitivamente; en cuanto a las

faldas angostas, éstas sólo lo son en apariencia. Otro de los problemas del día es la línea del talle, que sube, sin duda alguna; los modelos ajustados desde los hombros hasta debajo de las caderas quedan muy elegantes con un cinturón algo alto, porque produce un efecto de altura extraordinaria, siempre que se trate de una buena figura.

Próximamente consignaremos algunas otras opiniones que, seguramente, serán de interés.



LOS ECHARPES

LOS echarpes no han perdido nada de su popularidad. Sólo presentan una diferencia, y es que se relacionan directamente con el traje y completan, o hacen juego, con la cartera o el sombrero. Ilustramos un modelo de Re-

boux, que consiste en un echarpe largo y angosto, en pedazos en forma, en "crêpe de Chine", en gris y rojo, con alforzas en la parte posterior del cuello.

La cartera-sobre es en sutché fino "degradé" con borde de trencilla roja.

Proteja su cutis de este modo



LA Crema "Protecta," de Elizabeth Arden, constituye la mejor protección del cutis contra los rigores del aire y del sol. La capa aterciopelada que esta crema extiende sobre la piel se adhiere de tal modo, que sólo puede quitarse con otra crema. Por eso es indispensable su uso

en los deportes la aire libre y en la natación. Para las noches de baile es ideal ¡Dura toda la noche!

En dos colores: crema y blanca. Esta última dá a la piel una blancura de leche, realmente fascinadora.

Las Preparaciones de Tocador "Venetian" de Elizabeth Arden, las vende en la Capital:

Harrods
FLORIDA, 877

Y en provincias:

GATH & CHAVES, Ltda.

ELIZABETH ARDEN

NUEVA YORK - LONDRES - MADRID - ROMA - PARIS - BERLIN

AGUAFUERTES Y LITOGRAFÍAS



En la decoración moderna se prefiere siempre una pieza buena, aunque sea única; por eso están de moda los grabados, pues son más accesibles que las buenas telas.

Con un poco de paciencia para buscar y algunos conocimientos, pueden conseguirse ejemplares de verdadero mérito, sin ser muy costosos.

En estos últimos quince o veinte años hay firmas que han triplicado su valor; puede suceder con las adquisiciones nuevas la misma cosa.

Para grabar las aguas fuertes, el grabador emplea una plancha en cinc o cobre, cuya superficie se cubre con una preparación de ceras y colas resistentes al ácido. Sobre esta plan-

Iglesia en una aldea española; litografía de Howard Leigh

cha así preparada, dibuja su diseño, con una aguja especial de acero con punta muy fina, que se coloca en un mango. La aguja talla la cera, dejando el metal al descubierto.

Cuando se ha trabajado toda la plancha en esa forma, ésta se sumerge en un baño de ácido. Este ácido corroe el metal que está al descubierto, y cuanto más largo sea el baño, los rasgos serán más hondos y más anchos. Al sacar la plancha, se quita la cubierta y se pone tinta en las rayas del dibujo. Esta parte es muy delicada, debiendo hacerse cuidadosamente, poniendo suficiente tinta para que cubra las incisiones de las líneas, pero no demasiado. Luego se cubre todo con una hoja de papel húmeda y se pone en la prensa, que graba con su presión la tinta que está en las rayas, quedando así terminado.

El método más antiguo de grabado fué en madera tallada, y este método nos ha dado ma-

ravillas, hechas por los chinos, y otras muy diferentes, pero no menos encantadoras, firmadas por Piranesi.

Al final del siglo diez y ocho surgió un nuevo método, que puede decirse fué autográfico. La litografía fué descubierta, puede decirse, por casualidad, por el estudiante de música

nes de la piedra caliza, las grasas y los ácidos.

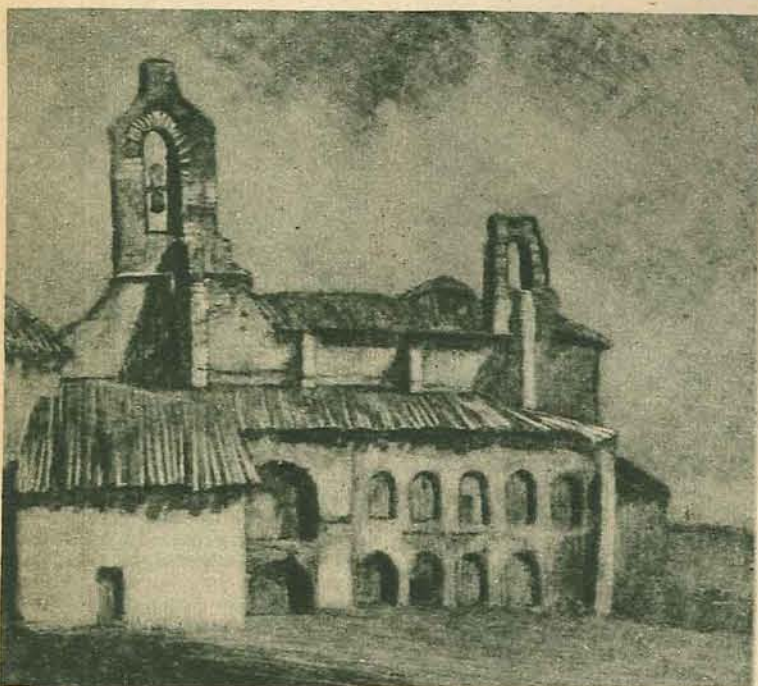
Senefelder descubrió que la piedra litográfica tiene afinidad con las grasas; si éstas se colocan sobre la superficie de la piedra en forma conveniente, retiene y transfiere la tinta, pero rechaza el agua; debe cubrirse con una solución diluida de goma arábiga, de manera que las partes sin grasas tendrán una película delgada, pero insoluble, que impida que absorban grasa durante el proceso de litografiar.

Claro está que la litografía es un arte inferior al agua fuerte, pues ésta entra en la categoría de artes superiores.

Los grabados serán las decoraciones más frecuentes en el estilo moderno.

La sobriedad de sus paredes lisas admite y hasta necesita esta nota artística y elegante. El japonés pregonaba como principio decorativo: "un cuadro para una pared". Sin llegar a esos extremos, el gusto moderno no recarga sus paredes. El grabado artístico, con su "paspartout" liso y marco angosto, completa armónicamente el conjunto.

Entrada a la tumba de Aboo Simble Nubla, antigua litografía de David Roberts. R. A.

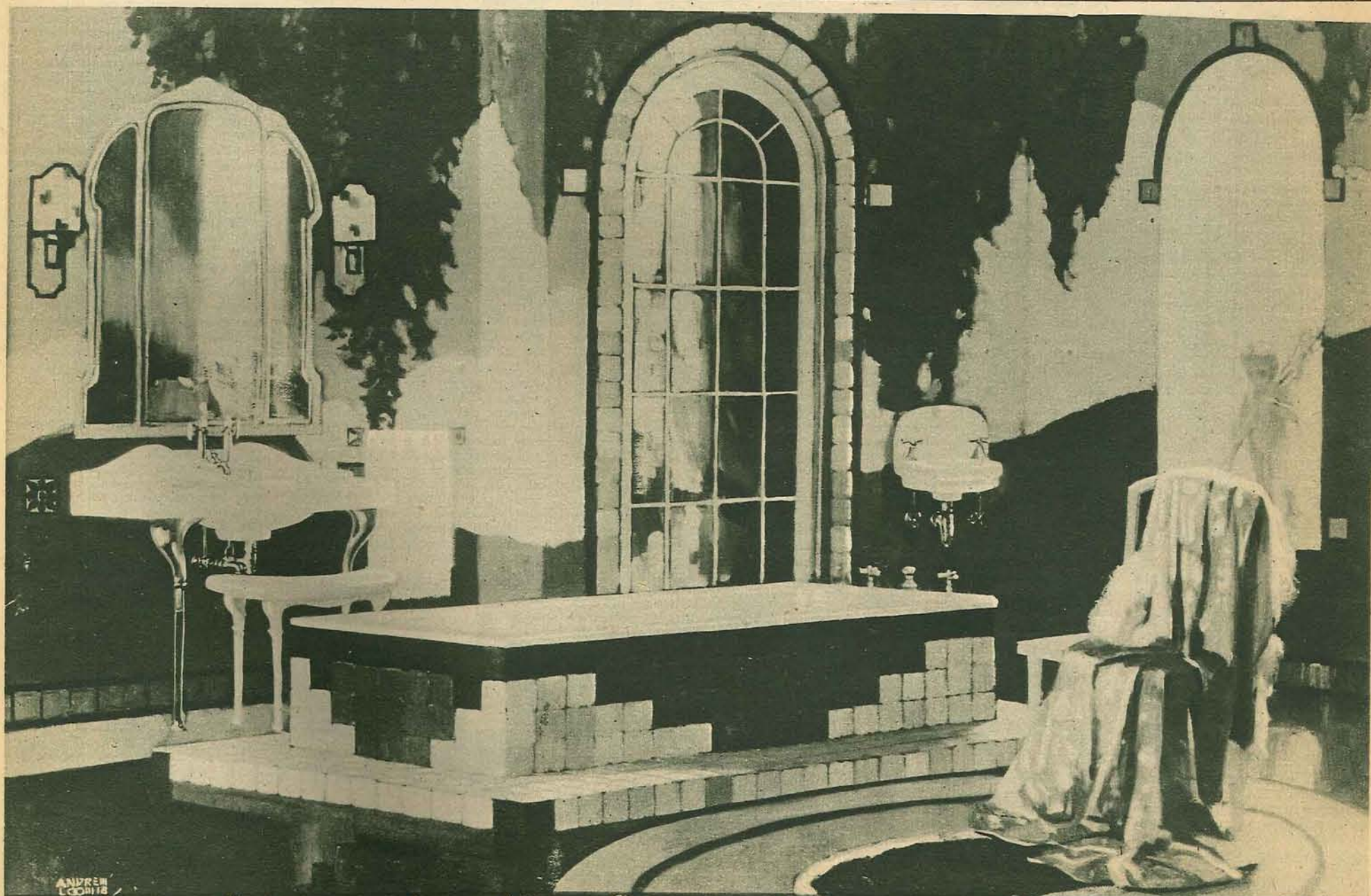


Aguafuerte de Rowland Langmaid

Alois Senefelder, de Praga, en Bohemia; éste descubrió que una mancha de grasa sobre la superficie pulida de cierta clase de piedra calcárea, retenía y transfería la tinta al papel, quedando lo demás de la piedra limpio.

Este descubrimiento tan sencillo precisó largos años para llegar a él, durante los cuales florecieron las artes en Egipto, en Grecia y en Italia, y luego pasaron, dejándonos sus obras. Veinte mil años antes de esa época, los hombres de las cavernas de los Pirineos habían dibujado sus cuadros de bisontes sobre las paredes calcáreas de sus cuevas.

La litografía se basa sobre ciertas propiedades y reaccio-



"Standard"
Artefactos Sanitarios

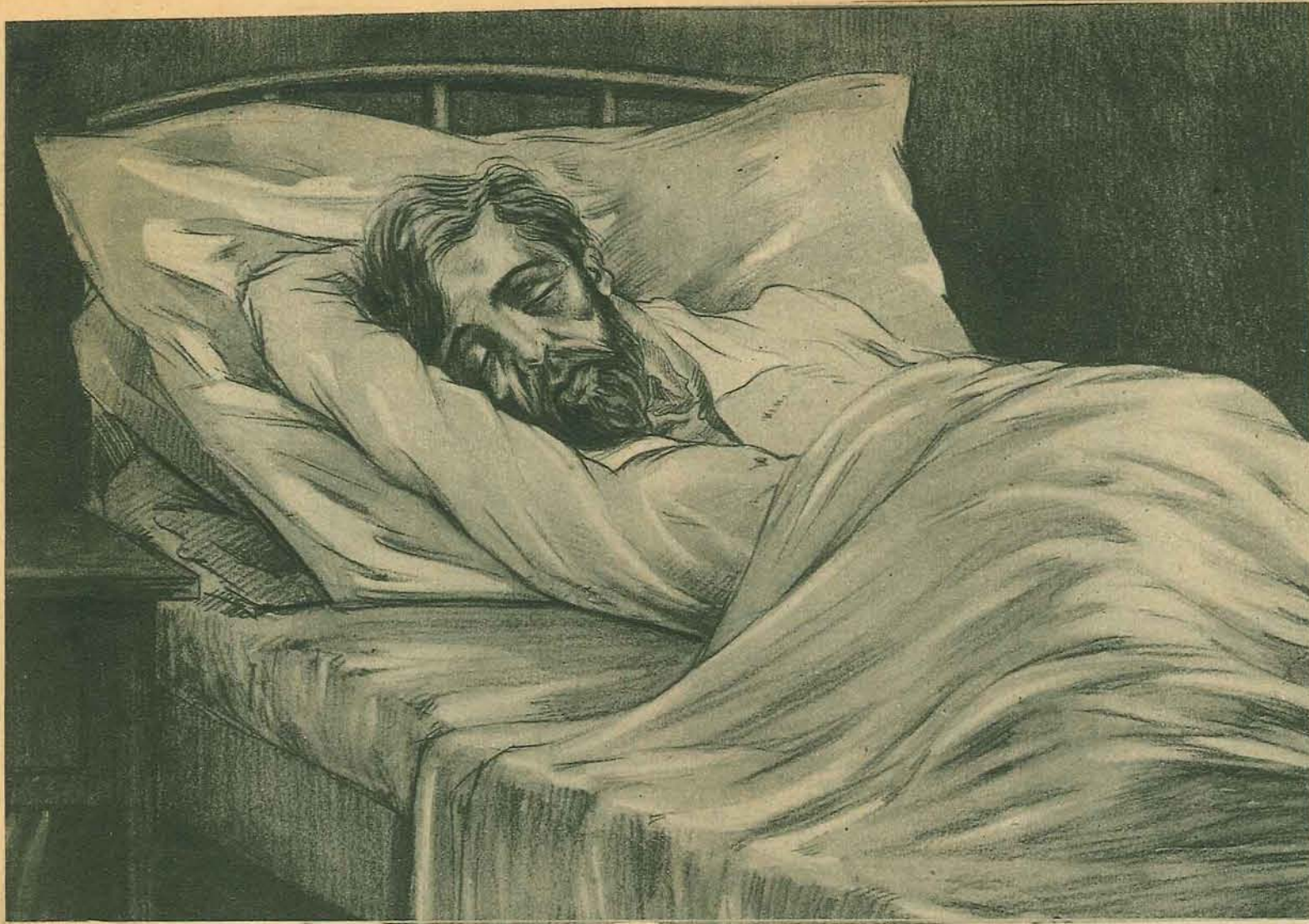
EN VENTA EN LAS PRINCIPALES
CASAS DEL RAMO

Standard Sanitary Mfg. Co.

EXPOSICIÓN PERMANENTE

CORDOBA 817 - 1ER PISO

BUENOS AIRES



EN LOS DOMINIOS DE LA CHEKA

—¿De qué cuerda habla usted, Semenoff?

—¿De esa que tiene usted en las manos, contra? ¿No le da a usted vergüenza siquiera? Está prohibido ahorcarse. ¿Qué sería de nosotros si todos nuestros detenidos se ahorcaran?

Ya he dicho que el ciudadano Semenoff era un tipo de una vez, y que sus sentencias se caracterizaban por lo lapidarias y rotundas. Me quitó la tira de lienzo anudada, los restos del pañuelo, y la toalla. Veinte minutos después volvió en compañía del empleado de guardia y se llevaron las sábanas, la funda de la almohada y los cordones de las botas. Era evidente que no me autorizaban a fallar más que en las islas de Solovetzsk, porque mi muerte en Petersburgo habría dado lugar a complicaciones. Me dejaron los fósforos, lo cual quería decir que hubiese podido abrasarme vivo con ellos. Me limité, sin embargo, a utilizarlos para llevar la contabilidad de los días de huelga.

En la noche del octavo día me arrastré con gran esfuerzo hasta el radiador, porque alguien del primer piso quería comunicarse conmigo. A pesar de mi debilidad extrema apoyé la cabeza en el tubo y recibí el siguiente mensaje:

"Adiós, Boris. Voy a ser deportado a la región de Touroukhane. (1) El convoy sale mañana. No me olvides y resiste hasta el final."

Era el mensaje último de mi amigo Chessnokoff. Le permitían morir en el continente...

El noveno día fué de un profundo sopor, y no tengo memoria de los pormenores de la jornada. Entraron en la celda varias personas. Recuerdo perfectamente que el doctor vino dos veces, acompañado del jefe de la sección especial de contrapionaje de la Cheka. Messing me tendía un papel y decía que había sido autorizado yo a entrevistarme con un funcionario del consulado, y que como en el estado en que me hallaba no podía ver a nadie, era preciso que me repusiera con urgencia. Recuerdo también claramente que Messing preguntó al jefe de la prisión, alzando la voz:

—¿Han sido entregadas las provisiones para el ciudadano Cederholm?

Me dieron grandes ánimos otras palabras que oí a Messing.

—Si no renuncia usted a la huelga —afirmó— ordenaré que le lleven a la enfermería y será usted alimentado artificialmente allí.

El tratamiento no figuraba en modo alguno en mis proyectos, pero el traslado a la enfermería consultaba exactamente el plan que yo me trazara. Si he de ser veraz, ignoraba cómo salir de la situación que me había creado. No podía suspender la huelga porque el convoy para Solovetzsk no se había puesto en marcha aún, y era peligroso confiar en las promesas de Messing. Me sentía muy mal. Mi corazón desfallecía por instantes. Llegaba a preguntarme si lograría vivir hasta que me trasladaran a la enfermería. Hubiera sido absurdo morirse en el momento preciso en que iba a alcanzar el objetivo propuesto. La solución única era, sin embargo, continuar la huelga.

A primera hora de la mañana

FINALIZA LA HUELGA DE HAMBRE

Por BORIS CEDERHOLM

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI



CLIMATADO ya a mi nuevo domicilio, me dispuse a "orientarme", como se dice en la jerga de la prisión. Se trataba de averiguar quién ocupaba la celda situada sobre la mía, así como las de derecha e izquierda. En la de la derecha había un sacerdote y en la otra un preso recién ingresado o un extranjero, porque no entendí nada de su mensaje "telegráfico". Encima estaba un ingeniero del trust de los cueros, Plouksné, al que había conocido por casualidad cuando negociaba con aquella entidad soviética la venta de determinados artículos. Plouksné era una persona muy agradable y atenta. Se encontraba detenido bajo la acusación de haber aceptado gratificaciones, y fué fusilado en 1925.

A petición mía, Plouksné me "dió" los números de las celdas situadas debajo de la suya. El destino permitió así que pudiese ponerme en comunicación una vez más con Chessnokoff, porque la celda 63 era una de ellas. A causa de mi sordera tuve que apelar al procedimiento de apoyar la nuca en el tubo del radiador. Los golpes repetidos del "telégrafo" llegaban por vibración a mi cerebro y conseguía percibir el menor sonido con claridad perfecta. Como hacía mucho frío, mi permanencia junto al radiador no podía despertar sospechas.

El primer día de huelga transcurrió sin incidentes. La tensión nerviosa que experimentaba, me hacía no echar de menos la falta de alimento. Al terminar el segundo día sentí hambre, pero la necesidad era soportable y además, el tabaco la atenuaba. En aquella tarde del segundo día fué precisamente cuando, al cabo de largos meses, la fortuna se me mostró propicia por vez primera.

Durante el paseo, Chessnokoff encontró a un colega suyo, un abogado que acababa de ser condenado a lo que se llama en la U. R. S. S. "menos doce", o sea prohibición de residir en las doce ciudades principales de Rusia. Iba a salir de la cárcel de un momento a otro, y mi amigo le rogó que pu-

siera en conocimiento del consulado de Finlandia lo que me ocurría y que dijera que había declarado la huelga del hambre. Más tarde supe que la comisión fué ejecutada al pie de la letra, y que significó para mí un gran auxilio.

Chessnokoff no existe ya. Murió en la prisión de Irkutsk. La dolencia crónica que padecía no le permitió soportar el viaje en convoy o "etapa", que duró un mes, y la detención en seis cárceles del trayecto. Era un hombre de gran corazón y de integridad perfecta. ¡Que Dios le haya recompensado de todas sus amarguras y sus buenos sentimientos!

El tercer y cuarto día de huelga fueron los más penosos. El hambre se hizo atormentador y advertí con tanta repugnancia como humillación, que, a pesar de mis torturas morales, pensaba menos en los seres queridos que en un "menú" de manjares suculentos. El quinto día noté que se me iba la cabeza. Me costaba mucho trabajo ponerme de pie, pero la necesidad imperiosa de comer se había mitigado y experimentaba una sensación física de extraordinaria ingravidez. Me era incluso muy agradable permanecer echado en la cama y sumirme en meditaciones trascendentales. Mis ideas se perfilaban con nítidos relieves. Creo que en toda mi vida, ocupada sin tregua por los afanes cotidianos, no he pensado jamás tan hondamente en problemas como aquellos que se me plantearon durante el segundo período de mi huelga.

En la noche del sexto día fui llamado por el jefe de la prisión, pero no me moví de la cama. Me sentía muy débil y preferí seguir acostado. Al cabo de un rato vino a verme el jefe, en compañía de un sujeto de tipo oriental y de uno de mis jueces de instrucción. Les seguía, sin unirse al grupo, un enfermero. El juez fué quien se dirigió a mí. Los demás no representaban más que el auditorio.

—No logrará usted nada con la huelga —me dijo el funcionario soviético—. Ha cometido usted un delito y tiene que pagar las consecuencias.

—Mi huelga habrá llenado su propósito —respondí— porque en el peor de los casos terminaré por morirme, y vale más morir aquí que exponerse a una larga agonía en Solovky. Si he cometido un delito, están ustedes obligados a demostrar mi culpa y a juzgarme públicamente.

—Es inútil esta conversación. Será usted enviado de todos modos a Solovky. Le prometo,

sin embargo, hacer cuanto esté de mi parte en favor de la revisión de su proceso. Es muy probable que le traigan a usted en seguida otra vez de Solovky a Leningrado. Aquí tengo redactada ya una manifestación en la que declara usted que suspende la huelga del hambre. Firmela, y demos por terminado el incidente.

Suele ocurrirnos a todos que exageramos en determinados momentos nuestra importancia y adoptamos actitudes teatrales, y así me sucedió a mí entonces. Me volví hacia el juez de instrucción y exclamé:

—Déjeme usted morir en paz! No firmaré nada. Ya he dicho en mi declaración todo lo que tenía que decir. Voy a morir, pero me queda cuando menos el consuelo de pensar que mi muerte les originará a ustedes graves disgustos.

—Camarada enfermero, sirvase examinar al ciudadano —ordenó el juez. Luego, dirigiéndose a mí, añadió:

—Todo esto no es más que lirismo. No le dejaremos a usted que se muera, y si continúa la huelga le alimentaremos artificialmente.

—No lo toleraré mientras conserve fuerzas para ello. No tienen ustedes derecho a emplear conmigo la violencia.

—Esperaremos el momento en que la violencia sea innecesaria.

El examen del enfermero fué muy simple. Se limitó a tomar-me el pulso. Después sacó un frasquito de una caja pequeña que traía y echó en un vaso unas gotas de laurel-cereza. Envió a todos los demonios al enfermero y sus gotas y me averguenzo hoy todavía, de mi falta de autodominio. El enfermero, que se llamaba Kaltaleff, me dió pruebas de extraordinaria bondad y compasión.

—Se perjudica usted inútilmente —repuso el juez—. Finlandia no acudirá en su auxilio. Mejor sería que pensara usted en su familia un poquito...

—Debe tenerle a usted sin cuidado, eso. No quiero hablar con usted.

Mis visitantes se retiraron, la puerta se cerró tras ellos, y me encontré de nuevo a solas con mis pensamientos. Las palabras del juez de instrucción "Finlandia no acudirá en su auxilio" me dejaron perplejo. ¿Lo había dicho porque el consulado de Finlandia tenía ya noticias de mi huelga del hambre y realizaba gestiones en consecuencia? ¿Se proponía desmoralizarme únicamente? Me perdía en conjeturas acerca de ello.

El séptimo día me sentí bastante animado. Me asé me lim-

LUEGO ME DORMI CON SUEÑO COMO NO CONOCIA DESDE HACIA MUCHO TIEMPO

pié los dientes y luego hice gargarismos repetidas veces, porque tenía la boca y la garganta terriblemente secas. Me abstuve de beber preguntándome si no sería malo ingerir una gran cantidad de agua sin alimento. Por lo demás, no experimentaba mucha sed y me limitaba a tomar varios traguitos dos veces cada veinticuatro horas. El hambre había desaparecido por completo. Experimentaba leves náuseas.

El médico vino a auscultarme el corazón y me aconsejó que renunciara a la huelga. Me volví de cara a la pared, sin contestarle.

El octavo día arranqué una tira a mi pañuelo de bolsillo. Hice nudos en ella, porque temía perder la cuenta de los días. Estaba atando el octavo nudo cuando se abrió la puerta y surgió un vigilante, Semenoff, el mismo a cuyo cargo había estado yo en la sección especial. Semenoff era un imbecil a carta cabal y me había proporcionado ya numerosas ocasiones de divertirme a su costa.

—¿Qué hace usted ahí, ciudadano? —preguntó—. ¿Pero es posible? ¡Traiga usted en seguida esa cuerda! ¡No hay medio de estar tranquilo un instante con usted!

A pesar del estado en que me encontraba y de las pocas ganas de bromear que tenía, no pude por menos de responder con un chiste al vigilante, que inclinaba sobre mí, inquieto, su rostro estúpido y familiar. Luego le pregunté:

CREDITOS

ARTICULOS
PARA

HOMBRES, SEÑORAS,
NIÑOS Y NIÑAS

CASA **M. ZABALA**
= B° MITRE = ESMERALDA

EL CINEMATOGRAFO EN LA ENSEÑANZA



AS películas de enseñanza, el cinematógrafo científico, cuenta con dos órdenes de adversarios: los productores y los sabios. Los primeros se obstinan en creer que ese género de películas no interesan al público. Y los segundos sostienen que no hay verdaderas películas científicas, sino de mera vulgarización, imperfectas y conducentes al error.

De los productores no tenemos nada que decir: ellos juzgan con un criterio diferente del nuestro, y no hallándonos en el mismo terreno, es inútil la discusión. Además, los árbitros en la materia son los directores de sala, y como éstos reclaman películas de esa categoría, estará hecha la prueba de la necesidad de producirlas: aunque pocas, existen ya películas de esa naturaleza y merced a ellas pueden juzgar los interesados.

Pero de los sabios hay algo que decir, en refutación de sus objeciones. Digamos, desde lue-

go, que al hablar de los sabios opuestos a las películas científicas nos referimos, no a la totalidad, sino a una parte de los hombres de ciencia. Entre éstos hay muchos que utilizan el cinematógrafo para explicaciones y conferencias, de manera que aprueban este procedimiento de enseñanza.

Cierto número de hombres de ciencia reprochan al cinematógrafo científico sus inexactitudes: entienden que las películas de esta naturaleza dan ideas falsas, se apartan de la estricta verdad y suministran una medio-instrucción nociva para el entendimiento. El hecho de la inexactitud es exacto: no hay película de vulgarización que encierre una estricta verdad científica. Como tampoco hay obra escrita de vulgarización científica sin omisiones y lagunas. Pero la afirmación de que esa medio-instrucción sea nociva, no es sostenible, a menos de negar de igual modo la utilidad de las obras de vulgarización, lo que sería ir contra una verdad demostrada ampliamente: esas obras son útiles por cuanto despiertan el deseo

PARIS, agosto de 1929

de saber más, y más exactamente. Si las películas de que estamos hablando despiertan en los espectadores el deseo de instruirse, habrán cumplido una misión laudable. Hay, sin embargo, más que esto en las referidas películas: en ellas hay verdades perfectamente expuestas y cuyo conocimiento es utilísimo para la cultura general. Veamos un ejemplo.

Todos conocemos las películas en que a la vista del espectador se presenta la germinación de las plantas. Un grano de trigo se deposita en un nido de algodón en rama: el grano se hincha y al fin se abre: por las grietas empiezan a salir unos tallitos, al pronto semejantes, pero que poco a poco van diferenciándose; uno hacia arriba, es el verdadero tallo: otro crece hacia abajo, es la raíz, que pronto también se bifurca y va multiplicándose como una copiosa enramada. El tallo crece, se ierge, engruesa y da la espiga...

Un disparate, dice el sabio. El grano de trigo experimenta la germinación de otra manera; esos estados tienen otros muchos intermedios. Ciertamente, la germinación tiene otro proceso científico; pero esas fases presentadas al público son exactas: de manera que al adquirir conocimiento de ellas, el espectador ha aprendido algo. Las transformaciones del grano de trigo, del capullo de una flor, de la formación de las hojas, etc., no se ofrecen a la consideración del público de manera integral: el espectador sabe bien que aquellos fenómenos no acontecen en tan breve espacio de tiempo y que, además, el aparato fotográfico no ha podido sorprender la germinación en su marcha constante. No se engaña al aceptar como verdaderas las evoluciones que está viendo: no se engaña el mismo al suponer que otras más existen, intermedias.

Lo que sí puede preguntarse el espectador es cómo han podido fotografiarse las fases que está viendo. Esta es otra cuestión. Y es cosa curiosísima. He aquí de qué modo se procede.

La planta se coloca en una estufa, en una cámara especial que deja ver un lado de la raíz o del vegetal, flor, etc., cuyo crecimiento se observa. Enfocando la planta se pone un aparato fotográfico que con un movimiento de relojería se abre y toma la imagen a hora fija y automáticamente. La luz se obtiene de igual modo automático, en el momento necesario. Día por día y a la misma hora, el aparato registra el estado de la planta observada. Esto nos da una sucesión de imágenes de diferencia ya sensible. Si el crecimiento se efectúa con suma lentitud y que tomado diariamente resultaría demasiado largo para la exhibición, el aparato se dispone de manera que fotografíe cada dos días o más, cada ocho días a veces. No hay nada más sencillo.

Creemos que la explicación está clara. No hay operador delante de la planta: el mecanismo marcha solo; la naturaleza revela sus secretos entre ella, pues los misterios de la vida vegetal tienen por testigo la luz a solas, sin la vista del hombre.

na del décimo día abrieron como de costumbre la puerta de la celda, para la limpieza. Como yo me encontraba en un estado de debilidad extrema, fué el vigilante quien empuñó la escoba mientras gritaba a un colega suyo:

—¡Di a un obrero que traiga el cajón de la basura!

—No hay nadie—respondió el otro.— Están todos midiéndose en la enfermería. El convoy para Solovetzsk sale hoy.

Se conocía por el nombre de "obreros", a los detenidos que al terminar la instrucción de sus procesos eran trasladados a las celdas comunes en espera de la sentencia y realizaban voluntariamente los trabajos subalternos de la prisión. El "midiéndose" quería decir que los detenidos habían sido llevados al registro antropométrico, obligatorio para todos los deportados.

Las palabras del vigilante me traían la buena nueva. Estaba claro que yo no podría acompañar al convoy. Se trataba ahora de mantener mi actitud hasta que me llevaran a la enfermería, donde echaría mano de algún otro recurso para mejorar mi suerte.

Las horas transcurrían con lentitud desesperante. A pesar de mi gran postración, la tensión nerviosa no me dejaba dormir. Hacia las siete de la tarde entró en la celda el vigilante, seguido de dos hombres que llevaban una camilla. Me ayudaron a ponerme el abrigo, operación que me costó gran trabajo, y me acostaron luego en la camilla. Recorrimos interminables pasillos, subimos y bajamos varias veces y llegamos al fin al "puesto central". Minutos después, nos encontramos en el patio de la prisión, alumbrado por la luz mortecina de una lámpara eléctrica. Caía una nieve helada. Vi la capota oscura de una ambulancia automóvil, y perdí el conocimiento.

Los rebotes del vehículo en los baches del pavimento me hicieron recuperar los sentidos. Estaba acostado en una colchona suspendida por tirantes de muelle, y en el banco de madera que corría a lo largo del coche, tomaban asiento dos soldados armados. A través del vaho que empañaba los cristales, percibí las luces de la Perspectiva Nevsky. Después de siete meses de no ver más que los muros de la cárcel, las farolas aquellas me hicieron sentir un deseo intenso de libertad.

Duró el viaje una media hora. El automóvil se detuvo de pronto y los soldados empezaron a llamar y a golpear en una puerta. Acudieron unos hombres, me sacaron de la ambulancia y me hallé en el vestíbulo de un gran hospital. Estaba muy sucio y después de haber respirado el aire fresco de la calle, la pesada atmósfera del establecimiento me produjo náuseas.

Fuí dejado en el suelo con mi camilla y mis guardianes me entregaron "contra recibo", a unos empleados envueltos en capotes de color azul oscuro. Se acercó a mí una mujer anciana que llevaba gafas y una capa marrón sobre la larga blusa de hospital. Era la doctora de guardia y por indicación suya, fui llevado a uno de los pisos

superiores. Transpusimos una sólida verja y una puerta de fuertes barrotes custodiada por soldados armados, que nos dejaron pasar después de un breve interrogatorio. Llegamos así al tercer piso y entramos en una habitación, de una suciedad indescriptible. El estuco de las paredes se caía a pedazos. Allí me ordenaron que me desnudara por completo y me dieron un calzoncillo y una camisa de tela basta y vitola repugnante. La camisa no tenía más que una manga y los calzoncillos carecían de cintas y botones. No me facilitaron calcetines ni zapatillas, y cuando los reclamé me dijeron que por el momento no necesitaba levantarme de la cama, y que después proveerían lo oportuno.

—Lo primero que hace falta es vivir hasta mañana, ciudadano. Tiempo habrá luego de pensar en los calcetines y las zapatillas.

Esta fué la sabia reflexión que formuló el encargado de distribuir la ropa a los enfermos.

Excusado es afirmar que yo tenía el firme propósito de vivir hasta el día siguiente. Hacía un frío espantoso y me sentía agarrotado dentro de mi camisa rota y mis calzoncillos sin botones. Estaba aniquilado hasta el límite extremo. Con mi barba gris y mi cuerpo morado de frío, que exhibía los huesos por doquiera, debía ofrecer, ciertamente, un trágico aspecto. Mientras me vestía entraron en la habitación varias personas: dos enfermos de estampa lamentable, envueltos en batas, un molzabete, también en traje de hospital, y tres mujeres del pueblo con pañuelos rojos a la cabeza y uniformes como de mucamas.

Una de ellas me preguntó con simpatía:

—¿Puedes andar solo, viejecito, o quieres que te llevemos? El dormitorio está ahí cerca, a dos pasos...

Y viendo que yo vacilaba y miraba mis pies desnudos y las losas heladas, rompió a reír y añadió:

—¡Ah, ah! Me parece a mí que eres tú muy delicado...

Salió para volver al cabo de un instante con un par de enormes sandalias de junco trenzado, como las que usan los campesinos rusos. Me puso de pie con auxilio de otra de las sirvientas, y sin dejar de reír me llevaron ambas, sostenido por los brazos, a una pieza bastante amplia en la que había cinco camas, una de ellas hecha. Las mujeres aquellas eran enfermeras de sala. (2).

Me ayudaron a acostarme, arreglaron los embozos, y una de ellas me dijo:

—Estate tranquilo, no hagas ruido, y no alborotes sobre todo. La Hermana de la Caridad vendrá en seguida y te atenderá. Aquí se pasa bien la vida y no tienes nada que temer.

Las enfermeras se retiraron cerrando la puerta y me dispuse a examinar la habitación, que estaba alumbrada por una bombilla eléctrica muy consumida. Sólo una de las paredes conservaba intacto el estuco. La mitad del techo se había desmenuado y en una esquina veíase un agujero. El piso era de madera sin pintar y se en-

contraba terriblemente sucio. En cuanto a mi cama, consistía en un jergón de paja sobre el que habían puesto unas sábanas usadas. La manta, muy basta, esparcía un olor desagradable.

Entró la Hermana de la Caridad, mujer de regular edad, ojos grandes y rostro fatigado. Dejó sobre la mesilla de noche un timbal de hierro y un trozo pequeño de pan, y me dijo:

—Si desiste usted de la huelga del hambre, debe usted tomar un poco de la leche ésta, que hay en el timbal, y puede usted comer un pedacito muy chico de pan. ¿Siente usted apetito?

No sentía apetito, y hasta di que el alimento me inspiraba repugnancia, por extraño que ello pueda parecer después de diez días de ayuno. Pero era preciso que me alimentara porque todo permitía suponer que había ganado la partida y se trataba ahora, por consiguiente, de reparar las fuerzas perdidas. La Hermana me dijo que si renunciaba a la huelga, me trasladarían a otra sala y permanecería por lo menos un mes en el hospital. Era la regla.

Aquella mujer me inspiró desde el primer momento una confianza plena, sin límites. Parece que veo aún ante mí sus ojos admirables. Bebí un poco de le-

che azucarada y comí unos trozos de pan. Luego me dormí con sueño como no conocía desde hacía mucho tiempo. Ni el frío, ni la mantaapestosa lograron desvelarme. La Hermana volvió a primera hora de la mañana siguiente y me ayudó a pasar a otra sala, situada en el mismo corredor.

Iba a dar comienzo un nuevo capítulo de mi vida de prisión.

(1) En la costa del Océano Artico.

(2) Personal subalterno del hospital. El cargo de enfermera propiamente dicho es desempeñado en Rusia por las Hermanas de la Caridad.

**CUANDO QUIERA USTED
ESTAR SEGURA DE VESTIR
MEDIAS DE MODA—
use las París.**

Periódicamente aparecen con nuevas tonalidades, que no son sino las primicias de la elegancia creadas por artistas europeos y adaptadas al buen gusto netamente porteño.

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD
para señoras caballeros y niños.

Fabricantes:
N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

Distribuidores LOPEZ GOYA & Cía. — Alsina 1273
al por mayor: STAUDT & Cía. S.A.C. — B. de Irigoyen 330 Buenos Aires



A LA NACION me pide que todos los meses, en una libre charla, resuma y comente para sus lectores los acontecimientos más notables de la vida literaria francesa. ¿Y cómo no evocar, al trazar la primera línea, el recuerdo del que, desde hace años ya, cumplía ante ellos esta misión, de Paul Souday? Sin duda, la desaparición brutal del crítico de "Le Temps", en plena actividad — casi estamos tentados a decir que en plena batalla —, es positivamente el principal suceso literario de estas últimas semanas.

La muerte de Georges Courteline, que le había precedido unos días en la tumba y le había dado tema para el último artículo que escribió, ha repercutido menos vivamente que la suya. Courteline pertenecía ya al pasado, al pasado catalogado y separado de hoy por el zanjón de la guerra, por toda la diferencia de significación que hay entre un uniforme gris azul o kaki y los alegres pantalones rojos de los soldados del "Train de huit heures quarante-sept". De la comicidad de Courteline aun se experimenta el efecto bienhechor; su obra engendra la risa, pero no se imagina que los autores humorísticos del mañana lo imiten o prosigan su tradición. El naturalismo está muerto en definitiva, y Courteline ha sido, en verdad, el autor cómico de la escuela naturalista. Su misantropía es la de Goncourt o de Huysmans, pero servida por un temperamento burlesco. Courteline es mucho más de su tiempo — el del teatro satírico — que de la prole de Molière.

Souday, por el contrario, era del presente, de la vida refulgente y múltiple. Su crítica era acogida con imprecaciones, con acusaciones de necedad, con injurias o desconfianza, pero nunca con indiferencia. Era, sin duda alguna, el que introducía más animación en la vida literaria francesa. Y sé muy bien que no es preciso confundir "vida literaria" y "literatura". Paul Souday no propendía a ejercer influencia sobre las creaciones de los escritores cuya obra comentaba; no concebía la crítica como un acto de colaboración con el poeta o el novelista; no pensaba, a la manera de Benedetto Croce, que el papel del crítico es rehacer en sentido inverso toda la ruta recorrida por el creador de la concepción en la realización de la obra. Se ceñía a juzgar el resultado obtenido y juzgaba en nombre de la razón y del sentido común. El mundo del arte no se le presentaba como un mundo aparte, añadido por el espíritu humano al mundo de la vida cotidiana y autorizado a tener sus leyes, su moral y su lógica propias, fundadas en la intuición más bien que en la razón discursiva. No; el mundo del arte se le presentaba como una sublimación del mundo de la vida corriente, y no le gustaba sino la manifestación de verdades universales, buenas para todos los hombres. Crítico, ante todo social, se dedicaba más al culto de la verdad que al de la belleza.

Este culto de la verdad, apoyado en un racionalismo total, constituía para él un punto fijo, un código que le permitía juzgar sin vacilación, con toda certidumbre, al modo de Boileau, en cualquier ocasión en que las ideas estuviesen en juego.

Pero no sucedía lo mismo si era la belleza la única que estaba en discusión. El drama del crítico de hoy consiste en haber venido después de que el romanticismo ha proclamado — y justamente proclamado — que la belleza no era única, sino que variaba con el tiempo y el lugar. Esta idea relativista de lo bello ha tendido por

EL MES LITERARIO EN FRANCIA

PAUL SOUDAY—GEORGES COURTELINE—CRITICA Y ESTETICA — RECURRIENDO A LA "TECNICA"

POR
BENJAMIN CREMIEUX

(PARA LA NACION)
PARIS, agosto de 1929.

buceos, los fragmentos dispersos, no tienen cabida; ha llegado el momento de las grandes obras que existen por "sí" y ya no solamente por referencia a su autor o a una transición.

Todos los materiales de la época literaria están amontonados para iniciar la obra; ya no se trata de hacer pilas de arena, sino de elevar edificios sólidos, con el buen cemento de la técnica. Es la hora de la ar-



UN NUEVO COLABORADOR DE "LA NACION":

BENJAMIN CREMIEUX

BENJAMIN CREMIEUX, que se incorpora hoy al grupo de nuestros colaboradores europeos, llenando así el hueco producido por la desaparición tan imprevista como deplorada de M. Paul Souday, era, entre todos los valores de la crítica literaria francesa, el más indicado para recoger esta sucesión. Poseyendo no menor capacidad crítica que aquél, reúne también M. Benjamin Cremieux las condiciones de rectitud e independencia que habían asegurado una autoridad tan firme al malogrado crítico de "Le Temps".

Nuestro nuevo colaborador ha llegado a alcanzar en no muchos años un prestigio extenso. Los estudios críticos sobre autores de muy diversas características — y que comprenden, por ejemplo, de Marcel Proust a Pierre Benoit — reunidos en la primera serie de su "Vingtème siècle", evidenciaron la amplitud ecléctica de su curiosidad interpretativa, al mismo tiempo que sus trabajos habituales en publicaciones como "Les Nouvelles Littéraires", "La Nouvelle Revue Française" y otras similares, sobre libros y teatros, reafirman la perspicuidad con que encara ágilmente la exuberante producción del día y el acierto con que sabe valorarla.

La actividad literaria de M. Cremieux excede el plano de la crítica y aborda otros campos. Así, es autor de dos novelas: "Le premier de la classe", que obtuvo el Premio Blumenthal en 1921, y "Une conspiratrice en 1830 ou le souper sans le Belgiojoso". Su residencia durante varios años en Florencia llevó a intimar con la literatura italiana, que conoce profundamente, según lo evidencia su reciente y celebrado "Panorama de la littérature italienne contemporaine". Puede considerarse, además, como el introductor en Francia de Pirandello, cuyas principales obras han aparecido en los escenarios franceses a través de sus traducciones, y cuya versión íntegra tiene en curso.

M. Benjamin Cremieux nació en Narbona en 1888, y ha ejercido el profesorado en Francia e Italia.

quitectura, de los grandes constructores. La hora de una temporada clásica. Registrar y subrayar los síntomas será uno de los objetos principales de estas crónicas.

★ ★ ★

Hoy no quisiera deducir más que uno, pero que me parece uno de los más importantes. Se trata de lo que se puede llamar el "retorno a la técnica", y que es el residuo fecundo de las reflexiones, a menudo arbitrarias y erróneas, sobre la "pureza" de los géneros literarios. Poesía pura, teatro puro, novela pura: tantas ideas lanzadas a la circulación desde hace diez años y en seguida transformadas, falsificadas por la polémica. Se podrían citar, por lo menos, cuatro teorías diferentes de la poesía pura e igual número del teatro puro. El teatro puro, decía Jacques Copeau, es Molière. No, respondía precisamente Paul Souday, es Scribe. La novela pura, decía André Gide, es "Les Faux Monnayeurs". No, respondía el mismo Paul Souday, son las novelas de Pierre Benoit.

Esta noción de "pureza" no

podía conducir más que a divergencias y a confusiones sin número, porque se movía únicamente en el mundo de las formas y dejaba de lado deliberadamente el contenido, la materia de la obra. Esta poesía pura, este teatro puro, esta novela pura, se presentaban en definitiva como fantasmas vacíos de toda humanidad, eximidos de toda vida, como un revestimiento de la nada. El desarrollo de estas teorías de arte puro coincidía del modo más natural con el superrealismo, el culto del inconsciente y del sueño, la negación de la personalidad, la intuición absoluta.

Pero este período se ha cerrado. La materia humana, renovada por diez años de negaciones y de revisiones, situada en el universo en una postura desusada, ofrece una madeja de misterios a propósito para justificar la constitución de un nuevo arte humanista. Y este arte exige su reparto entre los géneros literarios de acuerdo con leyes. No se trata de retroceder a la antigua noción de los géneros literarios, que imponía a cada género su contenido. Se trata de distribuir un contenido común entre la poesía, la novela, el teatro, según las "técnicas" propias de la poesía, de la novela, del teatro.

Es característico a este respecto observar las ideas y las actitudes que se manifiestan en lo que concierne al teatro. Amenazado cada vez más por el "music-hall" y el cinematógrafo parlante, el teatro parece querer renunciar en Francia a mantenerse con nuevas concesiones de los técnicos cinematográficos y del "music-hall". Se repliega sobre su técnica propia. Una solicitud que ostenta la firma de todos los nombres que cuentan en materia de teatro y de literatura y en que los nombres de Bernstein, de Sacha Guitry, de Bourdet, se rozan con los de André Gide, de Jean Paulhan, de Jules Romains, reclama que la administración de la Comédie Française sea confiada a Jacques Copeau. Triunfe o no esta petición, su significado no es, por eso, menos real. Es una invención

cación a la técnica teatral pura para salvar al teatro.

★ ★ ★

Pero la indicación es más evidente todavía en lo que concierne a la novela. Se ha podido hablar de una crisis de la novela hacia 1924 ó 1925; se ha podido creer que la novela languidecía a causa de la moda de las biografías noveladas. Era impresionarse por un aspecto muy superficial de las cosas. En realidad, la crisis de la novela era una crisis de técnica, indirectamente provocada por la detención de la producción poética que siguió a la guerra. Hasta 1914 todos los escritores debutaban en la literatura con un libro de versos; después de 1918 se iniciaron con novelas en las que volcaban su lirismo personal. Literariamente hablando, estas obras podían presentar interés; en su aspecto de novela, no presentaban ninguno. Por lo menos, a través de ellas se dibujaba cierto número de tipos — sobre todo del tipo de muchachos y muchachas ultramodernos — que no esperaban sino ser utilizados técnicamente, para transformarse en verdaderos personajes de novelas.

A esta utilización, técnica asistimos desde hace uno o dos años. Después de todos los relatos autobiográficos, confesiones en primera persona en que los temas del misterio, de la inquietud, de la evasión, de la explosión de los sentidos estaban desmañadamente yuxtapuestos, he aquí que verdaderas novelas vienen a darnos la esencia sensible e irrefutable que es natural del arte novelesco. No hay novela donde no haya transfiguración de la emoción primera en los personajes, donde no haya, según la frase del crítico y poeta T. S. Eliot, "correlativo objetivo"; es decir, objetos, figuras definidas, que tengan la virtud de despertar en el lector, por una "correlación" misteriosa, el tormento, la vehemencia, la visión misma del artista en toda su fuerza y su plenitud. Por este lado, la novela en tres volúmenes que acaba de publicar, en las ediciones de la "Nouvelle Revue Française", M. Marcel Arland, y que ha titulado "L'Ordre", me parece particularmente característica. La psicología de un joven rebelde y ávido de absoluto de la postguerra está fijada por medios artísticos muy alejados de los de Flaubert, pero con la misma objetividad del Frédéric Moreau de "L'education sentimentale". No es del caso hablar aquí de novela pura, pero si fácilmente de novela — novela. Novela — novela, teatro — teatro, poesía — poesía; si la literatura del mañana nos da este feliz espectáculo, ¿no sería preciso sentar la conclusión de que el hombre desorientado de la postguerra se ha vuelto a encontrar a sí mismo y ha vuelto a encontrar la senda recta, el camino real del arte? En este momento la crítica hallará de nuevo los puntos fijos que necesita y que le serán suministrados por la técnica de la obra de arte y no por meditaciones sobre la estética.

UNICA OPORTUNIDAD

Compre, es el momento

Regia máquina escritorio, bobina central en mueble lujosísimo de roble, 5 gavetas para coser y bordar de la afamada marca alemana "JOYA", con libro para aprender a bordar sin profesora y con 10 años de garantía.

Unicos Importadores:
ANTONIO GONZALEZ e hijos — Solicite Catálogo se envía gratis

ANTES \$ 220
AHORA \$ **145.-**

LIMA 114 — Buenos Aires
PEDIDOS DEL INTERIOR
Acompañados de su importe o contra reembolso, se despachan en el día.



La Princesa Murat, organizadora del Gran Premio de las Elegancias Modernas, que responde a fines benéficos



AS preciosas han sido, según parece, de gran utilidad para las Bellas Letras en otros tiempos. Cuando terminó su tarea, ellas siguieron siendo preciosas, pero se volvieron ridículas. Es posible también que en un momento crítico el esnobismo haya puesto a flote el barco de la gastronomía amenazada por el desencadenado furor de las aguas... de las aguas minerales, que corría directamente al escollo de los regímenes. Pero una vez cumplido este servicio, los pontífices de la Mesa y otros cuatro Príncipes "a la nuez de coco" pretenden continuar su magisterio y al mismo tiempo su pequeña industria. Ya hemos indicado algunas de sus ridiculeces y las cuerdas que mueven con su malicia. Como el oficio les era provechoso no han dejado por eso de persistir en él. Pero hoy los cocineros se sublevan, hartos de críticas estúpidas, repugnados de elogios interesados, insurreccionados contra el yugo con que les amenazan los maestros Queux, mandan a galeras a esos culinógrafos gesticulantes, demuestran la tontería de sus recetas, la vanidad de sus descubrimientos y las tendencias de su mezquina tramoya. Los lienzos brillan en la cocina parisense: el público no se aburrirá.

Para el cocinero, la gastronomía es un arte; para el dueño del restaurante, un comercio (por otra parte legítimo si es honrado). Para algunos gastronomos es una industria, o si se me permite la comparación, una vaca lechera. Como todo se perfecciona, los gastronomos poco conscientes, pero organizados, han descubierto dos artificios excelentes de explotación fácil y provechosa: el almuerzo de fundación y la Academia Gastronómica. Estos dos sistemas abarcan las dos comidas; el primero es para el propietario del restaurante y el segundo para el rico Mecenas; los dos se reúnen en un mismo ideal de gratitud.

Para ser gastrónomo es indispensable ejercer una profesión de apariencia liberal: en un salón o en el club se oirá al abogado, al magistrado, al escritor, al financiero, aun al señor abate discutiendo sobre cosas de la mesa. Se desconfiará un poco del médico, demasiado químico para ser honrado; del diplomático que habrá perdido su paladar en los Estados Unidos; del artista, demasiado distraído para saborear los buenos vinos. Pero escuchará religiosamente al señor barrigón, de hermosas mejillas frescas que lleva a su boca regordeta una mano sentenciosa y cuidada. Su autoridad natural es tal, que la asistencia otorga su admiración a sus juicios:

—¿Qué opina usted de Montagne?

—Y de la Tour d'Argent?

—Sin embargo, los riñones de Beauge...

—Sí, pero los pollos de doña Juanita...

Todo eso es redarguido, pulverizado. Ustedes son unos in-



Las más ilustres celebridades de la cocina francesa, que acaban de fundar una Academia Gastronómica

CARNET PARISIENSE LA GASTRONOMIA COMO ARTE Y COMO RITO

POR
RENE RICHARD

(Para LA NACION)
PARIS, agosto de 1929

genuos por haberse dejado convencer por esas reputaciones. El, el gastrónomo, sabe cómo se fabrica todo eso. ¡Puf! El os hace dar asco, con detalles repugnantes; acá, utilizan los restos para aderezar la célebre especialidad; ahí "pastillan" el vino; en otra parte el cocinero escupe dentro de las cacerolas.

—¿Entonces—suplica la asamblea, rendida bajo el peso de su desesperación—no hay manera de comer bien?

El gastrónomo ha conseguido lo que quería. Durante un minuto deja que reine la duda... Con su gesto esboza posibilidades misteriosas. Luego conduce a un discreto rincón al ministro de Bolivia, al industrial Citroen y a la señorita Chesnaye, de la Academia Francesa. A ellos solos revelará su secreto, el nombre de "la Boite" extraordinaria, fantástica, donde cocina al gallo con vino amarillo, donde preparan los pollos llegados directamente, a la manera de la madre Langlume, donde conservan aún una botella de un Calvados que la madre del patrón salvó en 1815 del pillaje de los cosacos escondiéndola "no diré dónde"... Pero para la explotación de ese tesoro es necesario guardar el secreto, no llevar nada más que gente digna de esos banquetes, eliminar a los vulgares glotones. Inmediatamente forman un pequeño comité, el círculo estrecho de los iniciados que concurrirá el primero y tercer martes del mes a lo de Albert, cuya mujer cocina con manteca de Isigny, y bautiza a ese grupo con el nombre de "Amigos de Pantagruel" o "El Almuerzo del Paladar de oro".

Así, pues, por haber llevado a la posada a veinte personas ricas que darán allí sus pequeñas fiestas, el gastrónomo "tendrá un premio" en lo de Albert. Como pondrá sueltos en los periódicos y hasta hará editar un libro culinario, su autoridad se extenderá, los hoteles tratarán con él y harán lo posible por conseguir sus favores. Nuestro hombre tendrá su cubierto gratis en varios restaurantes; los maestros Queux le dedicarán "sus lenguados" y organizarán comidas especiales en su honor. El problema alimenticio ya no le preocupará.

Falta una cosa, sin embargo, para su gloria y su felicidad. Ciertamente, es muy agradable comer todas las noches en lo de los grandes cocineros. Pero conseguir un lugar en una mesa opulenta e ilustre, en casa de un diplomático, entre las celebridades del mundo, o en casa de un rey de la metalurgia, con los dueños de los trusts americanos, eso tienta mucho más a un hombre hábil y amigo del buen vino. La fundación de una academia gastronómica es el último artificio provechoso del ingenioso glotón. Este conseguirá pronto encontrar entre los nababs que se inclinan bajo el prestigio de su reputación, al más inculto en gastronomía e insinuarle el deseo de tener una mesa célebre

y de reputación mundial. ¡Desgraciado millonario! Mientras que "un amigo" formará sus caballerizas, otro íntimo comprará para él una galería de cuadros, otro lo aconsejará en la elección de sus queridas, otro en la de sus coches, otro en la de su salón y un sexto personaje en busca de empleo se encargará de sus menús y de su bodega. Seamos justos; seguramente este consejero será el más sincero, pues piensa beber el vino que le haga comprar. El Padre de la Mesa ha tomado sus precauciones, fundando la academia, ha obligado a su riquísimo amigo a ser miembro especial a perpetuidad, y elogiado su gusto en brindis publicados en los periódicos. Helo a su vez invitado por toda la vida a las grandes fiestas del Mecenas, a quien trata como tío a sobrino. Desde ese trono, entre los ángeles culinarios, las Potencias y las Dominaciones, el Príncipe juzgará y tiranizará a los hoteleros, salseros y marmitones de París y sus alrededores.

Se comprenderá por qué la gente honrada que pone toda su conciencia en su Béchamel y que se esfuerza, a pesar de las dificultades actuales, en mantener el prestigio de la cocina francesa, empieza a sublevarse contra la dictadura de esos "levantaplatos" para quienes la reputación de nuestra mesa es de interés secundario y cuyo único mérito es el de haber encontrado para el problema de la vida una solución ingeniosa, pero únicamente personal.

La vuelta a la elegancia

El 29 de junio se intentará una experiencia interesantísima: el comité de baile del Gran Premio, organizado todos los años por la princesa Murat, ha decidido que esta fiesta, a la que se le da todos los años un tema principal, sea una manifestación de la elegancia moderna. Esta fiesta ha sido casi siempre un baile de máscaras o de fantasía; al principio fué necesario vestirse de veneciano o de chino; más tarde, ante la pobreza general, dispensaron a los asistentes los gastos de un traje, contentándose con que éstos fueran de un color; el baile del Gran Premio fué azul. Por fin, capitulando sobre esta última exigencia, sólo se pidió un man-

tón o un detalle de la toilette. La negligencia del público fué más lejos que estas indulgencias y los espectadores abusaron de ellas: pronto las dos terceras partes de los hombres aparecieron en smocking y las damas con vestidos sencillos. Los subscriptores de billetes daban sus entradas a sus mucamas. Poco a poco esta fiesta que, con la de las Camitas Blancas, pretendía ser de las últimas manifestaciones de la moda parisense, amenazaba perder su prestigio por la indisciplina, el desorden y el qué me importa.

El comité, dirigido por una mujer muy inteligente, que saca todos los años medio millón de francos para obras de beneficencia, gracias a esta fiesta, ha comprendido que había llegado el momento de reaccionar. Supo discernir que el remedio se encontraba en la fuente misma del error y que si se quería glorificar a la elegancia en servicio de la caridad no se podía tolerar la incorrección ni la negligencia. La princesa Murat ha lanzado su palabra de orden, que puede resumirse de esta manera: en vez de vestirse de dogos o de mandarines les pido simplemente que este año se vistan de "gente decente, en el sentido más clásico de la palabra".

Era tiempo de ensayar esta



M. Escoffier, uno de los más célebres "ases" de la cocina francesa, que sigue conservando su cetro a los 80 años

reagrupación. Animados por los ejemplos tomados de los lugares que se titulan "chic", los parisenses tienden a abandonar sus mejores costumbres: adoptan el sombrero blando cuando es necesaria la galera, la galera cuando se necesita la galera alta, el saco negro por el jaquet, el smocking por el frac. Siempre un grado inferior al que se debe. En cuanto a las mujeres, son unas criaturas tan encantadoras que se les perdona más fácilmente, sus vestidos cortos por la noche, sus robe-chemises durante el día, sus vestidos de sport para el té. El vestido "dos piezas" ha sido inventado por la América del Norte para arruinar la moda francesa y las parisenses se han sacrificado imprudentemente a ellos. Ya era tiempo de sonar la alarma y el comité ha hecho bien de proclamar: "¡Todos de frac. Todas con vestidos de baile!"

Llega hasta anunciar que se devolverán muy cortésmente los 200 francos de la entrada a los espectadores que lleven corbata negra, a las damas que tengan los brazos cubiertos. Pide el centelleo de las alhajas en los dedos, muñecas y en el pecho; la gloriosa aigrette y la diadema en la frente.

El experimento es curioso y es necesario intentarlo. Anunciaremos su éxito que prepara la vuelta de la elegancia en nuestra casa, que es la de nuestros amigos.

El modo y manera de ser bella

Gracias a la
CREMA HINDS



¿Cuando es la boda?

—¿Como es que te decidiste a pedir la mano de Conchita?

—Las manos, dirás. Fíjate qué blancas y tersas las tiene a pesar de que trabaja.

Nota: Conchita usa Crema Hinds.



Un sano consejo

—¿Qué cara tan grasienta y que nariz tan aceitosa!
¿No habrá un alma caritativa que le enseñe a evitar ambas mediante el uso de Crema Hinds?



"Chi va piano, va sano..."

¡Anda más de prisa! Este frío me echa a perder el cutis.
—Usa Crema Hinds y no tendrás que temerlo.

Las buenas tiendas venden

CREMA HINDS



Taza y plato
del siglo XVIII

Taza y plato
con decoración
alternada en
flores y oro



A alfarería, la cerámica y la porcelana pueden considerarse como parte de una misma familia, como vástagos de una dinastía cuyo origen, por preclaro y remoto, penetra en las edades nebulosas del período neolítico.

En Polinesia y en el cabo de Hornos, en Caldea y en el Extremo Oriente, en Siberia y en la Patagonia, en el Cáucaso y en territorio ibérico, en los arenales africanos y en la zona carbonífera del mar del Norte, en la India y en las selvas



Salsera con motivos de pájaros
y medallones

del Amazonas, el hombre moldeó las tierras arcillosas por instinto de su necesidad, originando una de las industrias más antiguas y artísticas que se conocen.

El procedimiento primitivo consistía en someter a los rayos solares las figuras, cuencos y utensilios, secándolos al aire libre. Posteriormente fueron aplicando el procedimiento del fuego, hasta obtener dureza conveniente por el sistema de cocción a base de elevadas temperaturas. Y todavía más tarde, en un proceso continuado de evolución y perfeccionamiento, llegó a la aplicación de superficies vidriadas o esmaltadas, con lo que se obtuvo una resistencia mayor y una perfecta impermeabilidad para los líquidos.

Paralelamente con la evolución de los procedimientos primitivos, advertimos el desarro-

Artística soper
con ornamenta-
ción esmaltada y
policromada en
relieve



Fuente de porce-
lana de Meissen,

llo de la forma. Los recipientes cóncavos empiezan a lucir decoraciones lineales y símbolos zoomorfos y antropomorfos. La materia inerte recoge algo del espíritu artístico del hombre, y se nos muestra hoy como documento comprobatorio de las creencias, fanatismos y modalidades de los antiguos pueblos.

Lo mismo puede decirse de la plástica. El cuenco esférico se va desarrollando en variadas formas, en imágenes de la realidad, animales, seres humanos, pájaros y peces, o bien en demoníacas figuras míticas que representan las deidades y genios de la vida y la muerte, el sol, la luna, el fuego, el agua, las tinieblas y las cóleras del universo.

Hermana mayor de la alfarería es la industria de la cerámica, que prevalece en casi todos los países orientales, Persia, Egipto, Tíbetania, Turquía, etc., y que es alimentada en Grecia y en Roma por el esplendor artístico de estos Estados florecientes. La esmaltación capta los colores más vivos y las transparencias más delicadas y armoniosas. Las arcillas del Nilo y del Eufrates, del barro del Ganges y las compactas gredas del Tíber y de las vertientes del Bósforo, adquieren el alma de los pueblos, gracias a la inventiva y trabajo de los artesanos; zócalos y paramentos con escenas, brocales y escalinatas suntuosas, tinajas y búcaros, bancos y esculturas policromadas, ventanales y pórticos, hogares y pavimentos de azulejos, vasos funerarios y vajillas de preciosa combinación, constituyen una parte mínima de lo que esos pueblos de la antigüedad han

PORCELANAS DE MEISSEN

producido en sus periodos de florecimiento.

La porcelana, última fase de la industria, tiene por derivación un origen tan ilustre como remoto, y más todavía si se tiene en cuenta que su descubrimiento e industrialización en el imperio chino remóntase al reinado de los emperadores Hwang-ti, dos mil quinientos años antes de nuestra era.

Durante el largo período de la dinastía Ming—siglo XIII a XVIII—la porcelana había logrado una meta de perfección no superada hasta el presente. Las esmaltaciones eran de una pureza y transparencia maravillosas, y los colores abarcaban la tonalidad más delicada del rosa y del celeste, los grises y los amarillos del sol, el azul cobalto, el carmín, la púrpura y el rojo de sangre.

Los navegantes de Holanda y Portugal fueron quienes revelaron a Europa la existencia de las porcelanas de China, y su conocimiento y estudio provocó una suerte de revolución en las manufacturas de cerámica existentes en Inglaterra, Francia, Italia y otros muchos países. Las mayólicas de Urbino y de Venecia, los vasos de Rouen, los tinajones y vajillas hispano-árabes, las alfarerías policromas de Nevers y Palissy y las potterías británicas de Wrotham, por ser las más consideradas, fueron perdiendo su prestigio tradicional ante la belleza, perfección y elegancia de líneas que caracterizaba a los modelos genuinos procedentes de China y de Corea.

La influencia que ejercen en Europa los productos del Extremo Oriente se extiende a todos los órdenes de la plástica y a las artes llamadas de aplicación, incluyendo los muebles, la decoración de interiores, la escultura, los ornamentos y la talla, al extremo de formarse un estilo que combina las líneas graciosas de lo chino con las severidades de Occidente.

La más antigua porcelana de Europa fué fabricada en la manufactura de Meissen, en Sajonia, y su inventor y primer ensayista llamábase Juan Federico Boettger, nacido en Turingia el año 1685.

Este famoso alquimista estuvo trabajando en los laboratorios del Elector de Sajonia Federico Augusto, coleccionista de porcelanas chinas y japonesas y hombre de conocimientos enciclopédicos en cien-

con relieves y
perfiles de oro

cia y en arte. Los laboratorios del Elector estaban dirigidos por el químico Walter de Tschirnhaus, quien admitió a Boettger en 1708 para comprobar la eficacia de sus experimentos con el kaolín y materias vitrificables, que dieron origen a la porcelana de esta manufactura.

Conviene indicar que los trabajos del inventor Boettger no llegaron a conocimiento del público hasta los años de 1713, en que fué industrializada la fabricación de sus productos ofrecidos en la feria de Leipzig. El procedimiento se mantuvo en secreto riguroso, y las hornallas se instalaron para su funcionamiento en el interior de una fortaleza llamada Albrechtsburg, cerca de Dresde, cuyo museo local conserva los ejemplares originarios como el más preciado tesoro de sus tradiciones artísticas.

Los colores de estas porcelanas de Meissen son el cobalto, amarillo y rojo carmín, y su estilo recuerda las formas esenciales de las porcelanas chinas, especialmente las que corresponden al reinado de Khang-hy.

En 1720 aparece en la manufactura de Meissen el artista Herold, que aplica en la fabricación sus conocimientos de colorista. Más tarde, en 1731, el escultor Kandler aplica un nuevo y original sistema de modelación en relieve, con lo que se logra definir el carácter de la producción y vestirla con ornamentos y características francamente europeas.

El estilo rococó está ennoblecido por estas porcelanas: las vajillas, los centros de mesa,

los tibores, los lampadarios, los espejos y las arañas, lucen en las grandes mansiones del siglo XVIII, vistiéndolas de una suntuosa y frívola coquetería. Por todas partes se ven las porcelanas refinadas de Meissen, que reproducen paisajes, flores, pájaros, peces y figuras aladas, o representan en relieve personajes clásicos de la escena, al estilo italiano, figuras mitológicas y parejas de minuet, cortesanos en actitud galante, damas pomposas, y sobre todo, esos innumerables y graciosos motivos de pastoral que fueron el encanto del siglo.



Jarrita con filetes dorados y ornamentación de flores.

La marca de Meissen se compone de dos espadas cruzadas y un punto en el ángulo inferior; las características más esenciales de la manufactura consisten en la suavidad perfecta de las superficies, las curvas y relieves del rococó, el esmalte lechoso, y también el gusto genuino de las coloraciones irregulares, tales como el azul cubierto, propio de los productos de Sajonia.

En la actualidad, las piezas de Meissen son muy estimadas por su valor artístico y decorativo, especialmente las del período comprendido entre 1731 y 1760, que es cuando se define el estilo y cuando se fabrican las porcelanas más suntuosas, decorativas y perfectas de la manufactura.

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Vd. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Vd. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

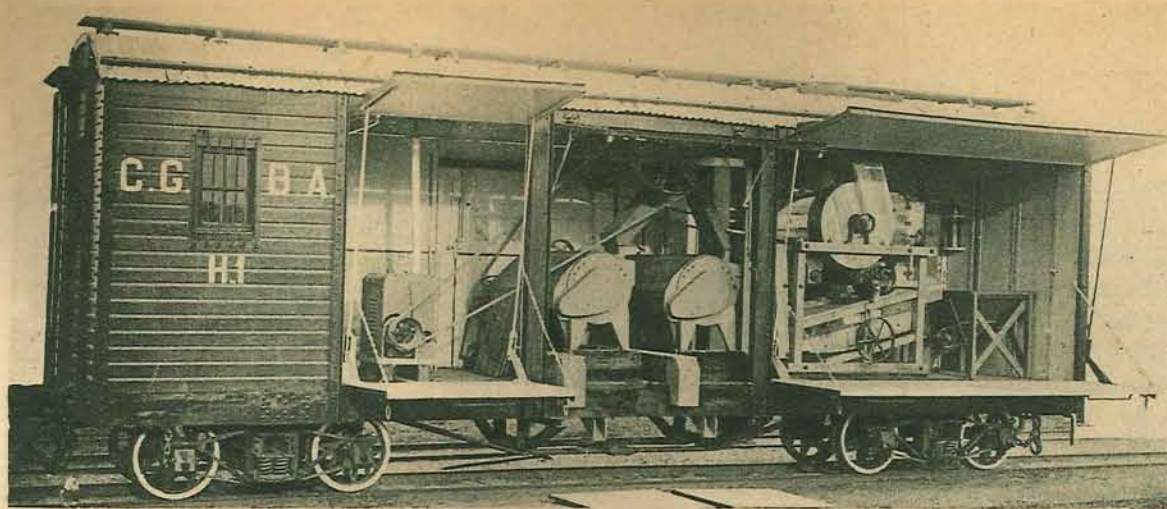
No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Escríbame ahora mismo a **S. MORASSUT (ESPECIALISTA)**
ROSARIO (Argentina)



La conducción del trigo a la máquina



Vagón construido especialmente para la selección mecánica de semillas



Trasladando el vagón seleccionador al depósito de las semillas



OY es el automóvil el artículo de batalla norteamericano en nuestro país. Ayer, en cambio, lo era la maquinaria agrícola.

Tanto en uno como en otro caso, la mecánica se adelanta al grado de progreso del país. Muchos automóviles, pero malos caminos; muchas máquinas agrícolas, pero deficientes métodos de explotación del suelo. Mientras las entidades automovilísticas claman por los caminos buenos, los agricultores sólo piden más precio para sus productos, y tanto los unos como los otros sólo consiguen despertar el interés del periodista, interés que algún legislador traduce en un proyecto que permanece luego encarpetaado hasta mejor oportunidad.

En cuestiones agrícolas, lo menos que podría exigirse es que las modernas máquinas fuesen el complemento indispensable a una agricultura racional, pero por lo general se adelantan a los métodos puestos en práctica por nuestros agricultores para trabajar la tierra.

De ahí que toda máquina perfeccionada traiga consigo una evolución en la forma de explotación del suelo, y casi diría que son precisamente las máquinas la base sobre la cual descansa la mayor parte de la propaganda agrícola por sistemas nuevos de cultivos o más adecuadas para el logro de uno de los objetivos principales del agricultor: aumento y seguridad en las cosechas, ello sin olvidar, claro está, la obra que realizan los creadores de semillas adecuadas para cada zona del país.

Una máquina que enseñe tanto como una brillante disertación, parecerá quizá mucho pedir, pero sin embargo, el equipo seleccionador de semillas a que queremos referirnos llena ampliamente esa finalidad, y lleva, por otra parte, al ánimo del agricultor el convencimiento

Alumnos de la Escuela No. 155 de la estación Francisco Ayerza visitando el equipo seleccionador de semillas



LA MECANICA AL SERVICIO DE NUESTRA AGRICULTURA UN PODEROSO EQUIPO PARA SELECCIONAR SEMILLAS

Por PEDRO
DEL CARRIL

to más absoluto de las ventajas que se derivan de seleccionar la semilla.

Todo un vagón de ferrocarril ocupado por diversas máquinas, correas por todos lados, un poderoso motor y la obra práctica, una semilla que entusiasma al agricultor "es un oro", decía en una oportunidad uno de ellos, y otro compañero se hacía eco diciendo: "da lástima echarla a la tierra por lo linda que ha quedado".

¿Es una ventiladora? No. ¿Una clasificadora? Tampoco. Es una seleccionadora, y aunque el término no agrade a los genetistas, ya que ellos sólo admiten la selección biológica, no puede denominarse de otro modo una máquina que, además de tomar en cuenta el tamaño del grano, los separa también de acuerdo a su peso.

Una obra práctica y una enseñanza al mismo tiempo, que no se ha detenido ante el agricultor solamente, es la que se ha realizado con uno de estos equipos durante el año en curso.

Como el F. C. C. G. B. A. hizo correr por sus líneas el equipo que posee, los alumnos de las escuelas de diversas localidades han tenido oportunidad de presenciar su funcionamiento y recibir explicaciones completas sobre el objeto que se persigue al seleccionar la semilla. De este modo se inculca en los niños — hijos la mayoría de agricultores — conceptos modernos sobre nuestra agricultura, apartándolos así de los métodos rutinarios que sólo conducen al malestar económico del chacarero y nunca al éxito.

Y podemos afirmarlo; estos niños han resultado excelentes alumnos, curiosos en grado sumo por conocer los más mínimos detalles y deseosos de aprender todo aquello que por serles familiar en la chacra, se aparta sin embargo de los sistemas que en ella se aplican.

Entre nosotros la obra de selección mecánica de las semillas ha estado a cargo casi directo de las empresas ferro-

viarias, contando la mayoría de ellas con modernos y poderosos equipos, con los cuales se realizan todos los años intensas campañas, que se traducen en miles de bolsas de trigo y lino convenientemente preparadas para la siembra.

En esta forma el agricultor lleva a su campo una semilla exenta de cuerpos extraños, semillas de malezas, granos rotos, atacados por insectos, etc., y por cierto que las sementeras realizadas con semillas bien seleccionadas, presentan caracteres propios en cuanto al vigor de las plantas y a su distribución regular en el suelo, con lo cual se consigue aumentar el rendimiento en proporciones halagadoras.

Hay aquí amplio campo para los afectos a las estadísticas, sobre los beneficios que recibiría el país si la selección mecánica se practicara como norma común en todas las chacras, máxime considerando que un mayor rinde de dos quintales por hectárea es perfectamente factible de lograr y mayor aun, como lo han comprobado infinidad de agricultores.

Un trozo de espiga, por ejemplo, producto de una trilla defectuosa, fácilmente "atorra" uno de los tubos de la máquina sembradora, determinando una menor cantidad de semillas sembradas, y muchas veces antes que el sembrador se aperciba de ello, se ha dejado ya un largo surco sin sembrar, donde los yuyos crecerán holgadamente y no las plantas que nos interesan.

Del mismo modo, un grano roto no germina y, sin embargo, ocupa en el suelo el mismo lugar que un grano normal capaz de dar lugar a una planta.

Un grano liviano en demasía, tiene pocas substancias nutritivas y la planta a que dará origen no tendrá por cierto suficiente vigor como para resistir cualquier accidente climático o, asimismo, al ataque de insectos o enfermedades criptogámicas.

En este invierno, que se ha caracterizado por una intensa sequía, hemos tenido oportunidad de comprobar los efectos de la selección mecánica en sementeras con semillas bien preparadas y otras que no lo estaban. La diferencia surgía a simple vista, y desde ahora puede predecirse cuál de las dos sementeras dará más rendimientos.

No debemos olvidar, que conjuntamente con las plantas cultivadas, crecen un número considerable de malezas que semillan al mismo tiempo, y si esas semillas no son apartadas, por lógica que al ser sembradas contribuirán a plagar nuestros campos de malezas, con los consiguientes perjuicios.

Vemos entonces las ventajas que reporta este trabajo a los fines de preparar una semilla, y ahora digamos algunas palabras sobre el equipo seleccionador.

En las máquinas clasificadoras comunes a tambor, la separación de las semillas más chicas o las extrañas, se realiza de acuerdo al tamaño que ellas tengan, sin que actúe ningún

dispositivo capaz de separar un grano liviano, atacado por insectos, etc.

Esta parte, la más importante por cierto en toda máquina con la cual se pretenda realizar un trabajo perfecto, en la seleccionadora que comentamos es efectuada por dos poderosos ventiladores, cada uno de los cuales gira a razón de 600 revoluciones por minuto, formando dentro de la máquina una corriente continua de aire.

Como el trigo o el lino, según sea la semilla que se seleccione, es sometida a la acción de esa corriente de aire que actúa como "chupador" los granos livianos, rotos, partidos, o que por haber sido atacados por cualquier insecto que ha vivido a expensas del mismo sean de menor peso, son arrastrados y tienen salida al exterior por una boquilla recogiendo en una bolsa.

El poder de arrastre del aire es perfectamente regulable, lo cual es esencial, de modo que de acuerdo al peso medio de la semilla que se selecciona, es posible apartar solamente hasta un peso determinado, dentro del cual se considera necesario hacer el trabajo.

Las materias extrañas de tamaño grande y de mayor peso que la semilla, objeto de la selección, son separadas por tres juegos de zarandas que actúan

en combinación, de modo que después resta solamente dar paso al grano a dos poderosas máquinas a discos, que efectúan una separación de acuerdo al tamaño.

Esta última faz del trabajo complementa las anteriores, desde que así se logra un conjunto homogéneo en cuanto al tamaño de los granos y porque las semillas de avena y cebada, comunes en toda partida de trigo, son separadas en esta oportunidad.

El interés de los agricultores por estas máquinas es todos los años bastante acentuado, ya que las únicas que circulan por nuestras zonas agrícolas son las que poseen las empresas ferroviarias, y si a lo expresado añadimos que las mismas efectúan el trabajo con carácter gratuito... huelgan los comentarios.

Como final, digamos que con el equipo a que se refieren las fotografías que ilustran esta colaboración, en sólo dos meses se seleccionaron 21.191 bolsas de trigo, eliminándose por esta operación la cantidad de 2264 bolsas entre semillas extrañas, granos partidos, livianos, etc.

Y ahora, nuestros lectores con las simples cifras señaladas, podrán apreciar el beneficio que representan esas máquinas y el beneficio que lograría el país si fuese práctica común seleccionar toda la semilla que se ha sembrado este año a 7.700.000 hectáreas de trigo y 2.900.000 hectáreas de lino.



EL POLVO ES EL VEHICULO DE NUMEROSAS ENFERMEDADES

Muchas dolencias terribles, las adquirimos respirando el polvo que flota en el aire de las habitaciones, removido constantemente por la acción de las escobas comunes.

Para suprimir el peligro que esos gérmenes representan para la salud de la familia, es indispensable el empleo de los aspiradores eléctricos, que en lugar de remover ese ejército de microbios, lo aprisionan en un recipiente.

Pídanos informes y condiciones de pago.

COMPANIA HISPANO-AMERICANA DE ELECTRICIDAD
BALCARCE 184 BUENOS AIRES

Betty

Por C.A.Voight

FRACASO DE UN PLAN





★ SALON DE VENTA 1917 ★

El ascenso de la Casa Tow

Es una de las páginas más pintorescas en el comercio de Buenos Aires el proceso del desenvolvimiento de esta Casa, desde su modesto principio hasta el gran establecimiento que es hoy.

Hace doce años Mr. Tow abrió su pequeño salón de ventas en la Galería Güemes — que en aquellos días era casi un desierto.

Hoy la Casa Tow ocupa locales amplios sobre la calle Florida a ambos lados de la entrada de la Galería y aproximadamente la mitad del espacio dentro de la misma. En sus comienzos tenía 3 empleados, y hoy tiene 400.

El Señor Tow entró en una ciudad ya provista de muchos buenos establecimientos del mismo ramo y que tiene reputación bien merecida de ser el mercado más disputado del mundo.

Gracias a una práctica excepcionalmente hábil, a la introducción de muchas novedades y a una propaganda inteligentemente

dirigida la Casa Tow ha llegado a imponerse de la manera notable que lo ha hecho.

Es interesante a este respecto saber que el 65% de toda la publicidad de la Casa Tow fue hecho por medio de LA NACION.

En otras palabras: la gran obra que representa la Casa Tow es el producto combinado del ingenio y la capacidad de sus dirigentes y del poder de LA NACION como medio de propaganda, la cual — como dice otro gran avisador — “reune en su vasta circulación las clases más selectas y pudientes de nuestro país.”

La sostenida preferencia que tiene la Casa Tow por el diario LA NACION está claramente demostrada por las siguientes cifras, que representan en centímetros los avisos que publicó durante el corriente año hasta el 8 de septiembre, en los dos diarios de mayor importancia de esta Capital:

1929	
LA NACION	DIARIO MAS APROXIMADO
14.383	2.782



★ LA CASA TOW 1929 ★



JABON FINO DE TOCADOR



Desde el principio hasta el final



ADA pastilla de **Jabón DUC**, mantiene su agradable perfume de vergel florido, desde el principio hasta la última partícula.

Esa condición privativa del **Jabón DUC** se debe pura y exclusivamente al equilibrio perfecto de su pasta con las esencias que le prestan tan singular encanto.

Prestigio

Cuando todos los productos de una casa merecen durante 25 años la confianza del público es porque jamás se vió defraudado en su legítimo deseo de obtener por su dinero la mejor calidad obtenible.

Perfumeria
Dubarry

70 centavos la pastilla